

Seix Barral Biblioteca Breve

Miguel Littin

El bandido de los ojos
transparentes





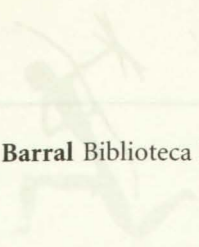
FOTO: © DANIEL MORDZINSKI

Miguel Littin

Miguel Littin nació en Palmilla, Chile, en 1942. Procedente de la dirección teatral, se inició en el cine profesional con la realización de *El chacal de Nahueltoro* (1969). En 1970, bajo el gobierno de la Unidad Popular, fue nombrado presidente de Chile Films, la compañía nacional de producción. Rodó dos películas más, *Compañero presidente* (1971) y *La tierra prometida* (1972). Exiliado a consecuencia del golpe de Estado de Pinochet, rodó en el extranjero *Actas de Marusia* (1976), *El recurso del método* (1978), basada en la novela de Alejo Carpentier, *La viuda de Montiel* (1980) y *Alsino y el cóndor* (1982). En 1985 Miguel Littin regresó a Chile como protagonista de una odisea personal y, al mismo tiempo, colectiva: desafió al régimen militar con un inocente disfraz para filmar clandestinamente la crónica de la dictadura. Su insólito atrevimiento inspiró el libro de Gabriel García Márquez *La aventura de Miguel Littin, clandestino en Chile*. En 1990, Littin publicó su novela *El viajero de las cuatro estaciones*, que próximamente reeditará Seix Barral.

El bandido
de los ojos transparentes

200724



Seix Barral Biblioteca Breve

Miguel Littin

El bandido de los ojos transparentes

Este libro fue escrito gracias
a la ayuda de FONDART,
organismo al que el autor
expresa su agradecimiento.

Cubierta:

"La Noche" (fragmento),
de Ferdinand Hodler

Diseño colección:

Josep Bagà Associats

© 1999 Miguel Littin

Derechos exclusivos de edición
en castellano reservados para
todo el mundo:

© 1999: Editorial Seix Barral, S.A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-322-0768-3

© Editorial Planeta Chilena, S.A.
Santa Lucía 360, 7º Piso
Santiago, Chile

Primera Edición (Chile): Abril 1999

Talleres de Impresos Universitaria, S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido
el diseño de la cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida en
manera alguna ni por ningún medio, ya sea
eléctrico, químico, mecánico, óptico, de
grabación o de fotocopia, sin permiso
previo del editor.

A don Bernardo Menz, mi amigo

Aventuras y desventuras de Abraham Díaz, alias el Torito, famoso bandido chileno, y de su perseguidor el teniente Ramírez Fuenzalida, contadas a varias voces por hablantes vivos y difuntos, hombres y animales, quienes se las refirieron al autor de este manuscrito en lugares tan dispersos y distintos como la cárcel de Rancagua (Chile), la ciudad de Santa Fe (Argentina), Extremadura (España), El Chilenito, restaurante popular de la ciudad de Rancagua, calles, villorrios y aldeas de la lejana República de Chile. El autor tuvo acceso a numerosos expedientes judiciales, cartas y plegarias, en su calidad de alcalde y juez de paz de la comuna de Palmilla, oficio que fue ejercido por él en tiempos de transición entre una feroz dictadura y una posible democracia.

EL TORITO

Un hombre llamado Pedro Páramo me contó que su padre había sido un «rencor vivo». «El mío fue una ausencia», le respondí. «Tú eres una ausencia», me contestó. Y dándose media vuelta, me dejó solo en el patio de la cárcel de Rancagua...

EL TENIENTE

EL PAGO DE CHILE

Pisoteado, sudoroso, escupido por la multitud, gritaba indignado: ¡abran paso a la autoridad, mierdas, abran paso, abran quinchá, maricones, conchas de su madre, abran paso al subteniente Ramírez Fuenzalida! Si no, desenfundó mi pistola de reglamento y me los cepillo a todos, uno por uno, ojo por ojo, diente cariado por diente sano. Abran paso, les digo, y cállate, viejo sapo, me gritaban. ¡Cállate, pelao tonto, pelao cabeza de tuna! Y un gallo me dio un codazo y una vieja gorda me pegó con las pechugas.

Arrastrado por la turba, caí al medio de la calle, y a duras penas pude levantar la vista entre el polvo, las piernas de las malditas gentes y las sombras difusas que me empujaban de lado a lado; entonces lo vi de pie, flotando entre la multitud: alto, bien parecido, bufanda de seda blanca al cuello, sombrero de fieltro negro, caído a lo Gardel sobre el ojo derecho, terno azul mil rayas. Más que salteador de caminos parecía campeón de box, polí-

tico elegido, obispo o presidente. Él arriba, allá lejos, y yo gateando entre la gente, para verlo sólo un momento fugaz, y él como si fuera la estatua de Arturo Prat o el Sagrado Corazón de Jesús.

Éste es el pago de Chile, mierda, dije una y mil veces. Arriba el bandolero, salteador de caminos, pistolero, ladrón de ganado, violador de mujeres; y aquí, mordiendo el suelo, la tierra pisoteada por hombres mugrientos, por mujeres hediondas, negras y feas como el mismísimo curiche, se humilla, patria mía, el subteniente en retiro Edigio Ramírez Fuenzalida, que pasó casi toda su vida persiguiendo al delincuente, en nombre de la ley y cumpliendo con el juramento que había hecho como aspirante a oficial de las fuerzas policiales: «Juro por Dios y por la patria respetar y hacer respetar las leyes de la República sagrada y sacrosanta», y él ahora levanta las manos y saluda, alzándolas hacia la multitud que ruge, lo aplaude y le grita: ¡Bravo, campeón! ¡Viva el Torito, mierda!... Y después, cuando logré salir de entre las patas de los caballos y pararme en una esquina para respirar, agotado y asmático, escuché con asombro, y eso sí que me llenó de rabia, la canción nacional, oiga. Y el puro Chile azulado, y las brisas que te cruzan también, y el asilo contra la opresión... oelasi-locontralaopresión, una y otra vez, como si entendieran los rotos desgraciados lo que estaban cantando. Qué digo cantando, señoría, por Dios, ¡masculando!, y pensar, por la gran puta, con permiso suyo, que lo perseguí de vida entera, arrasé casas, derribé puertas, salté tejados, herí a tontos inocentes, disparé tiros de máuser, y, según dicen, maté equivocadamente a más de alguno, confundido por un mal soplo de algún vecino, ya que

siempre aquí, en Repequén, quieren quedar bien con la autoridad; es cosa nomás de apretarlos un poquito y con lujo de detalles sueltan la pepa, cantan todo el cancionero... sí, pasó por aquí, mi sargento mayor, que estuvo remoliendo con las González, que se las pescó a todas, una por una, cada media hora se pescaba una, y luego entraba la otra en enaguas, listita para que el gallito se las agarrara, les chupara las tetas y empelotitas, pa' entro, como Dios manda.

—¿Y cómo supo usted, oiga? —preguntaba yo, mientras redactaba escrupulosamente mi parte policial.

—¿Y acaso no tengo oídos para escuchar cómo bramaban de gusto las González cuando el hombrón se lo metía? ¿Y que yo no tengo ojos para mirar por los agujeros de las tapias de los techos, de las puertas y ventanas rotas, de los muros agrietados? Porque todo aquí en Repequén, en esta ciudad, en este pueblo, la tierra y el cielo, son agujeros para ver y escuchar, mi capitán, subteniente general, y etcétera, etcétera, etcétera...

¿Y cómo no iba a saber cómo eran las cosas por estos lados? Si llegué a hacerme cargo del distrito hacía ya muchos años, poco después de que el transgresor facineroso hubiese escapado de las cárceles públicas por segunda vez. Mis órdenes eran estrictas: apresarlos vivos o muertos; pero nada peor que perseguir la ausencia, oiga.

Los primeros días me dediqué a estudiar exhaustivamente el expediente judicial en que se relataban los hechos acontecidos y a leer los periódicos de la época; de esa manera logré hacerme una visión más clara del personaje que buscaba, y a juzgar por las fotografías y datos existentes —y esto para mí era lo más contradictorio—, el sujeto tendría por ese tiempo entre quince a

dieciséis años y ya se le acusaba, fíjese usted bien, de haber cometido: seis asesinatos, cuarenta y cinco asaltos a mano armada, catorce agresiones con arma blanca, incontables violaciones, robos por cientos, de animales vacunos, veinticuatro gallinas, doce gansos, dos pavos reales y otras aves volátiles, además de innumerables fechorías menores.

Era como si todos los crímenes de la comarca se concentraran en una misma y diabólica persona. Debo decir, además, que aunque yo no era oriundo de esa zona, sino que fui nacido y criado en lo más profundo del sur de Chile, más claramente en Toltén, corazón de la Araucanía, fui destinado hace quince años a realizar mi práctica como subteniente de la Policía Rural. En esta tierra y de aquel no tan lejano tiempo me quedó el gusto por los vinos ásperos, que rasgan la garganta para tornarse suaves y tiernos como terciopelo a partir de la segunda o tercera botella, de las chichas de uva negra, de las chichas de uva blanca, de las chichas de uva rosada, de la lagrimilla y de la moscatel, del aguardiente fuerte y oloroso, exprimido por manos delicadas para ser bebido por hombres duros y fuertes como yo. Pero por sobre todas las cosas buenas y malas que han nublado o han alegrado mi alma, he vuelto aquí por un recuerdo que me persigue en sueños durante las noches de mi vida: la imagen de una dulce mujer-niña, con cabellos de color cobre, entrelazados hebra a hebra, cayendo suavemente sobre la bruñida piel de su hombro que relucía como si fuera oro al atardecer de aquel día en que conociera por primera vez, siendo subteniente, el dulce néctar, como dijo el poeta, de lo que nunca se olvida... *el primer amor.*

Razón de más para que mi odio por el bandido sea aún mayor, porque aparte de haber sido derrotado, humillado, degradado y enviado a retiro sin honores por no haberlo tomado prisionero, transgredió, el insolente, lo más puro que puede tener un hombre: sus sueños de amor.

CUENTOS Y VOCERÍOS EN EL CHILENITO DE RANCAGUA

Lo divisé a lo lejos entrando en un restaurante. Yo logré a duras penas pasar entre la multitud y me senté solo en una pequeña mesa al fondo del comedor principal. Desde allí lo podía ver de pie, alzando los brazos y saludando a las gentes que todavía lo aplaudían, y hasta podía escuchar algunas frases sueltas en las que él contaba partes de su vida.

Un señor peinado cuidadosamente, de pequeño y ralo bigote, con cara y ojos de rata, levantó un dedo a mi lado mientras aseguraba: «Yo lo conocí y era el mejor de los hermanos Díaz.»

Su señora, morada y gorda, de abanico en mano y moño, reiteraba: «Sí, pues, Zúñiga los conoció a todos, fue su mejor amigo desde que era así», y alzaba su mano regordeta, llenos los dedos de anillos, a unos cincuenta centímetros del suelo cubierto de tierra y tablas rotas por donde se colaban fugazmente los ratones. Pero el Mario fue compañero de banco cuando él estaba en la Escuela Pública número uno, replicó una señora flaca y seca, como dicen los niños, que le corre la manteca, y él fue bueno y generoso, suspiró un hombre corpulento y

a punto de estallar en lágrimas, y ya que el momento y la situación lo ameritaba, nos contó cómo el bandido les había facilitado a él y a su familia lo necesario para que le hubiesen dado un buen y solemne entierro a su señora madre, que ya hacía muchos años había muerto. Pero ustedes comprenderán que a mí lo único que me interesaba de veras era escucharlo a él, que lejos, muy lejos de donde yo por fin había logrado sentarme, hacía ahora, y al parecer a pedido de todos los concurrentes, uso de la palabra. La situación se agravó repentinamente, cuando uno de los mozos cerró las mamparas de vidrio que nos separaban del gran comedor y nos dejó aislados, de modo tal que era imposible escuchar lo que en la pieza principal se decía, y sólo podíamos ver los gestos con que el orador enfatizaba su relato.

Alrededor de mi mesa se había reunido una buena cantidad de personas, aparte de la señora y del señor Zúñiga y de ese gordo del que les hablaba antes. Un hombre medio rucio se acercó a mi lado y me pasó un papel. Allí me explicaba que, siendo él sordotartamudo y miembro de la Asociación Oficial de Sordomudos de Chile, sabía en consecuencia leer los labios y podía contarnos lo que el hombre grande estaba diciendo allá lejos, detrás de las mamparas con vidrios de colores.

—Este rucio es hermano de las chiquillas Castro, chiquillas que usted conoció mucho en su vida de teniente —dijo el señor Zúñiga, y se rió a grandes carcajadas. El rucio lo miró con mala cara, mientras una persona que allí estaba le alcanzó al sordomudo unos papeles amarillos, donde comenzó a escribir lo que a nosotros nos interesaba saber, y fue de esa manera que me fui enterando de algunos detalles de la vida del hombre

al cual había perseguido inútilmente durante más de veinte años.

Como ustedes comprenderán, nunca estaré seguro de si lo que el sordomudo o tartamudo escribía correspondía a la verdad o era producto de la imaginación y de los deseos del flaco rucio ése, que vivía en la estación abandonada y se peinaba hacia atrás como si tuviera peluca, cosa que a mí muy poco me podría interesar. Una de las cosas que más me dolía es que no hubiese podido ni siquiera acercármele al mentado Torito para darle, aunque resultara extraño, la mano. La mano de un honorable policía, que si bien fracasó en su captura, estuvo, como contaré más tarde, varias veces a punto de apresarle. Pero escuchemos al tonto leso y a los diversos hablantes que se juntaron para recordar las aventuras y desventuras de Abraham Díaz, más conocido como el Torito. Alcé mi vista por sobre el hombro izquierdo del sordotartamudo y comencé a leer en los papeles amarillos...

EL TORITO

ABRAHAM

Expandiéndome en el círculo negruzco de la nada, daba vueltas en medio de grandes lagunas, aguas profundas, espacios viscosos, sin comienzo ni fin. ¿Cuál era el principio? ¿Qué había antes de la memoria? ¿Cuál la sensación primera? Era como si a partir de un centro atrajera hacia mí todo lo viviente: los agujeros de la luz, los puntos extraviados de la materia, las malas como las grandes hojas de las parras y unos largos quejidos guturales venidos del espacio exterior no conocido.

Cubierto de légamo y algas, navegando en islas distantes, en mundos sumergidos, llevado de un punto a otro por la fuerza de vientos y ventarrones; pinchado por mil millones de agujas, punzando el ser extraviado sin forma aún, perdido en marejadas sin rumbo, ascendía para caer a ese vacío insondable de la nada, y, sin explicación posible, de pronto di un giro y no sé cómo, ni en qué circunstancias, me vi deslumbrado hasta la

ceguera por la luz de un mundo húmedo y frío, sentí el jalón del cordón que me ataba, caí herido de mi propia vida sobre un sendero verde, desde donde me alzaron esas manos poderosas que habían cortado el hilo que me unía a lo que hasta ahora había sido mi morada. Entonces la vi, sonriendo, mientras de sus ojos corrían las lágrimas:

—Déjalo ahí y vámonos corriendo...

—No, mamá, quiero quedarme aquí con él...

—Déjalo ahí te digo, que Dios se preocupará por él.

Y rodé entonces por el pasto mojado, hasta llegar cerca de una piedra en la que me detuve. Pasó largo el tiempo, interminable. ¿Cuál es la medida de tiempo que dista entre la penumbra y el sol de mediodía? ¿La luz que se escurre, las sombras que llegan nuevamente y cubren de sombras los espinos y las rocas?

Sobre la piel sentí un roce caliente, el lengüeteo suave de un animal gigantesco, que le dio calor a mi cuerpo empalado por el frío de la noche. Y siendo ya de día miré y vi cómo animales de cuatro patas se acercaban a las tetas del gran animal y chupaban de ellas. Yo hice lo mismo y juntos nos repartimos las ubres y bebimos de la leche dulce y tibia que salía de sus entrañas. Otro día corrí cerro arriba lleno de energía, al ritmo de los caballos más veloces y sobre islotes que navegaban de un punto a otro, fui conociendo el valle, admirando su vegetación, aprendiendo a tantear las rocas y a no tropezar con las piedras. Hablé con los pájaros, relinché con los caballos, mugí cuando tenía hambre con los terneros y las ovejas, aprendí a distinguir el agua clara y limpia de la de los pozos oscuros de aguas turbulentas, a defenderme de reptiles y serpientes, a desconfiar de

todo animal que repta. Fui creciendo también en fuerza y un día tomé razón de lo que me gustaba y de lo que no. Entonces aprendí a desconfiar de todo animal de dos patas, de los que cubren con cueros de otros sus propias y naturales pieles.

Bajando entre las penumbras sentí de pronto el resplandor de la luz que me cegaba, y subí corriendo hasta la cima de la montaña. Cuando estuve en ella lancé un grito, un rugido como el de un león, como el relincho de un caballo. Fue un grito de dolor y de angustia, un grito surgido de lo más profundo del dolor, un grito que estremeció cerros y montañas, que ennegreció espacios y cielos dorados, chocando contra los muros invisibles de las montañas nevadas.

—¡Es el Torito! —exclamaron los hombres de allá abajo, los que viven en chozas cubiertas por plásticos azules y duermen con los ojos abiertos, sin sueños ni recuerdos.

—No como nosotros —musitó Carvajal y avanzó el peón blanco, dando inicio a la partida de ajedrez, peón cuatro rey—. Y ¿cómo fue que vino a dar a la cárcel? —agregó atizando el fuego del brasero.

—Eso se lo contaré después —le respondí—. Ahora escuche que le voy a hablar de mi hermana...

EL NIÑO DE OJOS TRANSPARENTES

—La primera persona que vi al nacer fue a mi hermana Guillermina. Era una joven de mirada dulce, ojos brillantes, labios húmedos, con el pelo color cobrizo. Y era suave y dulce la leche de sus pechos.

—Imposible, imposible... Nadie, escúcheme bien, puede recordar el momento en que vino al mundo —rezongó una y otra vez el viejo Carvajal—. La ausencia te hace llenar la vida con desvaríos y locas fantasías. En el mejor de los casos, confundes a tu madre con tu hermana.

—Este niño tiene los ojos transparentes, fue lo primero que la Guillermina dijo cuando me vio nacer.

—Reina come torre y amenaza rey. —Cerré los ojos un instante.

Las torres de la cárcel eran grises, custodiadas por hombres de verdes uniformes. En la desierta cancha de fútbol brillaban todavía las pozas de agua de las últimas lluvias. Vislumbré en mi memoria los corredores silenciosos, el taller de carpintería donde los hombres fabricaban guitarras sin sonido, donde tejían canastos de mimbre o arreglaban zapatos de mujer de color azul o rosa. El túnel largo y oscuro, la lámpara oxidada, las carabinas y metralletas, los ojos lacrimosos, las miradas de la furia, las manos encallecidas, los rostros del rencor, las sombras de la muerte. Y los grandes bigotes blancos y amarillentos por el tiempo y el tabaco de mi compadre, padre Carvajal. Y en el medio del patio, un aroma raquítico que con suerte florecería en agosto.

De pronto todo pareció traslucirse y fue así como cruzando los muros agrietados de cemento vi la sala de clases que también servía de capilla. Junto a la bandera chilena, el retrato de Arturo Prat saltando al abordaje del barco enemigo. En un rincón, colgando de un clavo, la sotana del cura, los ornamentos de la misa, el pizarrón gris, en el centro dos letras escritas con tiza blanca.

M

A

—Es su turno, compadre, usted mueve.

M

A

—¿Y si le digo que poco después de nacer corrí por el monte junto a los potrillos y a los toritos... tampoco me va a creer?

—Tampoco.

—Y que tomaba leche al pie de la vaca grande, exprimiéndole las ubres y que vivíamos rodeados por la gran montaña, en extensos campos cubiertos de yerba buena, de yuyos amarillos, allí donde la uva crece silvestre enredada entre las rocas, y que era tal el perfume de los pastos y lo cristalino del agua, que a una hora exacta del día era posible mirar lo que usted llama «El Universo», reflejado en las profundidades del lago, como si todo el mundo cupiera en una mano y todo lo viviente en una gota de lluvia.

—Perdiste el caballo... lo siento.

—Más lo siento yo...

Apiladas alrededor del banquillo de zapatero remendón, entre tachuelas, martillos y regios zapatos de señoras, las piezas negras y blancas del antiguo ajedrez semejabán una ciudad derrumbada.

—Lo único cierto de todo lo que dices es que tienes la mirada transparente —sentenció el viejo Carvajal. Y, poniéndose de pie, se encaminó hacia el patio sobre el cual comenzaba a caer nuevamente la lluvia.

Por la tarde estaba yo mirando el infinito sentado en un tronco, apoyada la espalda en la pared blanca del patio grande de la cárcel de Rancagua.

—¿Qué estás mirando, guachito? —sentí que me preguntaban desde muy lejos, y por el seseo reconocí el vozarrón de mi compadre Carvajal—. Estás soñando con los ojos abiertos —me dijo.

Mi mirada y mi cuerpo se perdían en el vuelo de unos pájaros blancos que subían y bajaban en semicírculos creando ondulantes movimientos. Sentí el viento rozándome las alas, y un intenso frío me recorrió todo el cuerpo.

—Vendrán otra vez las lluvias —contesté—. Puedo oler el agua que viene de la cordillera; se me encrespó la piel por la fuerza de ese viento que en algún lugar de mi aldea estremecía los espinos. Abajo, en la ciudad, las gentes corren y se apretujan, cierran las ventanas, se cubren con plásticos. Parece más bien tormenta tropical que lluvia de estas tierras.

—De qué hablas tú si nunca estuviste en el trópico —exclamó Carvajal.

—Los rayos eléctricos no tardarán en llegar y se estremecerá la tierra, es mejor que entremos a la celda —dije poniéndome de pie. Carvajal me miraba atónito.

—Te has vuelto loco, *caro amico*, mira el cielo, está despejado, ni siquiera una nube —no alcanzó a decir otra palabra, cuando un rayo partió el cielo y el estruendo estremeció hasta el alma del criminal más salvaje. Y luego vino otro, que remeció los cimientos mismos de la cárcel, y también vino la lluvia que nos cegaba, impidiéndonos ver por dónde caminábamos, tan aguda, punzante y persistente era.

Más tarde, recostados en los camastros, dentro de las celdas donde se alineaban más de cuarenta literas, una sobre la otra, el viejo asomó desde arriba esas cejas pobladas que escondían unos pequeños y penetrantes ojos. Poco después apareció el resto de su cabeza canosa.

—¿Dónde aprendiste a mirar de esa manera?

—En la India —contesté sin saber lo que decía.

El viejo se dejó caer de la litera y agarrándome de la camisa, exclamó, mirándome fijo:

—¡Usted y yo tenemos que hablar largo y tendido, compañero!

ORO PURITO, ORO DE LEY

Pero el que siguió hablando fui yo.

—¿Que cómo llegué a la cárcel? Tenga paciencia, compadre, que sigo con el cuento. Era madrugada de lluvia, más bien de llovizna, de esas que golpean el cuerpo y pinchan como espinas. Más tarde cambió el tiempo y de pronto salió el sol enredado en nubes negras que cruzaban a gran velocidad, unas veces bajando, otras subiendo, cercando de negruras todo lo visible. Y luego se vino un aguacero de gotas fuertes y duras como piedras. Corrí entre los peñascos buscando un espino donde guarecerme. Las bestias tiritaban de miedo cada vez que los relámpagos sacudían la montaña. Iluminado por una luz de fin de mundo, intenté apegarme a las vaquillas, a los burros, terneros y caballos, que hacía meses pastaban salvajes y sin herraduras por los cerros de Agua Santa. Un poco más lejos, debajo de unos cue-

ros, se protegía de la tormenta un grupo de buscadores de oro. Uno de ellos, de nombre Lucho, me llamó y riéndose dijo: «Mírenlo al niño, si parece un torito, el roto», y yo nada decía, sólo me allegaba a los animales, sobre todo a la vaca más grande, la que estaba más caliente. Me dieron deseos de llorar, no sé por qué, pero lloré como si todo el cuerpo me transpirara en lluvia, y el cuerpo me dolía por dentro. Todo me dolía de una manera extraña, porque nunca antes había sentido yo esos dolores que lo hacen gemir a uno sin que se sepa la razón de tanto sufrimiento.

Una y otra vez volvían las nubes como si tuvieran rabia. Y la montaña, los árboles, los espinos y animales, la vaquilla colorada, los buscadores de oro se cubrieron de negro, y más se asemejaban a sombras de sí mismos que otra cosa. Al menos eso me parecían los hombres del oro. De repente empezaron a pelear entre ellos por las pertenencias de uno que hacía poco se había convertido en finado, después de que le cayera encima una piedra desde lo más alto del cerro. Entre relámpagos y lluvia, vi aparecer las cuchillas y los chamantos que giraban como bailando entre ellos. Cuchillada y estocada, manteada y cuchillada. Y el Lucho cantando entre los que peleaban...

—«Oro purito, oro de ley, yo necesito para mi chey»...

Y de repente el borbotón de sangre saltó salpicando las piedras y una de las sombras cayó rodando por la tierra mojada, mientras la otra daba vueltas como si fuera un jote negro. Saltó al ruedo otro de los hombres-sombras, al que llamaban el Pidén, por lo flaco y largo de cogote que era; y así se fueron matando paso a paso,

como si fueran bailarines, mientras el Lucho cantaba mostrando sus dientes de oro. Entonces sobrevino un gran resplandor de luz y todos desaparecieron; me encontré solo en medio del cerro. Comencé a correr sin más rumbo que el de las estrellas que aparecieron por los cielos de Apalta, cuando de nuevo, y no le miento ni pondero, entre las estrellas se dejó caer un aguacero de luces sin cuento.

Y cuánto tiempo anduve y cuánto corrí, pa' qué le digo si de nada yo me acuerdo, pero de lo que sí estoy seguro es que fueron días enteros. Y fue así, de esta manera, cuando me aprestaba a bajar el cerro en busca de mi casa, con deseos de ver a mi madre y a mi hermana Guillermina, que era la que yo más quería en este mundo, porque siempre me daba pan y mate de leche caliente y nunca jamás preguntaba nada, que de dónde venís, ni adónde vas, ni ninguna de esas cosas que uno, cuando es como es, no le gusta que le anden preguntando, como le digo, de pronto sentí de cerca sus quejidos; era de noche, y a tropezones, con la cabeza llena de tormentos, comencé a buscarlo entre las piedras grandes, entre cactus y peñascos.

Solito estaba quejándose. Me miró suplicante, yo me le acerqué y lo levanté de entre las piedras con todo cuidado, mismamente como si fuera un niño y apretándole contra mi pecho recuerdo que le dije: «Tranquilo, guachito, que a partir de ahora yo te he de cuidar...»

A la mañana siguiente amainó la lluvia, y como los cueros que habían usado los buscadores de oro todavía estaban tirados entre las piedras, para protegerme del frío me metí adentro de ellos y le hice al guachito unos emplastos con hierbas y hojas de peumo, también le di

leche que le saqué a las cabras preñadas, hablándoles con cariño, como me había enseñado en la cárcel el finado Por Ley... que así le decían, por unos asuntos privados de su persona que tuvieron que ver entre él y una chiquilla que también tuvo amores con un juez, y como el finado no soportó el dolor, la mató, Por Ley...

Después de tomar yo también la leche de las cabras, le dije al guachito:

—Prontito te vai a recuperar y vai a correr por el campo. Serás el corderito más lindo de todos estos lugares de Agua Santa de Colchagua... —Y él me escuchaba como si me entendiera. Fue de esa manera como se hizo mi compañía cuando cuidaba los rebaños de don Fernando Peñaloza, y ya que al fin y al cabo él no tenía a nadie en este mundo, igual que yo mismo. Tan sólo éramos yo y el guacho, en el tiempo en que yo tendría unos doce años de edad. Fue al final del invierno cuando llegaron a buscarme los hombres de a caballo...

Comenzaron a acercarse, yo retrocedí buscando un hueco entre las rocas donde perderme hacia el interior, pero uno de ellos, riendo con tres dientes que le bailaban en la boca, me cerró el paso. Eché a correr a campo abierto. Me persiguieron, hasta que al final cayeron sobre mí, laceándome como si fuera un animal. Luché con las fuerzas de mis nueve años para salvarme de esos lazos largos y trenzados; todo fue inútil.

—Calma, Torito, calma, calma, animalito —me decía uno medio gordo y de bigote negro—. Cálmate —y trató de acercarme la mano, pero yo se la mordí con todas mis fuerzas. Entonces él me golpeó con una picana y otro me golpeó con el rebenque con que castigaba a su caballo. Yo caí aturdido y cuando desperté me te-

nían amarrado, mientras discutían sobre cuál sería mi destino; unos opinaban que me entregarían al zoológico, otros que mejor a los curas; en fin, decían:

—Ya que no encontramos oro, saquémosle algo de plata.

—Llevémoslo pa'l pueblo y ahí lo vendemos.

—Eso no es de cristianos.

—Cristianos seremos y apostólicos y romanos, pero no tontos.

Después de mucho discutir acordaron entregarme a un hombre de barbas blancas, de cuerpo muy alto que se llamaba don Nazario. El que se dedicaba a ir de pueblo en pueblo contando hechos fuera de lo común, viéndole la suerte a la gente y mostrando animales, pájaros y toda clase de seres extraños a los crédulos aldeanos de estas fértiles tierras de Colchagua.

DON NAZARIO Y LA JAULA DE BAMBÚ

—Amigas y amigos, pobladores campesinos, habitantes de esta famosa villa, les habla don Nazario, el mismo que hace doce años pasó por estas lindas tierras anunciando que después de una conversación larga y enjundiosa, sostenida entre una vaca y un buey overo, azotaría la tierra chilena un gran terremoto que no dejaría piedra sobre piedra, más bien adobe sobre adobe. Y que se inclinaría ante las fuerzas desatadas la imagen misma de la sagrada Virgen del Carmen, patrona y reina de Chile, generala de sus ejércitos, Madre y Señora mía. —Y diciendo esto se hincaba el viejo crestón en medio de la calle, mientras yo cargaba, como si fuera

una cruz, mi propio encierro, que consistía, compadre, en una jaula hecha de cañas de bambú amarradas por alambre—. Ahora estoy aquí para mostrarles el nuevo fenómeno de la naturaleza, anunciador de nuevos acontecimientos que me fueran revelados al calor de una noche de insomnio bajo los tres niveles del lago Tagua Tagua, donde entre légamos y flores nunca vistos crecen animales gigantes, que viven allí desde hace más de once mil trescientos años, protegidos por aguas, montes y pantanos.

»Islas flotantes, estallan en tallos de plantas vivas, que cabalgan unas sobre otras y en su superficie nacen nuevas plantas de insólitos colores, flores circulares, flores sumergidas, árboles gigantescos que emergen cubiertos de una flora de mil tonalidades de verdes, mastodontes y caballos americanos, anteriores en miles de años a los que llegaron con los conquistadores españoles. Aves acuáticas sobrevuelan la flor de la Tagua, grande y bella laguna; parecidas a las despedazadas tierras de los archipiélagos australes, cantadas por los bardos escoceses, islas inmóviles, que hacen de la vista una mansión de delicias, lecho de admiración perpetua.

»Es el ojo del mar para algunos. El inicio de la vida, para otros. El señor Darwin, afamado científico inglés, pasó tres días y tres noches mirando obsesionado las profundidades de sus cuatro niveles, donde se encontraban restos de esqueletos, cráneos humanos con caprichosas conformaciones, sí, amigos míos, cráneos con operaciones de cerebros realizadas mil trescientos años antes del presente, dientes cariados y tapados, cerámicas decoloradas y modeladas, espejos, anillos y collares de rubíes. Y en el nivel dos, piedras horadadas, fogones y

espléndidos nichos nupciales, y les estoy hablando de setecientos años antes del presente. Restos de extrañas maquinarias, ruedas gigantescas, moles de piedra negra, hundidas en el légamo negruzco del tercer nivel del año siete mil antes del presente. Y aunque usted, que ahora está en su casa preparando el almuerzo, no me crea, en el nivel cuatro, que es número cabalístico, orden del universo y de todo lo viviente, ya que cuatro letras tiene el órgano fecundador de la vida, cuatro letras son la vida, cuatro la mamá y cuatro los deberes esenciales: amar, soñar, reír, gozar; en ese nivel se encuentran los restos de animales no identificados, cráneos sólo comparables a los de Pali Aike, encontrados por este mismo caballero en la Patagonia, allá en los confines del mundo. Y aquí, en el lago Tagua Tagua, entre tres capas que se fueron sedimentando a través de miles de años, se ha producido una acumulación increíble de materias orgánicas, provenientes de plantas acuáticas, constituyendo ese suelo tenebroso que se evapora en gases sulfurosos; carbonato de calcio, arcilla lacustre que limpia toda herida del cuerpo y rejuvenece el alma, haciendo nacer nuevamente los sueños, los deseos de vivir, fecundando los óvulos y reviviendo el anhelo acumulado de ocho millones de años contados desde el mes trece al diecisiete, que era la medida de los antiguos hombres de esta tierra, a juzgar por los restos descifrados de un calendario inscrito en las paredes del nivel cuatro, en cuyas cavernas vivió una civilización de hombres y mujeres pequeñitos, hundida en lo más profundo de la tierra. Estos hombres, devenidos con el tiempo en bárbaros, andaban desnudos por la tierra y eran los llamados chiquillanes, primeros habitantes del planeta. Y este salvaje

que está dentro de la jaula de bambú (el salvaje era yo) es la última muestra viviente de lo que hablo, señores, y fue cazado por doce hombres audaces que, en nombre de la ciencia, descendieron los cuatro niveles de la tierra para sacarlo heroicamente hasta la luz. Ellos me encomendaron la misión de mostrarlo por el mundo para que el hombre nunca olvide de dónde vino, y mantenga por lo tanto respeto a Dios y a la Naturaleza. Y véanlo aquí, miren sus largas uñas, su pelo tieso, más bien sus crines, las pezuñas de sus pies; escúchenlo rugir, miren cómo devora. —Y diciendo esto, me tiraba carne podrida dentro de la jaula.

Y como el maldito viejo me tenía sin comer, aun sin quererlo me lanzaba sobre ella y masticaba los duros trozos de carne maloliente, y como nunca había hablado hasta ese momento, lanzaba rugidos de león, relinchos de caballo. Chillaba frente al terror de las gentes como si fuera tiuque o animal del monte, mientras don Nazario iba pasando el sombrero y recogiendo monedas de oro y plata, sucios billetes amarillos y a veces aros y sortijas de los curiosos aldeanos que tarde o temprano se asomaban a mirarme. Y eso fue por largo tiempo, de pueblo en pueblo, hasta que un día, enfurecido porque chiquillones y hombres de otra edad escupieron mi cuerpo, me orinaron la cara mientras el viejo borracho se reía, rompí la jaula, y tomando una vara de bambú se la enterré en la garganta, y dando grandes saltos, como los que había aprendido entre los animales del cerro, pasé por encima de las gentes que escaparon aterrorizadas, y a galope salí corriendo hacia los cerros.

Pero una noche fui sorprendido y apresado, llenaron mi cuerpo de cuerdas y cadenas, y arrastrándome

me trajeron hasta la cárcel donde poco a poco aprendí a decir las primeras palabras, a lavarme, a cortarme las pezuñas y a entender de a poco que yo también era persona; fue entonces, compadre, que hice un hoyo en la tierra y rompiendo las cadenas logré escapar hasta que me fui al pueblo en busca de mi hermana Guillermina.

—Avanza.

—Peón blanco.

—... y amenaza alfil negro.

Me llegó repentino el sueño, cerré los ojos y me enredé en lo más profundo de mí mismo.

EL IMBUNCHE

Por la noche se escurrían pedazos de sus cuerpos dorados por el sol de verano, con gusto a agua de río, a estero de verde lima y pajas secas, a hombros morenos sudados de tanto besarse, piernas y caderas onduladas, vientres y montículos cubiertos de pastos verdes, manos de suavidad de seda, pies olorosos, ojos perdidos entre las sábanas grises, cabellos ondulados de negro azabache, bocas delicadas, bocas rojas pulposas, dulces labios anaranjados, labios carnosos, rojos como corazón de sandía. Me daba vueltas quejándome entre sueños, ¡añorando, Dios mío!, el cuerpo, el rostro, los ojos, las bocas de una, cien o mil mujeres, de todas las vistas, queridas y deseadas de la vida. Estiré la mano hacia el abismo, y sacándome del pozo inmenso de la pesadilla, encontré la mano y los ojos de mi compadre Carvajal.

—Mejor que despiertes, *ragazzo*. ¿Quieres fumar un cigarrillo?

Asentí y me senté a fumar, mirando la cavidad sin fin del calabozo, donde entre sueños y pesadillas duermen los ladrones, criminales, estafadores, tramposos, bandidos, asaltantes; la triste humanidad fuera de la vida, sobreviviendo la pesadilla del interior de la cárcel.

—Es como el vientre de una ballena —dije.

—No —me replicó Carvajal—, es un imbunche...

—¿Y eso qué es?

—Es el personaje de un libro —me dijo él— escrito por un señor José de apellido Donoso, lo encontré el otro día por casualidad en la biblioteca... *El Obsceno Pájaro de la Noche*. Dentro de un saco, cerrado, sin agujeros, sin posibilidad de abrirse, sellado en sí mismo, vive un espíritu. El tuyo, el mío... todos... en fin...

Pensé en mi hermana Guillermina, y en lo felices que fuimos cuando una tarde me llevó al pueblo, y paseamos mirando las cosas relucientes, los zapatos de colores, bandejas y platos de porcelana resplandecientes. Señoritas pálidas vestidas de trajes y tules transparentes, inmóviles para siempre como si estuvieran muertas, perfectas en su ademán, inclinadas, haciendo reverencias, con los brazos en alto, como persiguiendo mariposas inexistentes, pájaros disecados, encerrados en jaulas incoloras que me dieron terror, aparatos de dos ruedas brillantes, soperas contundentes, lívidas garzas, volantines de colores, jarros de cristal verde con un gallito al medio, poncheras de cristal azul como las que conociera después en mis andanzas, paraguas negros como jotes, parecidos a los jueces y actuaros, eso fue lo que a mí me parecieron. Y éramos yo y ella nada más, en medio de calles sin fin y veredas plateadas. En un negocio lleno de pasteles, ella me compró un cucurucho de helado, y

yo, relamiéndome de gusto, me lo comí tan rápido que me heló la garganta, dándome un frío intenso, sin embargo, compadre, daría años de mi vida con tal de volver a sentirlo. Y dentro de una cristalería había relojes de todos los tamaños, que daban horas distintas, como me explicaba ella, la hora de ciudades remotas, tiempos perdidos de otros mundos que jamás conoceríamos. Tiendas de papeles de colores, cuadernos, lápices y figuras recortadas en hojas de aluminio. Una tala-bartería con olor a caballos, llena de cueros y riendas, lazos trenzados, monturas finas, espuelas y redondelas de tintineos mágicos, caballitos de palo, como este que todavía guardo y que es lo único que tengo como propiedad en esta vida.

Después fuimos al circo y yo me enamoré de una jovencita que daba vueltas y vueltas una y otra vez, vestida entera de color bermejo; me miraba sonriente con sus grandes ojos que tapaban los agujeros de la carpa. El trapecista volaba de un lugar a otro, mientras una señora gorda, que aseguró ser su mamá, tocaba el tambor cada vez que él daba un salto en el aire y se agarraba del otro trapecio que lo esperaba girando en el espacio negro de la vieja carpa a rayas verdes y moradas. Y la mujer que, transpirando, echaba fuego por la boca y los payasos que jugaban con una pulguita que nadie en el redondel del circo podía ver, pero sentíamos su presencia, hasta que alguien gritó, desgarrado, ¡mataste la pulguita!... Y todos se pusieron a llorar y después se pusieron en fila y, tirando carritos de madera, hicieron un cortejo de muertos que nos daba risa y pena, y yo, sin poder más, abracé a la Guillermina y me puse a llorar. Entonces uno de los hombres de cara pintada me tomó

en sus brazos, a pesar de que yo no quería separarme de la tibieza de mi hermana, me hizo harto cariño y me regaló dulces, diciéndome que no llorara porque todo eso era mentira, que la pulguita estaba viva y que ellos lo único que querían era divertir a los niños y que por favor no llorara más... —mira, mira— y me pellizcaba, haciéndome cosquillas —te está picando la pulguita.

Tarde en la noche nos despedimos. Yo debía partir para el cerro a cuidar a mis guachitos y ella para la casa donde estaba trabajando de sirvienta. Nos miramos largamente, ella me besó harto en la frente, en los ojos y me acunaba: «No llores, que pronto vamos a estar juntos toda la vida, mi niño», y yo sentía un dolor tan grande, un vacío oscuro y sentía las lágrimas calientes quemándome la cara, le apreté fuerte las manos y le dije: «Cuando sea más grande voy a ganar mucho dinero para comprarte todos los vestidos de las señoras pálidas y para que estés siempre conmigo y no tengas que trabajar ni yo irme para los cerros.»

Anduve toda la noche por las calles vacías. Las vidrieras estaban apagadas frente a la estación abandonada del tren, donde dormían algunos borrachos, y una mujer, encorvada como garfio mientras barría, cantaba: «El día que me quieras, desde el azul del cielo, las estrellas celosas nos mirarán pasar.» Pero no había estrellas, el cielo estaba gris y oscuro. Sin saber cómo llegué hasta el cementerio.

—Nunca, compadre, le tuve miedo a los muertos, así que tranquilo me paseé entre ellos. En una de estas tumbas debe estar enterrado mi padre, me dije, y elegí una de ellas, e hincándome en la tierra mojada le recé el padrenuestro que me había enseñado la Guillermina.

Me lo imaginé de gran porte, corriendo en un caballo bayo o pedaleando en una de las bicicletas que habíamos visto por la tarde. Él se había muerto antes que yo naciera, y como nunca nadie me dijo cómo era, ni me mostraron su fotografía, yo me lo imaginaba con bigotes y sombrero de charro mexicano, igualito a Jorge Negrete, el de las películas. Cantando y echándose para atrás el sombrero, mostrando al aire el mechón negro: «Soy puro mexicano... y si me han de matar mañana que me maten de una vez... México lindo y querido, si muero lejos de ti...» Y pensé en tanto niño que, como yo, no tenía papá a quien rezarle en ese cementerio tan oscuro y tan grande que parecía no tener fin, como la celda ésta del imbunche.

Por la mañana llegué hasta el circo, bajo un sol pálido y sin brillo vi cómo los hombres y mujeres, ahora vestidos con andrajos, desarmaban la carpa, la niña de rojo cuchareaba en un rincón vestida con sus tules rosados... «¿Querís comer?», me dijo. Y yo, que tenía harta hambre, le dije por vergüenza que no... «Eres tonto», me respondió ella. Y alargándome un plato con porotos, me pasó una cuchara después de limpiarla en su precioso vestido. Los payasos no me conocieron, tan atareados estaban en cargar el pequeño camión pintarrajeado con grandes letras, en que decía «Circo Mexicano Guadalupano Chileno», según leyó la chiquilla, que dijo que ella no era como la demás gente, porque era artista y los artistas eran diferentes. Sin horarios, ni tiempo, y que ella daba tantas vueltas en el escenario como le naciera de su propio gusto, ya que a veces tenía más energía, según me dijo al oído, tanto como el público la aplaudiera, eso a ella la hacía crecer por den-

tro, y como que el cuerpo agarraba fuerzas solo, y era así como daba vueltas, haciendo giros y saludos. En realidad, pensé: «Los artistas son harto diferentes a las demás personas.» Por lo mismo me interesó el asunto, y cuando estaban a punto de partir, uno de los hombres me preguntó:

—¿Y tú qué haces?

—Yo...

—Sí, tú, cabro... cara de palo...

—Cuido animales en el cerro...

—Y tan chico... y tus papás...

—Mi papá se murió, pistola en mano —contesté resuelto—, y mi madre es reina de oros y tiene una cantina donde canta rancheras.

—Éste tiene más imaginación que el tony Caluga —dijo riéndose la señora gorda que tocaba la guitarra y el tambor del trapequista—. Mejor vente con nosotros, que tenís pasta de cirquero.

Y fue así como me fui de pueblo en pueblo haciendo de tony chico, de cuidador de caballos amaestrados, de ayudante de trapequista y de amigo de la Chela, que así se llamaba la chiquilla artista que me enseñó muchas cosas que yo desconocía.

—En primer lugar tenís que aprender a leer, después a sumar, a restar, a multiplicar. Uno por uno es uno, uno por dos son dos, dos por tres, cuatro por cuatro, cuatro por cinco veinte. La M con la a, ma, la ma con la ma... mamá... El mundo se divide en cinco continentes y las estaciones del año son cuatro y el hombre que nace tres veces tiene cuatro destinos y un final.

Cuando terminó la temporada del circo yo me despedí de la señora Yolanda, de sus hijos Ramón y Luis

Ruperto, payasos y trapeceistas, de la señorita July, traga fuegos y bailarina exótica, y de mi amiga la artista contorsionista, y futura preceptora, como eran sus deseos.

Entonces me encaminé hacia la montaña, pero antes le prometí que nos veríamos la próxima primavera, cuando comenzara la temporada de los circos. Después de mucho andar, me encontré con el Tonto de la Puerta, llamado así porque andaba siempre, de día y de noche, con una puerta de madera café sobre la espalda. Decía que ésa era su casa, y era verdad, porque después del terremoto que destruyó su pueblo, la puerta era lo único que había logrado rescatar: «Ésta es mi casa... y si los caracoles andan con su casa al hombro, ¿por qué yo no?», decía, y todo el mundo, hasta donde yo entendía, estaba de acuerdo con él... habiloso el hombre, compadre.

El día que por fin pisé mis queridos cerros me llené de alegría. En lo primero que pensé fue en el guachito, que a estas horas, pasado ya el tiempo, tendría que haberse sanado y estar corriendo por los campos. Al medio día encontré a los cuidadores, que estaban comiéndose un asado. Me saludaron con gran alegría, invitándome a comer y beber de una garrafa de tinto; después les dije: «Yo antes voy a ver a mis animales, que harto de menos les he echado.»

—Cómase un pedacito de carne antes —me invitó el Julián—, está blandito... no ve que era nuevecito.

Probé entonces de lo que me ofrecían; estaba sabroso y tierno.

—Está bueno —dije.

—Y cómo no iba a estarlo —se rió Emeterio—, si usted mismo fue el que le curó la patita y lo alimentó con hierbas blandas y a leche pura; mejor no podía ser...

Se me estrujó el estómago, se me nublaron los ojos, se me ennegreció el alma. Agarré un cuchillón, rebané un pescuezo, luego otro. Perseguí al Julián hasta matarlo. Después, pensando en que yo había masticado y comido de mi propio guachito, me puse a vomitar y a llorar sin consuelo. Abandoné para siempre esos malditos campos que fueran el comienzo de mi desventura.

—Peón come caballo...

—Alfil por caballo.

—Caballo por alfil blanco, amenaza reina...

—Espere que le refiera lo del paisano...

Carvajal entrecerró los ojos y apretó el alfil entre sus tatuadas manos.

UN PAISANO EN ARMAS

Pasó mucho tiempo, demasiado, desde el recuerdo del guachito. Hasta hoy, que me encuentro aquí amarrado de pies y manos, esposado y encadenado, mirando el suelo, y a ratos, cuando puedo, las paredes blancuzcas de la cárcel, intentando adivinar un destino menos incierto.

Al pasar, uno de los guardias me dijo que ahora sí, que iban a fusilarme. Me dio risa y pensé en las películas mexicanas de charros y caballos, y más que nada en las de Pedro Infante, que siempre cantaba y se reía de la muerte. A él le decían «el Torito», y en esa película lo perseguía la fatalidad y la mala suerte lo acompañaba, igualito como me han perseguido a mí, tal como ese día en el que asaltamos al paisano don Mustafá y nos salió el tiro por la culata.

—No le vayas a disparar —le dije al Tronco-litre—, cuidado con matar a don Mustafá —agregué—, que será turco, pero es mi amigo.

Pero, como me descuidé, el tonto leso se lo llevó para el otro lado del cerro. Escuché entonces un balazo, corrí veloz a ver qué es lo que había pasado, y me encontré con don Musta, que me apuntaba con la Winchester y con el tonto leso del Tronco-litre boqueando su propia muerte al lado del camino.

—¡Virgen Santa! —dije—, protégeme, madre mía, desde la noche al día —recordando la oración de los bandoleros que me habían enseñado en la cárcel, para espantar el miedo y el peligro—. ¿Qué hace con esa escopeta, paisano? —le dije.

—Defender mi vida, desgraciado —me contestó de mala manera el Mustafá.

—No es para tanto —le dije—, ya que hartó bien lo habíamos tratado; es más, hasta se atrasó al cruzar el camino, y nos ha hecho perder hartó tiempo. No ve, pos, don Musta, que estuvimos horas esperándolo en el recodo del camino.

Hasta que apareció con la carreta llena de géneros de colores, azules, verdes, morados y rojos, abiertos al aire como si fueran cola de pavo real; muselinas, brines blancos como panes de harina, tocuyos rayados, buenos para hacer calzoncillos, rasos de terciopelo carmesí, como los que viera años después en un teatro de Buenos Aires, cuando escapando de la policía crucé la cordillera, recorrí la pampa a pie, a caballo, en tren lastrero, hasta llegar a la gran ciudad de obeliscos e inmensas avenidas. Después de pasar sobre las inmensas montañas cubiertas por la nieve eterna, cruzando por sobre las

nubes, atravesando ríos torrentosos en días y noches que no podré olvidar jamás.

—No se enoje, don Musta, que le puede ir mal. —Y busqué entre medio de mis pantalones rayados el colt negro amartillado. Y como le vi en los ojos la decisión de dispararme, apreté el gatillo antes que él, creyendo que con eso mandaba al otro mundo a don Mustafá, que como le decía era harito amigo mío.

Don Mustafá me miró fijo, con la palidez de los muertos, y me dijo rotundo: «Pégame otro tiro, huevón, y apunta bien, y sin miedo, que más vale morirse de una vez que andar medio muerto por esta puta vida.» Y arrellanándose en el camino, empezó a contarme cómo durante la primera guerra mundial, con otros turcos de su edad, escapaban de los turcos verdaderos, ya que nosotros los chilenos confundíamos a los árabes con los turcos, quienes allá en las turquerías los perseguían incendiando los campos, quemando las aldeas, cortando a cuchilladas los senos de las mujeres, extirpándoles el útero para que no parieran más hijos, y cómo arrasados por el hambre y la sed se bebían la orina de los caballos y comían excremento de animales, y cómo un día corrió sintiendo que detrás suyo, pegado a sus espaldas, abrazado a él, a don Mustafá, de apenas catorce años de vida, sostenía a la muerte que se le agarraba al espinazo, a las piernas, a la cintura. Y el paisano, por Diosito, corre que te corre, hasta que oriándose de miedo se dio cuenta, el pobrecito, que lo que tenía a sus espaldas era el esqueleto de un muerto que se le había enredado al cuerpo, cuando cruzando un campo lleno de cadáveres escapaban de los enfurecidos turcos...

Pensé un rato largo, me fumé un cigarro, recordé lo bien que lo habíamos pasado jugando a la brisca, y tomando chicha con naranjas agrias donde la María Ruiz Flor. Riéndonos con las chiquillas de La Calera, agarrándole las piernas a la pasadita, o tratando de mirarle por debajo de la mesa los calzoncitos rosados y amarillos que el mismo don Musta le vendía a buenos precios haciéndole rebaja, siempre y cuando le permitieran que él se los pusiera.

Tranquilo y delicado era el turquito, y para qué le digo, buena persona, ya que para los dieciocho de septiembre, Fiestas Patrias de todo Chile, se rajaba con sus buenos tragos y nos fiaba a todos los chiquillones ternos azules a rayas, buenas camisas de tocuyo blanco, y es que a mí hasta me fió una corbata colorá, y cuántas cosas bonitas que andaba trayendo en su carretón de colores tirado por los dos caballos, que ahora queríamos robarle para poder escapar para el otro lado de la cordillera.

«Mala suerte», me dije.

—Mala suerte —le dije en voz alta llena de miedo y de temblores. Cerrando los ojos, apreté el gatillo disparándole el segundo tiro del colt del treinta y ocho.

—Apunta bien, cabro de mierda —me gritó don Mustafá—. En vez de la frente, me pegaste otro tiro en la pierna, tonto baboso, abre los ojos y dispara como corresponde.

—Yo no soy na' asesino —le contesté calladito.

—Pero ya te jodiste —me respondió—, así que mejor termina lo que empezaste; y después que me muera, anda hasta la carreta y saca una colcha blanca con flecos amarillos y tápame el cuerpo entero. Pero

antes ponme entre las manos la cruz de concha de perla que traje desde la aldea de Bet-Sajur, en Palestina. Rézame tres padrenuestros, dos avemarías, y no te olvides de mí para las Fiestas de la Virgen del Carmen, porque escúchame bien, siempre, mientras tú vivas, yo me voy a aparecer en tus sueños, y te voy a recordar mi muerte, guacho desgraciado. Y no te lo digo por ofenderte, sino porque me estás dando lástima. —Y al ver que yo temblaba y no me decidía, me ordenó con voz firme—: Pasa para acá ese revólver, que me voy a despachar yo mismo; total, ya estoy aburrido de esta vida de mierda, y más si ahora quedo vivo y voy a tener que andar cojo y con pata de palo, eso sí que no, gallito, porque ni siquiera voy a poder bailar cueca, y menos los tangos, que son lo que a mí me gusta.

Agarrando la pistola, canturreó «Adiós muchachos...», y ante mi asombro se pegó un tiro en la sien, despidiéndose de este mundo y enseñándome de esa manera a ser hombrecito para siempre.

Eso es todo lo que recuerdo hoy de aquel infausto día. Luego seguimos el rumbo del río Tinguiririca, bordeando sus riberas, los únicos lugares en que se puede cabalgar libremente en Chile, porque son tierras sin rejas ni alambres de púas. Al final de la ribera cruzamos por un bosque hacia la hacienda El Olivar, donde me encontré, sin buscarlo, al señor principal, que en ese momento miraba, lupa en mano, unas antiguas estampillas de correo.

UNA SAGRADA FAMILIA

—Buenas tardes, mi caballero, me presento y solicito de su merced un trabajito para bien cuidar de usted y su familia.

Después de un largo silencio, mirándome, el ministro me contestó:

—Hablas demasiado bien para ser hombre honrado, ¿de dónde te salieron esas palabras? Un chileno cuando habla, habla poco y habla mal.

—Me las aprendí de un libro.

—Además sabes leer y buscas trabajo de jornalero; a mí no me engañas. ¿Qué andas trayendo debajo de la manta y que abulta de esa manera?

Yo apreté, tratando de disimular, la carabina recortada que sostenía con la mano izquierda debajo de la manta a rayas, con la que me había quedado después del asalto y fallecimiento de don Mustafá Mususle, que Dios y la Virgen lo tengan en su santa gloria.

—Por eso —le dije.

—¿Qué es que dices que dijiste?

—Lo de cuidar a usted y su sagrada familia.

Diciendo esto lo encañoné con la carabina recortada. El caballero se dio media vuelta y me miró con mucha sorpresa.

—No sé si me estás amenazando o sólo me estás mostrando tu escopeta.

—¿Qué cree usted?

—Guacho desgraciado, te dejé entrar a la hacienda, te di comida porque te veías muerto de hambre, y ahora me estás apuntando con tu carabina recortada, ¿y con eso pagas mis atenciones?

Y el patrón iba a seguir hablando, pero en eso llegó el Peuco, que era callado y tonto, y sin mediar palabra le dio una cuchillada por la espalda; yo miré para otro lado. El caballero cayó de a poco frente a los corrales, y sólo le escuché decir:

—En mi escritorio está la llave de la caja fuerte; por favor, no le hagan nada a mi mujer ni a mis hijas.

Pero fueron palabras vanas, ya que el Peuco, el Rogelio y el Tuto hicieron toda clase de barrabasadas, amarrando a la señora, sacándole la ropa, rompiéndole el camisón, abusando, señor, de las niñas, y yo, como un tonto sentado en una silla mirando todo eso, que no quiero ni voy a contar, porque me da vergüenza que haya gente así de mala en este mundo.

Tomé la parte de la paga que me correspondía. Elegí un caballo brioso y de carácter y me fui, dejando a esos bandoleros cometer sus fechorías. Por el camino encontré alguna gente que me miró en un principio con miedo, como que ya sabían de todo lo que había ocurrido en el interior de la hacienda, o quizás sería por el caballo que montaba y que ellos reconocían; en fin, que tomando del dinero que habíamos robado lo repartí por allí y por allá a unas viejecitas y a unas chiquillonas de buenas piernas y fuertes pechos. Noté entonces que la gente empezó a mirarme de otra manera y no hubo forma de negarme a bajarme del caballo, que resultó que era yegua y que estaba preñada, de eso me enteré más tarde cuando la bestia parió un precioso potrillo en medio de la noche y sin la ayuda de nadie.

Harto bien me atendieron en la casa de doña Josefina, que así se llamaba la dueña, que era la madre de siete lindas niñas llamadas «Las linduras de Valle Hermo-

so». Morena era una de ellas, de firme estampa, piernas robustas, cinturita limeña, cabellos largos rizados y estampa de yegua percherona. Cuando se me acercó para servirme una humita se me calentó la sangre y sentí por la piel cómo prendía en mí el calor que emanaba de su cuerpo y su olor de hembra en celo.

—Cómasela calientita —susurró.

Y fue esa misma tarde que, al lado de unas pataguas, nos comimos juntos y calientitas las humitas que me ofreció, después que me tomó de la mano y me dijo: «Venga, que le quiero mostrar algo que nadie ha visto hasta el momento en este mundo...» Se levantó las polleras, se bajó los calzones; boquiabierto, vi florecer en medio de sus piernas, como en un sueño, una rosa negra que olía a mar enfurecido y se abría palpitante, ofreciéndose como si de un fruto pulposo se tratara.

—Creí que me moría.

—No es para menos.

—Fui cegado por la visión.

Cuando abrí los ojos ella ya no estaba. Frente a mí, un espacio abierto y una puerta, a través de la cual se veía correr un río de aguas torrentosas.

—No me diga más; ya comenzó con su lirismo trasnochado. Al juego, *amico*, mueva sus piezas.

—Avanza peón blancas tres alfil.

—Enroque; y de la visión, nada.

Al atardecer seguí camino hacia el punto donde habíamos quedado de juntarnos con el Zamorano y su banda. El saludo fue corto y la marcha larga y en silencio. Después de cabalgar por horas, divisamos a lo lejos la casa con la luz encendida.

Llegamos cansados, con el alma pesada y negra de tanta maldad cometida. Frente a la casa iluminada por el farol rojo nos desmontamos y les aflojamos, para que descansaran, las cinchas de las monturas a los caballos. Las chiquillas de la casa nos recibieron con la alegría de siempre. La flaca Alicia me acercó el cuerpo apegándose justo donde debía (ya sabe usted dónde). «Vámonos para adentro —me dijo mirándome a los ojos—, no perdamos el tiempo, mijito.» «Pero si vengo recién llegando», le contesté asustado. «Mejor, pues —dijo ella—, así me lo agarro descansado y sin trago. Porque puta seré, pero no me gustan los curaos.» Los demás se reían y ella me agarraba a besos, y en un descuido me mordió los labios hasta sacarme sangre.

—Perdóneme, Alicia —le dije—, es que tengo mucha hambre —y retrocedí separándome de ella. Después de comer di con ella un bailecito.

—Vámonos para mi pieza.

—Déjeme mirar gente, que hace muchos días que no veo seres humanos.

—¿Y sus amigos qué son? —me preguntó ella—. Serán bandidos como usted, pero no tiene por qué ofenderlos, se ve que andan con plata —dijo, riéndose.

La Rosa María se movió gozosa, de tal manera que dejó a la vista sus dos preciosas tetas. «Ay ayayaicito, mijita rica —pensé yo—. Ésta sí que está hartó buena.»

—Con plata andamos —contestó el José Morales.

Porque días y días anduvimos por los cerros en trabajo de hombres. Y, en realidad, si uno recuerda todo lo que ocurrió en el asalto de la hacienda, había sido un

trabajo hartó grande. En una semana trasladamos de un pueblo a otro a lo menos quinientos animales entre vaquillas, vacas lecheras y caballos finos. Algunos los escondimos en potreros de personas amigas y otros los dejamos sueltos en los cerros de don Aniceto Úbeda, hombre muy requetehombre, echado para atrás y bueno para las carreras de caballo. Amigo él mismo de policías y carabineros. Por lo mismo que sus tierras eran lugar seguro para guardar ganado ajeno, es decir robado, para que nos entendamos bien. Me acerqué a la barra de color verde, tras la cual había una vitrina llena de botellas de licor fuerte.

—¿Qué se te va a ofrecer? —me preguntó una gorda tuerta que atendía el mesón.

Yo, como chiquillón, pedí una cerveza, pero como no tenían, me dieron un medio pato de vino tinto, y como a mí no me gustaba el trago, cerré los ojos y me lo eché al colete sin respirar, como había visto que lo hacían mis mayores.

—A mí me gusta este chiquillo —exclamó llena de entusiasmo la Rosa María.

—Era que no —dijo la Alicia, que apenas podía afirmarse apoyada en un poste, en medio de la pieza.

—A quién no va a gustarle la frescura. Vámonos pa' dentro —me empujó la Rosa María. Pero yo tenía presente en mi recuerdo lo que me había dicho el indio jefe cuando estuvimos en sus reductos: «Nunca te metas en la cama con mujer puta, huaina, que mujer puta no es limpia, enferma el cuerpo y entristece el alma.» Pero esas chiquillas se veían sanitas y limpias y sus cuerpos despedían olores fuertes y aromáticos, sólo la mentada Alicia olía a vino añejo, a tabaco, a sudor agrio y aguardiente.

Con la llegada nuestra se animó también el salón principal; se encendieron las luces, reflejando nuestras sombras en los muros amarillos, le dieron cuerda a la victrola y la música alegró el ambiente, se dejaron oír corridos mexicanos, valsecitos peruanos, cuecas y tonadas chilenas.

«Si me han de matar mañana / que me maten de una vez. / Que es que si tomo tequila / mañana tomo jerez. / Soy un cazador que vive intranquilo. / Si yo tuviera un corazón, / el mismo que perdí. / Cuántas estrellas hay en el cielo...»

Conmovidos escuchamos el afamado vals llamado *Desde el alma*, que tantos suspiros y lágrimas hacía salir desde lo más profundo del corazón de la gente: «No eras igual. / Un mundo de distancia / había entre los dos. / Tú eras de familia muy rica y distinguida. / Yo en cambio solamente era un trabajador.»

Canción que yo había escuchado cuando era niño en boca de una turca flaca, que cubriendo su cabeza con una gran chupalla, cantaba triste vaya a saber uno por qué, en las tardes de verano, cuando desde Santiago llegaba hasta la aldea, repleto de pasajeros y novedades, el tren de las seis de la tarde.

En lo mejor estábamos bailando y divirtiéndonos para olvidar, pensaba yo mismo, tanta desgracia ocurrida, cuando entre risas, bailes y cantos veo entrar como en una aparición, chiquitito y pelado, alegre como un trompo tricolor, al finao don Mustafá, rodeado de mujeres, regalándoles aros y sortijas, géneros de colores y percalas en las que se envolvía feliz una de las gordas; que así rellenas siempre le gustaban al paisano. «Me está penando», susurré lleno de miedo. «Ya se me curó,

mijito», me dijo la Rosa María. Yo cerré los ojos y sentí en la frente el sudor frío del miedo. Cuando los abrí, riéndose a carcajadas estaba al lado mío, vivito y coleando, don Mustafá.

—¿Qué me dice compadre? ¿Qué me dice...?

DIOS ES GRANDE Y MAHOMA SU PROFETA

—Me creías tan huevón como para matarme yo mismo, chiquillo tonto —me dijo, y abrazándome fuerte exclamó con alegría—: Estoy muy contento de verte, y con mayor razón me imagino que tú mismo, ya que te salvé, gallito, de convertirte en asesino. «Dios es grande y Mahoma su profeta.» —Y separándose de mí, comenzó a bailar—: «Los marcianos llegaron ya / y llegaron bailando cha-cha-cha. / Cha-cha-cha, / qué rico el cha-cha-cha.»

Yo, por diosito, lo único que se me ocurrió fue persignarme: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», y me besé el dedo gordo de la mano, le di gracias a mi Virgen porque el turquito estaba vivo y alegre como siempre. «Gracias, Virgencita, protectora de los bandidos, asaltantes de caminos. Gracias, alta Señora», repetía para mí mismo, y olvidándome de todo me puse yo a bailar, por el gusto de vivir, el rico y sabroso cha-cha-cha. «Deja de ser bandido, deja esa profesión de pobre, vente a trabajar conmigo —me dijo después don Mustafá, cuando nos sentamos solos en un rincón a comentar la vida—. Tú eres un chiquillo bueno; yo no tengo hijos y te puedo enseñar muchas cosas que he

aprendido recorriendo el mundo ganándome la vida, porque la gracia no es tener, sino saber obtener.»

Y así fue cómo al otro día nos fuimos juntos recorriendo los caminos, vendiéndole a la gente brazaletes, pailas de cobre, géneros, cuchillos de plata, relojes de oro que para portento de la gente daban exactamente la hora que ellos deseaban que tuviera el día. «Te voy a enseñar a ser un hombre libre —me decía—. Fíjate en mí, no tengo horarios ni compromisos, lo que hago lo hago porque me gusta y voy donde mi parecer me indica. En el verano a la cordillera y al mar, porque allá está la gente, que cuando está de vacaciones se siente rica y poderosa y le compra a uno todo lo que ofrece. En esos lindos parajes y cuando la gente está alegre y despreocupada, puedes y debes subir los precios de la mercadería para compensar que en el invierno es necesario ir de casa en casa, capeando el temporal y ofrecer, eso sí, cada cosa en su lugar y en su tiempo, ya que no tiene sentido —me explicaba el paisano atusándose el bigote— ir a vender pantuflas, bufandas y ropa de abrigo en el verano al lado del mar, o en el esplendor del campo, o ropas ligeras, trajes de baño, blusas de seda transparente, corpiños o sostenes durante el crudo invierno. Nunca dejes de adular a tu cliente, ya que nadie, escúchame bien, es capaz de resistir el poder del elogio en este mundo: qué joven que está mi señora, hay que decirles, ay, qué bonita y delgada, aunque revienten de gordas; qué hermoso su jardín, qué florecientes sus rosas, aunque estén mustias y marchitas; qué casas tan limpias y niños tan sanos; qué señor de tan buen semblante, qué buen porte y qué bien se ve con ese fino bigote. Y después que te sonríen, porque siempre te van a sonreír, les dice uno como

casualmente: Tengo algo especial para usted, paisano. Y para usted, paisanita, mirada y suspiro, una prenda única para mujer joven y bonita, y, como a la descuidada, le muestras calzones y sostenes de color rosado y rojos fuertes. (Prendas muy queridas y admiradas entre las personas chilenas que visitábamos día a día, en esos tiempos felices que pasé con don Mustafá.)

—Te voy a enseñar a cocinar, chiquillo.

—Pero es cuestión de mujeres —le decía yo.

—No seas tonto y atrasado, hombre, por Dios. Tráeme un kilo de arroz, arranca suavemente de las parras hojitas tiernas, aliña con orégano y menta, rellénala con arroz y carne de cordero tierno, luego envuélvelas delicadamente y déjalas cocer a fuego lento. Busca un buen tinto seco, color de terciopelo, descórchalo y déjalo airearse, luego comparte la comida con los amigos. Cómelas con la mano, que ésa es la forma de ofrendar la verdadera amistad. Cuando levantes tu copa, hazlo lentamente, mira uno a uno a tus comensales para que cada uno de ellos sienta que el alimento y el vino que Dios te da, tú te lo comes y tú te lo bebes en su nombre. Separa cada sabor, que para eso son los vinos, saborea cada cosa que te entrega la tierra; zapallos italianos rellenos también con carne de cordero, mezclado con arroz, cebollitas tiernas mojadas en aceite de olivos, o vinagres finos de antiguos vinos blancos. Mezcla en otros platos todos los sabores: olivo, hinojos, ajíes rojos y verdes, menta y perejil, y cuando no sientas tu lengua, destapa una botella de arak, que es aroma de anís, luego un coñac fino, porque pobre puede ser un hombre, pero nunca puede beber mal, y luego, hijo, un tabaco, un habano Montecristo, madre mía —y levantaba el paisa-

no una mano al cielo—, y después, en consecuencia, te duermes a la sombra de un sauce, ojalá acompañado, una larga e ininterrumpida siesta. Eso es vida, Torito.

Cuando tenía tu edad y vivía en Bet-Sajur, Palestina, todos los días eran fiesta y jolgorio hasta que llegaron los turcos y arrasaron las aldeas, destruyendo y matando sin compasión todo lo que fuera cristiano. Era *horrroso* —«Horroroso», le corregí yo; «Lo mismo da», respondía el paisano—. Piensa que en este siglo se pasaron a bayoneta y cuchillo a un millón de personas en un solo día. ¿Te imaginas a qué puede oler un millón de muertos? ¿Tú conoces el olor a sangre y la frialdad espantosa de la muerte múltiple y anónima? Tú has andado jugando a la vida y a la muerte —me dijo—. Yo, en cambio, soy un sobreviviente.

Sentí mucha pena por el pobre don Mustafá. «Esas cosas no pasaron jamás en Chile», le decía yo.

—Esas cosas, hijo mío, suceden en todas partes y cuando uno menos se las espera. Los humanos nacimos con una chifladura en la cabeza —me explicaba el paisa..., mientras recorriamos los caminos de agosto, en que florecían los yuyos amarillos y comenzaban a adornarse los caminos con los colores dorados del aroma—. Chi-fla-du-ra. —Y me mostraba dos hoyos supuestos en su calva cabeza, por donde según él se nos escapaba la razón. «Chi», soplabá con los labios cerrados, «fla», con la boca abierta. «Chi-fla-du-ra», con la boca abierta, mirándome feroz—. ¿Te parece poco —me decía— que en medio siglo se hayan producido dos guerras mundiales? Matanzas porque sí y porque no. ¿Escuchaste alguna vez, chiquillo del diablo, hablar de los derechos humanos?

Y como yo nunca jamás había escuchado hablar tanto y de tantas cosas a una sola persona, me quedaba callado y lo miraba, eso no más yo hacía. Quedarme callado y mirarlo.

Para mi mala fortuna, uno de esos días, después de una semana de fiestas y parrandas, celebrando, según yo entendía, los derechos humanos, don Mustafá, después de bailar diecinueve pies de cuecas en una casa quinta, en las afueras del pueblo de San Fernando, en la provincia de Colchagua, no despertó de su siesta. Lo encontré sonriente y con los ojos abiertos mirando el infinito.

—Don Mustafá —le dije—, don Mustafacito, no se vaya, mi turquito, no me deje solo, viejito querido —pero su alma ya no estaba en este mundo.

Eran días de septiembre, final del invierno y comienzos de la primavera, en los caminos de tierra comenzaban a crecer las enredaderas de suspiros azules, en los parrones el verde de las pequeñas hojitas. Los grandes árboles de crespones morados comenzaban a florecer y eran de color dorado los ciruelos. Acompañados por unos vecinos, velamos en la casa de la señora Rosa los restos mortales de don Mustafá. Le compré su buen cajón de madera bruñida, le mandé hacer tres misas seguidas y le dejé pagado al señor cura un año entero de responsos. Innumerables filas de vecinos fueron creciendo en el camino hasta convertirse en una verdadera multitud mientras cubrían de flores el camino. Llegamos hasta el cementerio de Santa Cruz, que era el pueblo más cercano, y rompiendo la tierra con palas, que empuñé con mis propias manos, le dimos cristiana sepultura. Después de dejar a mi

amigo don Mustafá Mususle en su última morada, tomé las cosas que había en la carreta y las repartí entre las gentes que habían sido en su vida sus clientes y amigos y como no sabía hacer otra cosa volví nuevamente por mis mundos de bandido buscando hasta encontrar a mis antiguos camaradas de armas: el Zamorano y su banda.

AMAPOLA, DULCÍSIMA AMAPOLA

En el cruce de Agua Santa nos dividimos con el compromiso de juntarnos en tres días más, en la quinta de Tilcoco. El jefazo Zamorano y hermanos tenían preparado un asalto que nos iba a permitir retirarnos, por esa temporada, con una buena tucada de billete tocante de la repartición que haríamos del ganado y de la plata, que según el Zamorano guardaban en las cajas fuertes del fundo El Naranjal, el cual estaba ubicado en la localidad del mismo nombre. Lugar que yo conocía desde niño, porque allí fue cuando mi hermana Guillermina me llevó una mañana vestido de blanco, con un ramo de azahares de plástico y un tul, hasta la iglesia, para que hiciera la primera comunión y me convirtiera en cristiano. Recuerdo que el cura era gordo, y como era verano sudaba y suspiraba, aburrido tal vez de escuchar a ese niño flaco y muerto de miedo frente a su santidad repitiendo una y otra vez lo que me había enseñado mi hermana Guillermina.

—¿Desde cuándo no te confiesas?

—Es la primera vez, su señoría.

—Dime padre...

—Sí, señor padre.

—En fin, como quieras; cuéntame tus pecados.

—No... si no...

—Si no qué...

—Nada..., es que no tengo nada que contar, su santidad.

—Algo habrás hecho de malo...

—Una vez se me apareció la Virgen entre los cerros con su lindo escapulario, vestida de café y con adornos de plata y oro...

—Ésas son mentiras; y qué más...

—Otra vez me fui con unos hombres que andaban con lingüera, y para comer se robaron unas gallinas de una señora de color verde...

—Y tú comiste.

—No, yo no...

—Eso de andar robando es pecado...

—Y tenía los labios rojos y sobre la corona un manto blanco resplandeciente de estrellas...

—¿Quién, la señora de las gallinas?

—No, la Virgencita; y unos caballeros de barbas blancas y sotanas hablaban del acabo de mundo...

—Reza tres padrenuestros y dos avemarías. —Y extendiendo cansado su mano me dio la bendición, con palabras que yo para nada entendía...—. Ahora ponte de pie —me dijo— y colócate en la fila, y deja de andar hablando mentiras, que eso también es pecado...

Tenía largas las pestañas y miraba dulcemente... y que la vi, la vi, y es que andaba en una angarilla. Después, junto a otros niños nos hincamos y estiramos la lengua y sin mascar nos tragamos la hostia blanca que nos dio su santidad, el señor cura. Lo que más recuerdo

era una niñita de pelo rubio, que sin abrir los ojos cerró dulcemente su boquita y se fue a sentar al lado de una señora que de seguro sería su mamá, ya que hartó se le parecía. Más tarde tomamos desayuno con chocolate y leche, y nos sacamos una foto, que fue la primera y la única que guardo de esos tiempos, en que no era ni saltador ni bandido perseguido por la ley, como ahora en que ando amalditado porque así fue como se me dio la vida.

Después de dejar atrás un trigal y pasar un cerco de zarzamora, cruzamos mi caballo y yo un campo de amapolas. Y como vi que el Paso Doble se puso a comer con tanto entusiasmo y a mí el hambre me acalambra el estómago, me bajé del caballo y también comí del pasto y de las flores como me había enseñado don Mustafá, que de eso él entendía mucho, ya que siempre repetía: «Todo lo que la tierra da es para comerlo, hijo, y nunca tengas miedo de la naturaleza, pero sí de los hombres...»

Las flores de amapola no me quitaron el hambre, más bien comencé a sentir un dulce cosquilleo que me recorrió el cuerpo. Dormí un rato al lado de mi caballo y esperé que pasara la tarde. Los cerros se fueron poniendo de un azul brillante, como si estuvieran cubiertos por piedras preciosas. Recordé una canción que escuchara hace poco en una radio, «Amapola, dulcísima amapola», y sonreí de puro gusto de estar vivo. Cuando llegó la noche, el cielo estaba estrellado y se podía ver con toda claridad la estela que se formaba en medio como señalando un camino. Cabalgué por el campo de amapolas perdiéndome en la lejanía, sin

rumbo, y con alegrura en el corazón, y así, como yo, lo sentía también mi caballo el Paso Doble, mientras corríamos por el campo de flores. «Amapola, dulcísima amapola.»

Sería entre las dos o las tres de la mañana cuando nos encontramos con la línea ferroviaria y el gran puente, que elevaba sus oxidados fierros redondeados y en espiral como si fuera mesmamente una catedral en medio de los arbustos. Los álamos se levantaban sombríos con las ramas abiertas como si fueran ángeles, como si de ellos colgaran hombres con los brazos abiertos, estremecidos por un viento que de pronto comenzó a llegar desde el norte. Me disponía a cruzar la línea ferroviaria, cuando escuché el sonido de cascos de caballos y el tintineo de los sables golpeando las monturas inglesas que usa la policía chilena. Detuve de inmediato mi caballo y me escondí tras unos árboles grandes que estaban justo a mi lado, gracias a la Virgen protectora de asaltantes y bandidos, cuando en eso escucho el pitar lejano del tren, cosa que me sorprendió grandemente por la hora y además porque ya hacía mucho tiempo que el tren no pasaba por esos lugares. Iluminado el cielo con una luz amarilla venida de otros tiempos, entre fogonazos rojos echando humo, vapor caliente, hirviendo en ruido y llamas, apareció la locomotora seguida de los vagones, dejando de un lado al teniente y su tropa y del otro a mi fiel caballo, que no se movió. Al igual que yo, estaba asombrado de la visión del tren que nos cruzó, salvándonos de encontrarnos con quienes nos perseguían a sangre y fuego.

Al frente de la locomotora, conduciendo los mandos, cantaba «...mi partida no tiene regreso...» el famoso bandido Comino, de quien yo había oído hablar desde que era un escuincle y que, según la gente de esos lugares, había sido fusilado hacía más de cien años. El hombre iba vestido de negro, con faja roja y cuchillo que brillaba en la madrugada, y detrás de él, pala en mano alimentando el fogón de la rugiente locomotora, el Rogelio Pava Choca, asesino de renombre, muerto en enfrentamiento con la ley a lo menos hacia ochenta años, por lo que recordaban sus hijos legítimos e ilegítimos. Era conocido porque sembró estas tierras de guachos, dejando preñada a cuanta mujer se topara en su camino.

—Adiós, tatita —escuché gritar, y luego vi a un grupo de personas, hombres y mujeres, que saludaban el paso del tren con pañuelos y banderas.

Sentada muy adusta y majestuosa divisé a misia Ramira, a quien había conocido por fotos cuando asaltamos la hacienda de las Palmas, por las tierras de Palmilla. A su lado doña Ermigia, abanicándose con un abanico andaluz que ella siempre había querido tener en vida. «Güen dar —pensé—, qué gran suerte que la gente consiga en la muerte lo que añoró tener en vida.» En otro de los asientos de tercera clase vi a don Justo Padilla el bueno, conversando animadamente con su hermano Padilla el malo, quienes habían muerto y estaban enterrados en el cementerio de Santa Ana, como ustedes pueden comprobar cuando quieran, internándose por Las Majadas, camino a Santa Matilde, lugar muy conocido por sus tierras fértiles y de gran rinde en

el trigo, que hasta ciento sesenta quintales por hectárea es que dicen que daban, cuando esas tierras eran sembradas de maíz, trigos y cebada. Familiares y allegados les hacían adiós con rebozos y pañuelos blancos bordados de florcitas amarillas. Vi a hombres de mirada fiera que fueron jueces, senadores, diputados, haciendo discursos y mostrando datos de los que se llaman estadísticas, sin que nadie les hiciera caso. Un señor de frente amplia y cabellos desordenados se cruzaba al pecho, en medio de aplausos y vivas, la banda presidencial.

Mirando a través de la ventana, con un aire de profunda tristeza, una joven muerta por amor, ahogada en las aguas de un lago, peinaba sus largos cabellos color oro, que destilaban agua transparente, con un peine de plata, mientras tras de ella unos ángeles cantaban.

—Vamos jugando al hilo de oro y al hilo de plata también, que me ha dicho una señora que lindos hijos tenéis.

El paisano Haj Núñez, que llegó por estos lugares al comienzo del siglo, jugaba a las cartas con el griego Kukumidis, quien se dejaba ganar, porque en ese momento se perdían su mirada y sus recuerdos en los ríos secos del Peloponeso. De pie en medio de los vagones de asientos aterciopelados doña Titina recitaba versos en un idioma que después, cuando estábamos juntos en la cárcel de Rancagua, mi compadre Carvajal, que era hombre de muchas tierras y navegaciones, me explicó con extrañeza que recitaba en francés. Todavía recuerdo uno de ellos...

—Yo las tengo, yo las tengo, yo las sabré mantener —cantaba en voz bajita doña Catita, la que vivía en la casa larga y colorada, que después sus sobrinos la con-

virtieron en casa de putas y trajeron a una chiquilla chicha con tetitas de perra y la hacían trabajar de noche y de día, mientras afuera los hombres y chiquillones de La Calera hacían fila para acostarse un ratito con ella, pero nada de lesa la cabrita un día se aburrió de tanto y retanto menequeteo sin sentido y obligó no más al colorado Ballo, que así le decían al viejo que la trajo hasta la casa de la misia, a casarse con ella, y fue dueña de casa respetada y temida por todos los lugareños.

Así también se hace justicia... pensaba yo, hasta que un día ella me llevó pa' los corrales y sin que se lo pidiera me hizo los favores, diciéndome que si yo creía que era mucha suerte vivir en esa casa tan grande donde falleciera misia Catita sola, apretando el bolso rojo que ahora después de cien años seguía aferrando entre sus huesudas manos, llenas de anillos, y que nadie le pudo quitar de los dedos a pesar de los esfuerzos de sus malvados sobrinos, nietos y bisnietos. Circunspecto y sentado rectamente, pluma en mano, tomaba acta del acontecimiento el señor don Merelo, o a lo mejor ponía al día sus libros y registros, todo esto yo concluyo por lo que me decía mi compadre, mientras yo tonteando le contaba estas cosas para entretenernos y mejor pasar el tiempo adentro de la cárcel.

El hecho y el cuento es que don Merelo, notario de profesión y de origen italiano como mi compadre Adville Carvajal, que tampoco era Adville Carvajal ni italiano, como explicaré después, tomaba nota de los nacimientos y muertos desde 1851 hasta la fecha en que lo sorprendió la muerte, tomando chicha y aguardiente en los caminos y rincones de La Calera, famosa porque allí cada persona tenía su viña, y era obligación, hasta aho-

ra, ir casa por casa probando los sabrosos mostos y las agrias aguardientes. En otro vagón el Jaime y el Juan de los Juanes se batían a duelo. Jaime mataba al Juan y el de los Juanes moría bajo las cuchilladas de Emeterio, quien a su vez agonizaba por los rebencazos que con la argolla de plata le asentaba el Pichilla, llamado así porque la tenía lacia y chica, flaco, de gran estatura, lo que en vida le costó recaro, ya que como era aficionado a las carreras a la chilena, su corpulencia no le permitió ganar jamás ninguna en las que se apostaron millones de pesos, mientras los vivos y los muertos engullían y tomaban, como mucho tiempo después dijera un querido presidente, empanadas y vino tinto.

La Milica, hembra recia, llamada así por su afición a los hombres de uniforme, cantaba con una guitarra sin cuerdas el amor de un hermano por su hermana, pasión extraviada que implicó drama y lágrimas entre los protagonistas de tan infausta historia.

—Hermana... hermano... te quiero yo.

En los carros de carga, los esqueletos vestidos de amarillo bailaban hasta dejar los huesos en la pista, cuecas de hasta más de cien pies; al fondo del vagón, sentado en un ataúd rodeado de flores y putas, el gordo Cabrera cantaba tocando los platillos con tenedores y cucharas, haciendo él solito, acompañado de cacerolas, sartenes y ollas que colgaban a su alrededor, una orquesta enterita —«y una viudita bailó sobre el cuerpo de su marido y huifa rendija». «...Abran paso que voy volando tango», proclamaba sombrero al ojo y bufanda blanca, el finado Alamiro. Apretando el cuerpo frío y esquelético de la Maruca, quien por Dios lo dijo y que no me acusen de contar mentiras, lucía espléndida, ves-

tida de rojo y con dentadura nueva, quitada a otro de los muertos que sin gracia dormía, porque según él tenía que rendirle honores a la bandera muy temprano, ya que al día siguiente se conmemoraba la batalla donde él había muerto defendiendo la sagrada patria.

En el último carro, entre fuegos y fierros retorcidos, pailas de aceite hirviendo, botellas de vino tinto alineadas en filas, probándolas de una en una, catando con lentitud y parsimonia, vestido éste sí de etiqueta, el afamado Meico diuca, que espero no me pene esta noche por estar recordándolo. Que en todo caso es para bien, ya que nunca estuve de acuerdo cuando escuchaba la historia de que un día se reunió el pueblo y tomaron la decisión de quemarlo vivo dentro de su casa con todos sus libros, porque a juicio del cura eran libros del demonio... «Seguro que era un librepensador», acotaría después Adville Carvajal. El Meico diuca fue famoso porque curaba a los enfermos de tuberculosis con emplastos y hierbas calientes, arrancándoles la piel y la enfermedad de un solo tirón. La cuestión es que ahora se sacaba el tongo negro, y enarbolando un bastón, con empuñadura de plata, cambiaba los cubiertos de lugar poniendo siempre frente a ellos una copa de vino tinto, de esos de terciopelo, que acarician la garganta como si fueran pétalos de rosa.

—Espero a don Abdalón Martínez —proclama a voz en cuello quien decía la gente que era hombre acaudalado, de pequeña estatura y profesión abogado.

—El diablo mismo —sentenció Carvajal, y me cortó el relato en esas tardes y noches de mentiras que nos servían para llenar el tiempo y espantar la ausencia.

—Peón cuatro rey...

—Torre amenaza a caballo.

Pasada la visión del tren con su cargamento de espíritus, arremetieron los demonios vivos. Bufando cruzaron la línea los caballos. Vestidos con mantas largas, carabina en ristre los policías, y echando vapor por bocas y narices entre las sombras, creí divisar la fiera silueta del teniente Ramírez.

Yo le sobé el cogote al Paso Doble, no se me fuera a alborotar con el olor a yegua en celo que se sentía en el aire de la madrugada en su momento más oscuro..., apreté nervioso el colt y me sujeté con fuerza en los estribos, dispuesto a todo estaba, menos a rendirme sin pelear hasta la muerte. Uno a uno pasaron los jinetes, tiesos como si fueran estatuas de cemento, relinchó un caballo, se alborotó una yegua, y yo sobándole las orejas a mi joven amigo. Un movimiento, un ruido y comenzaba la balacera. Mi intención era dejarlos pasar y luego correr en sentido contrario; sin embargo, y sin que pudiera evitarlo el Paso Doble, llevado por el instinto, giró sin hacer ruido y se sumó a la caballada, metiéndose entremedio sin que nadie se diera cuenta. Cabalgando yo entre ellos como si fuera uno más, me encogí todo lo que pude para no notarme; uno de los policías me preguntó si andaba con algo de fumar...

—Cigarros tengo —le dije—, pero de fumar no...

El hombre movió la cabeza y rezongó que hasta cuándo iban a andar detrás de sombras, que no se sabía en forma clara si eran hombres o fantasmas.

—¿Quién habló en las filas? —preguntó enérgico el teniente Ramírez.

La respuesta fue el silencio; se volvió entonces hacia atrás, con el fin de descubrir al hablante. Cuando lo vi venir hasta mí, no dudé un segundo, apreté con la piedad izquierda la grupa de mi caballo, que sintió el roce, la intención y la espuela, que nunca yo usaba con él sino de puro adorno, porque como que dan miedo y lo hacen más grande a uno, se dio media vuelta alzando sus patas delanteras, y obedeciendo a mi grito de «¡Hala, Paso Doble!», salió disparado a toda carrera, ahora sí en sentido contrario a los policías, me tendí sobre el caballo y escuché las órdenes del teniente: «¡Lo quiero vivo o muerto!...», y luego los disparos que me rozaban las orejas, pasaban chispeando alrededor de mi caballo y zigzagueando, corriendo ora de derecho, ora de costado, de frente dando vueltas y metiéndose nuevamente entre la tropa dispersa y casi enloquecida, sin saber a qué atinar, ni a quién disparar, y el teniente dando órdenes: «¡Disparen al cuerpo, carajo, disparen sin miedo, maricones!», y uno de los sargentos replicando: «¿En qué está? Que si disparo lo puedo herir a usted mismo, mi teniente..., ¿no ve que monta en caballo del diablo?...»

—Qué diablo ni qué ocho cuartos; disparen y agarrren al facineroso.

Yo pegado al caballo tendido de costado oí de pronto cómo un máuser hería a uno de los carabineros, que cayó pesadamente al suelo y fue arrastrado por el caballo.

—¡Le dimos..., le dimos! —gritó alborozado el teniente. Y la voz del sargento:

—No, pues, mi teniente..., más bien la cagamos... ¿No ve que el herido es el cabo Espinoza?

Aproveché entonces la confusión y dirigí recto al Paso Doble en dirección a lo único visible en noches tan oscuras, la blanca nieve que cubría los picachos cordilleranos. Le solté las riendas y lo dejé correr sin descanso, hasta que nos detuvimos frente al resplandor del río. Fue entonces cuando escuché su voz...

OPELIO, OPELIO MÍO...

Sentí susurrar entre los boldos, tilos, coigües, raulíes y otras hierbas olorosas que crecían a la orilla del río. Detuve mi caballo; él y yo levantamos las orejas para escuchar mejor el susurro de pasión que surgía entre los maquis, pataguas y enredaderas silvestres.

—Opelio mío...

Y de entre los olmos, maquis, naranjillos y piñoles surgió desnuda una bella mujer de largos cabellos cobrizos, piernas esbeltas, cintura moldeada por manos de artesano fino y preciosos pechos que relumbraban como de cristal plata a la luz de la medialuna que se reflejaba en el agua transparente, como si todo fuera cosa de encantamientos, magias o sortilegios.

—Opelio —gritó gozosa, y se zambulló en las aguas transparentes, perseguida por la luz de la luna, como si fuera un sueño.

Sentí que no respiraba. Mi caballo aflojó las patas delanteras y conmovido se dejó caer sobre la tierra. Tan cansado estaba después de correr la noche entera, perseguido por la policía al mando del teniente Ramírez. Nadaba ella como en sueños no tenidos. ¿Cómo iba yo a soñar con cosa tan linda y jamás vista? Era la primera

vez que veía a una mujer desnuda. Daba ella vueltas en el agua, girando su cuerpo como si fueran cristales. Nadaba de espaldas, lanzando atrás sus brazos en forma acompasada, deslizando sinuosamente sus piernas, hacia atrás, suave. Hacia delante, dejando a flote sobre el agua la rosa oscura de su sexo, la suavidad adivinada de sus muslos. Sus pechos ahora, de color rosa ámbar, y su cabello, rodeando su bello rostro ovalado, transfigurándose en suaves luces y en tenues sombras.

—Opeliooooo... ooooo... —Escuché entre las sombras aceceos, esfuerzos y gruñidos incomprensibles. Miré al costado y vi cerca de donde yo estaba, enredado en sí mismo, a un hombrecito delgado y bigote fino, intentando zafarse inútilmente de unos gruesos suspensores que lo mantenían apresado y le impedían quitarse, como parecía su intención, los pantalones...

—Espéreme, mi diosa —suplicaba angustiado—. Tome usted en cuenta, mi señora, que yo no sé nadar.

Me desmonté, y sigiloso caminé hacia él, con el ánimo de ayudarle a salir de tan embarazoso trance.

—¡Opelio mío! —Y la tibia voz, como el vino rojo aterciopelado de las costas, detuvo en ese mismo instante mi buena intención—. ¡Opelio mío! —Su voz llegaba a mí desde lo más profundo del deseo, anticipando a mis dieciocho años un placer no conocido.

Entonces, les digo la verdad, el deseo cambió mis intenciones. Pensé que la mejor forma de ayudar al caballero en apuros era enredarlo aún más; y sin dudar le pegué en la cabeza con la argolla de acero de mi rebenque. Asegurándome que el señor Opelio estaba aturdido y bien dormido, le acomodé la cabeza en el mullido pasto del estero. Desvistiéndome rápido, me

lancé al agua y comencé a bracear con todas las fuerzas de mi alma hasta alcanzar a la diosa, quien alegremente se lanzó a mis brazos, apretó su cuerpo contra el mío, y, acariciando mi cuello con sus bellas manos, me besó largamente... y fue el beso más dulce y prolongado que recuerde en toda mi vida. *Gracias, donde se encuentre don Opelio. Gracias por las ternuras y el calor que recibí mi adolorido cuerpo en aquella mágica noche.* Saqué a la diosa del agua, y buscando un rincón de arena fina, rodeada por el aroma de avellanos, de peumos y laureles, la hice mía en el sagrado nombre del señor don Opelio.

—¡Opelio mío! —Que, como ya es sabido por ustedes, dormía apaciblemente en la orilla opuesta del río—. Te desconozco, Opelio —suspiraba ella—. Te amaré toda la noche, hasta que quedes extenuado, amor mío. Premiaré tu esfuerzo y esta pasión encantadora.

Yo la abracé con más fuerza, intentando penetrar hasta el final el túnel azulado de su magnífico cuerpo.

—Cántame esa canción del río y la luna que se baña desnuda —me susurró acezante al oído, quemándome la piel con el fuego de su aliento y haciéndome arder la sangre de forma nunca antes sentida.

—¡Yegüita...! ¡Yegüita mía...! —fue lo único que se me ocurrió decir. Y con decirlo, fui conminando a la diosa a consumir el amor, con nuevos y renovados ardores.

Ella se escabulló bajo mi cuerpo. Se escurrió estremecida, exhaló un gran suspiro, que de pronto se convirtió en grito de placer, en aullido de gozo, y llorando me suplicó:

—Dímelo de nuevo, Opelio..., mi yegüita..., dímelo —exclamaba imperativa. Y yo, obedeciendo a sus pedidos y midiendo la capacidad de mis fuerzas, comencé a cabalgarla, lenta y pausadamente, con ritmo sostenido y ascendente, como me habían enseñado mis mujeres mayores, mientras la incitaba, en el oído, como si fuera mi yegüita más preciada.

—¡Mijita! ¡Mi yegüita alazana! ¡Mi yegüita rica!

En ese punto, ella girándose ágilmente, se montó sobre mí.

—¿Dónde, Opelio? ¿Dónde, mi potro amado, mantenías oculto tus ardores de jinete, tus sudores de potro encabritado, de furia embravecida?

Brillaban sus pechos en mis manos, curvado el cuerpo, la cabeza atrás, al aire los cabellos, húmedos de sudor y aguas perfumadas nuestros cuerpos, los ojos cerrados, y la roja boca abierta a todos los deseos.

—Dame tu lengua, amor. Dámela, Opelio mío.

Enceguecido y olvidado ya de ocultar mi rostro, besé mil veces su cuerpo. La recorrí entera, buscando con mi lengua la profundidad de su sexo. Ella me tomó de los cabellos y haciendo girar mi cuerpo, como si levitara, comenzó a besarme, desde los dedos de los pies hasta tomar entre sus dos manos mis partes más sagradas, llevándoselas a su boca, acariciándome hasta quedar extenuado.

—No me dejes, Opelio. Que recién te estoy gozando.

Y me apretó con más fuerza, rodeándome con sus piernas la cintura. Yo me encabrité de nuevo, me monté sobre ella y cabalgamos la noche entera hasta quedarnos dormidos, plenos de placer, henchidos los cuerpos y las almas expandidas.

Desperté a la madrugada, y vistiéndome rápidamente monté en mi ahora descansado caballo, buscando un camino que me llevara al rumbo de mis dos amigos... quienes a esa hora, y sin yo saberlo, estaban en manos del teniente Ramírez, ya que éste con su tropa los había emboscado y hecho prisioneros en los caminos de Auquinco y Agua Santa. Cabalgué con prisa sin mirar hacia atrás. Me perdí para siempre en esa madrugada. De la diosa y de don Opelio tuve noticias tiempo después, tal como paso a contarle a continuación.

—Alfil amenaza a peón negro.

—Caballo por alfil.

Desde puntos distantes, fusiles ocultos me apuntaban.

¿DIOS O DIOSA?

Prisionero nuevamente en la cárcel de Rancagua, volví a encontrarme con los hermanos Tolorza-Hernández Zamorano.

—Seguro que fuiste vos quien nos denunció —me espetó en plena cara, y delante de varios presos, el Zamorano grande...

—Yo no hei sío —contesté—. Y para mayor prueba he contado aquí en público mi historia vivida con la diosa.

—Vos estás huevón si piensas que te vamos a creer... —contestó el Zamorano chico, y se rascó la espalda.

—En todo caso, hartó bueno y sabroso el cuento —opinó rotundo don Carvajal. El viejo desdentado des-

de un principio se había acercado a mí para escucharme mejor, ya que poco a poco se habían juntado a mí alrededor entre veinte a treinta presos. Mientras que yo contaba mis historias, otros calentaban en un roto brasero las chocas para tomar el té y calentar el cuerpo.

—En todo caso, ándate con cuidado, gallito —me advirtió el Zamorano grande—. No vaya a ser que una de estas noches te vayas a convertir en mi diosa, chiquillo maricón.

A todo esto se habían reunido casi todos los presos en los talleres, donde trabajábamos en la compostura de calzado.

—No sea abusador, ni envidioso —le dijo Carvajal—. La juventud se respeta, amigazo. Y además, debo decir que me gustó mucho el cuento de este chiquillo y espero que viva mucho tiempo para que nos cuente otro, y de esta manera nos hará más grato este largo invierno.

—De cualquier manera —me dijo más tarde, mirándome fijo, mientras se arreglaba la dentadura postiza que se le había soltado y le enredaba la lengua—, ten cuidado con el negro Zamorano, que ya has visto es traidor y pendenciero.

Y sin que nadie se diera cuenta, me pasó un punzón, que yo guardé rápidamente entre mis ropas. Y para qué negarlo, no dudé un instante en clavárselo en pleno corazón la noche en que sentí en mi boca el fuerte aliento del Zamorano y su pesado cuerpo sobre el mío: «Ahora vas a ser mi diosa», alcanzó a decir el Zamorano grande, antes de partir para la otra vida, con el corazón atravesado por el arma que me había dado el viejo Carvajal.

Fui encerrado en solitario, amarrado de pies y manos a un catre sin somier ni colchoneta y con una gruesa argolla de metal alrededor del cuello, pegado a plomo a la negruzca pared de la cárcel. «Así me gusta, gallito», me gritaban los presos, cuando pasaban frente a mí, camino al patio en las mañanas, o al atardecer, camino a las celdas dormitorios. «Ojalá te suelten luego, para que nos cuentes tus aventuras, que son mejores que las películas que pasan los sábados por la tarde», me mandó decir el viejo Carvajal, con uno de los vigilantes que me llevaba dos veces al día la comida.

—Ésas no son razones para matar un hombre —me sentenció el juez, un cincuentón de barba cana y aire distraído.

—Es que era cuestión de Dios o diosa, usía.

—¿Cómo es eso? —y el usía me miró por primera vez en toda la tarde.

—Si no lo mato me convierto en su diosa, y dejo de ser el hombre que soy —respondí con firmeza—. Porque seré bandolero y salteador de caminos y todo lo que usted disponga, pero nadie va a abusar a la fuerza de la intimidad de mi cuerpo.

—¿O sea? —me preguntó el barbudo.

—Que de ninguna manera maricón, señor juez.

El actuario, un hombre calvo y de cara colorada, dejó de teclear su vieja máquina de escribir, y abriendo sus ojos redondos esperó con los dos dedos en el aire.

—¿Transcribo, usía? —preguntó.

—¡Textual! —le ordenó el usía de barba canosa. El hombre colorado comenzó a teclear de inmediato y al parecer se olvidó de nosotros para siempre.

—Y ahora, cuéntame de nuevo esa historia de la diosa —me ordenó el señor juez. Y echándose para atrás, en su sillón de cuero negro, se dispuso a escuchar la historia por ustedes conocida. Afuera comenzó a llover, y se empañaron los vidrios de los sucios ventanales del juzgado.

Al poco tiempo me regresaron a las celdas comunes y al trabajo de aprendiz de zapatero, y nos pasamos todo ese lluvioso invierno contándonos historias los unos a los otros, para goce y disfrute del viejo y muy querido señor Carvajal, que entre una y otra peripecia reflexionaba y escribía apuntes en unas amarillentas libretas.

—Lástima que a mí me cueste tanto hablar —se quejaba—, pero ustedes, cuenten, cuenten, *bambinos*, que yo escucho y escribo.

Varias veces fui llamado, en ese tiempo, a la presencia del juez, quien me trataba muy bien, y frente al espanto de Marito, el actuario, me ofreció silla y un café, mientras sonriendo me pedía que le contara nuevamente la historia del río, de la medialuna y de la diosa.

—Pocas veces tiene un juez la suerte de encontrar a un delincuente como tú, y que le cuenten una historia como ésa —decía, y reclinándose hacia atrás en su sillón encendía un aromático puro y escuchaba con deleite la historia de Opelio y la diosa que se bañaba desnuda a la luz de la luna.

*En el río Calle Calle
se está bañando la luna
se está bañando desnuda
y está vestida de espuma.*

EL TENIENTE

Y LA SEÑORA EMILIA TOMA LA PALABRA...

Yo escuchaba muy atento, con la avidez de quien cree que puede entender su vida si conoce la del otro, y sobre todo si han estado ligados, como era el caso mío y la de mi lejano antagonista. Intenté interrumpir varias veces con la intención de contar mi versión de la historia, pero la gente que se había reunido alrededor de nuestra mesa me hacía callar en forma perentoria.

—Queremos saber lo que dice del hombrón; usted cállese, que usted no sabe nada.

Yo, mientras tanto, recibía notas y más notas en papeles que me pasaban las personas que conformaban el entorno de la mesa de patas verdes, repleta de comidas y de tragos, que la gente iba consumiendo mientras transcurría el relato.

Allá lejos, en la mesa de mantel blanco y servilletas bordadas, las personas estaban quietas, como si fueran fotografías que adornaran el gran comedor. Entre ellas reconocí las imágenes de jugadores de fútbol, como Jor-

ge Robledo, o cantantes como Gardel o Lucho Gatica, o una galería amarillenta de presidentes de Chile, con el primer Alessandri, el cielito lindo, los corazones, Barros Borgoño, ay sí, y Pedro Aguirre Cerda, y don Juan Antonio Ríos, que se murió antes siquiera de comenzar a gobernar, y de mi general Ibáñez del Campo, carabinero como yo, fundador del cuerpo, que fue dictador, presidente, candidato, presidiario; entró y salió del país varias veces, para molestia de su gran enemigo político que era el primer Alessandri, y hablaba al pueblo con el corazón en la mano... Otro Alessandri más con la cabeza muy alta y muy digna mirando hacia lo lejos, con aire de ausente y de no estar ni ahí. El presidente Frei, y hasta la foto grande y coloreada del obispo cardenal Caro, primer obispo de Chile investido por su santidad el papa.

Era un gusto ver a los mozos, yendo y viniendo con más comida, más botellas de vino, perniles aliñados con picante chileno, perdices escabechadas, rodeadas de ensaladas, porciones de tomate con cebolla picada; daba a entender que lo que ocurría era una fiesta, como si ya todos supieran de la decisión del juez de declarar inocente al malhechor. Falla y falencia de nuestra justicia desde el punto de donde se le mire, porque a todo esto no había sido aún interrogado por el señor magistrado, dije en forma perentoria.

—No grite tanto, señor, que no somos sordos —me espetó el señor profesor Zúñiga.

—Aprenda a respetar y a ser democrático; usted no será sordo —dije con buen tono—, pero sí que es bastante huevón, porque si usted no es sordo, él sí —y mostré con mi dedo fragante de uñas recién cortadas,

como corresponde a un policía retirado, al rucio sordo y tartamudo, y a punto estaba de comenzar una trifulca, cuando Arquímedes Rosales, el antiguo regidor de la comuna, que a pesar de su autoridad tampoco había tocado puesto en la mesa oficial, se sacó él mismo su audífono, y entre varios se lo enchufaron a la oreja del rucio, que confundido suplicaba, en su media lengua, que lo dejaran por favor... tran-tran-tran-quiii-li-lili-looo no-no-no-más...

Les expliqué que estaba obligado a subir la voz porque se había reunido mucha gente.

—Póngase de pie para que escuche mejor —le dijo el profesor, prestamista y usurero—, y apúrese, que estamos quedando atrasados con el cuento.

Entonces la señora Emilia dijo con autoridad:

—Ahora voy a comenzar a contar lo que yo sé, porque ustedes están cambiando el sentido de la historia...

—Y de nada valieron alegatos, porque entre todas las voces que se alzaron en disputa se impuso el tono suave y timbrado de doña Emilia.

(Los sucesos fueron muy distintos a como ella los relata, y para mejor comprensión del lector me remitiré al parte policial que se redactó en ese desdichado momento y lo apoyaré con informaciones de diarios y testimonios de periodistas, que a continuación anexo, para conocimiento y mejor comprensión.)

[Nota del editor: No se adjuntan recortes de diarios de la época, por considerarse innecesario.]

EL TORITO

LOS MOVIMIENTOS DEL CABALLO

—¿Sabes jugar al ajedrez? —me preguntó Carvajal. Yo me alcé de hombros y negué con la cabeza—. Me lo imaginaba —resopló, y extendió sobre la mesa de zapatero remendón un cuadrado de madera que fue llenando con hermosas figuras negras y blancas.

—Éste es un alfil y vive en las diagonales, es elegante y peligroso. Ésta es una torre, horizontal y lateral, defiende y ataca. El caballo, la pieza más misteriosa e impredecible, salta cada dos cuadros, inquieta y seduce; su pérdida siempre te producirá dolor. La reina es el arma secreta del juego; diagonales, laterales, horizontales, verticales, todo movimiento le está permitido. El rey, sólo un destino: la gloria o la muerte. Finalmente el peón, de todas las piezas la más humilde, el que muere primero; sin embargo, nunca olvides que es el único que puede ser coronado. ¿Tú qué eres?

—¿Yo?

¿Y cómo iba a saber? Nací en el campo, viví en los cerros junto a los animales; caballos, vacas, bueyes, cabras y ovejas fueron mis compañeros de infancia. Crecí montado en caballos salvajes, naciendo y muriendo cada día, siendo uno más en medio de ellos. Observando las grandes piedras que nos rodeaban me imaginaba que eran seres vivos encerrados; pájaros petrificados listos para volar apenas uno les abriera la jaula. A veces las nubes bajaban hasta cubrir los pastos, y en el invierno las aguas se convertían en hielos. Muchas veces desperté casi congelado, cubierto por una blanca y suave nieve, que más que nieve y mortaja semejaba la tibia y olorosa lana de las ovejas.

Cada cierto tiempo subía hasta los cerros mi hermana Guillermina, que me llevaba cosas para comer y para vestirme, aunque yo nada de eso necesitaba. Me enseñó a rezar: «Ángel de la guarda, dulce compañía, / no me desampares ni de noche ni de día.» Después de besarme en la frente, bajaba hasta el poblado, y yo me quedaba solo con los animales, las piedras, el agua y la nieve, y el ángel de mi guarda, vestido regiamente de azul y rojo, dispuesto a defenderme con su espada dorada.

—Comprenda, entonces, don Víctor Hugo Carvajal, compadre y amigo, ¿cómo voy a saber quién soy yo?

—Todo hombre tiene un destino y todo destino está poblado de obstáculos. ¿Cuál es el tuyo? —inquirió autoritario don Víctor Hugo Carvajal, que ni se apellidaba Carvajal ni había nacido en Antofagasta, como decían sus papeles, sino en Trieste, Italia, frente a Grecia y Yugoslavia, y que en verdad se apellidaba Avianni.

Yo, igual que ahora, nada contestaba, y sin levantar la vista proseguía mi trabajo de zapatero remendón, el

oficio que mi recordado compadre-padre me enseñara cuando compartimos carreta en la prisión, hacía ya más de veinte años en la ilustre ciudad de Rancagua.

Ahora pienso y recuerdo tantas cosas, mientras veo pasar corriendo a mis dos pequeñas hijas, que llegan de la escuela.

—¿Qué tal, papá?

—Hola, papito.

Las miro y sonrío. En la otra habitación, la Felisa está preparando el almuerzo y los olores de su cocina, como los de su cuerpo, impregnan el aire del mediodía; albahaca e hinojos.

En algún lugar del tiempo y del espacio, mi Carvajal Avianni estira sus manos tatuadas con pájaros y enigmáticas aves, que vuelan más allá de todo espacio conocido y mueven con sabiduría una pieza del antiguo ajedrez, cuyos secretos en vano se empeñó en entregarme.

—Avanza peón blanco y corona...

Por el ventanuco de la celda se coló un vientecillo travieso, que me trajo sin querer el recuerdo de los suaves tobillos de la niña Isabel...

LOS SUAVES TOBILLOS DE LA NIÑA ISABEL

—¿Por qué te hiciste bandido? —me preguntó ella, mientras se ponía los calzones; yo la miré, pidiéndole por abajo su querencia, y después toqué sus firmes senos. La verdad es que pensé en acercármele y tirándola sobre el camastro, hacerla mía de nuevo. Pero me

quedé pensando, ¿por qué fue? Porque sí y porque no... Le acaricié la pierna, le besé la nuca, le di un beso y acaricié entre mis manos sus caderas. Uno está ahí y de repente alguien le dice: ¿por qué no asaltamos el fundo? Y nos robamos los caballos, las monturas y así comimos con los amigos asado de vaca o de ternera, total el patrón tiene tantas y una no es nada.

—¿Por qué quieres saber?

—Pudiste ser hombre de trabajo.

—Pudiste... Y usted cree que ser bandido es fácil —y empujé con todas mis fuerzas haciéndola suspirar de gusto. Ella echó la cabeza hacia atrás y después me miró con sus ojos verdes penetrantes.

—Me gustas mucho, mi hombre.

Y como a mí no me gustan las palabras, ni hablar de las cosas íntimas de uno, seguí callado haciéndole el trabajo que nos dejó contentos a los dos. Luego nos dormimos, y dejándole doscientos pesos sobre el velador donde una vela iluminaba la imagen de la Virgen de Lourdes, salí del campo a la dura madrugada, cabalgando sin detenerme hasta llegar al mar tres días después, siendo ésta la primera vez que mis ojos se llenaron de tanta maravilla. El agua que va y viene gigantesca, la espuma blanca entre el azul-verde del agua y esa inmensidad sin fin ni comprensión humana. Me quedé ahí mirando sin moverme durante horas y horas con la mente vacía, sin recuerdos, llenándola de nuevas visiones que me cuesta mucho explicar, ya que uno tiene pocas palabras y repetirlas es de tonto, tonto, tonto requetetonto y lesó.

Una música que era como un latigazo o un largo manto de seda ligaba una gota a la otra, elevándose con

dulzura y bajando a las profundidades; adivinados rugidos y susurros, vientos enredados en cabelleras de agua y espuma, en transcurrir de arena, como si la tierra se escapara entre mis pies sin comienzo ni fin. Sentí como si me atraparan los días no vividos de la ausencia. Derrotado por los fantasmas de mi olvido, no me di cuenta cuando sentí el primer balazo que me dio en el hombro y me derribó en la arena.

—¿Por qué mataste al Turco?

—No fui yo.

—Y entonces.

—El mismo se disparó.

—¿Tú crees que soy tan tonto? Eso no te lo cree nadie. ¿Y a don Raúl Pérez, quién le abrió el pecho de un cuchillazo?

—No sé.

—Malura de cabeza.

—¿Y al Zorrillo?

—Eso es distinto, fue un duelo frente a frente.

—¿Y al viejo Nazario?

Yo me quedé callado, cerré los ojos para no recordar; entonces sentí el primer golpe sobre mi rostro y luego un fuerte puntapié en los testículos. «Habla rápido, que estoy perdiendo la paciencia», dijo uno de los policías. Recordé la frase que me dijo el día que se rompió la jaula donde me tenía encerrado y me exhibía por los pueblos, diciendo que yo era un salvaje que comía carne humana.

—Fue sin querer que le enterré la estaca de bambú en el corazón; cayó de espaldas sonriendo sobre el camino de piedras y polvo: «Da las gracias —me dijo antes de morir— de haber conocido un hombre libre.»

Y después se me enredó el destino, sin saber cómo se me amalditó la vida y fue camino sin vuelta ni regreso, hasta que caí preso la primera vez por motivo de la muerte del viejo Nazario. Me amarraron de pies y manos, me esposaron con hierros, alambres y acero, me tiraron sobre el duro cemento, lanzándome agua helada en el invierno; agua caliente hirviendo en el verano, me raparon completamente la cabeza, me rompieron un tobillo que aún, hasta hoy, cuando hace frío, me da grandes dolores. Todo eso les dio pena a los más viejos, tanto así que un gendarme —bigote de mosca—, llamado Gervasio J. Pérez, me mandó a trabajar en la cocina principal; comenzando con pelar papas, cientos y cientos de papas, lo que me permitió manejar un cuchillo y hacerlo saber a los más viejones que andaba armado cuando me miraban con caras libidinosas, pero cuando supieron lo de la muerte del viejo y mi habilidad con la cuchilla demostrada en la rapidez y certeza con la que pelaba papas y cebollas, me dejaron tranquilo, y hasta aquí puedo decir con orgullo que por ningún hombre fui tocado.

—Qué gusto que sea así, mi Torito; porque a mí, amorcito, no me gusta acostarme con maruchos, y ya ve, yo he pasado por todas, hasta por manoseo de mujeres, pero eso es distinto, ya que con pensar en otra cosa, una no se da ni cuenta.

—¿Y qué sientes, cuando me sientes?

—Me gusta, pues, mijito, más que nada cuando empuja fuerte y me remece entera, me tira del pelo y me muerde la boca, mi amorcito, pero lo que más me gusta es cuando me besa en los ojos, y me acaricia con ternura, y sobre todo, que me sobe con sus manos grandes los tobillos.

Comenzó a llover, el sonido de la lluvia me trajo el recuerdo de otras aguas...

MARINERO DE AGUA DULCE

—De niño, tuve vida de marinero, corta pero intensa.

—Este gallo es el hombre más mentiroso que he conocido —exclamó el viejo Tano.

—De alguien habré aprendido —le contesté—, porque antes de estar preso con usted yo no mentía.

—Santa Paloma...

—Marinero de agua dulce —se rió un gordo cara de betarraga, condenado y rematado a perpetua por violación y asesinato.

—Es mejor que me escuchen —repliqué. Uno de los hombres, delgado y elegante, a pesar de vestir tiri-llas, atizó el fuego del brasero, sacó del bolsillo de su pantalón un peine de tres dientes e intentó arreglarse las tres mechas en su cabeza reluciente; los demás presos se acomodaron en los oscuros y húmedos rincones y se dispusieron a escuchar.

Era yo un niño de no más de nueve años y me encontraba, por razones de azar, en el sur de Chile, en un pequeño poblado a las orillas del lago Ranco, cuando llegaron al pueblo unos uniformados y un caballero muy serio de bigote oscuro, cabeza bien calzada, sombrero y terno de color negro, zapatos abotinados, y cruzándole el pecho una cadena de plata con reloj de esfera plateada, acompañado de un secretario; porta documentos en mano, chistera y pantalón a rayas.

—Busca quien nos guíe al campamento indio y te pagaremos bien —dijo el señor oscuro—. Por aquí nos han dicho que vive un gringo que es el único que sabe conducir un barco hasta los hielos.

Para mí que se confundieron, pensé, pero como me mostraron billete grande y fajo grueso, lo miré y asentí.

—Eso queda a dos días de navegación y tendrán que arrendarle el buque al gringo Duur —dije.

Apareciendo entre la niebla, un uniformado joven y de aspecto vigoroso, después de saludar a las autoridades, afirmó:

—El alemán es bravo.

—Vaya y haga el trato, oficial —ordenó el caballero—, que el decreto está que arde en el porta documentos...

—En fin, no va a ser fácil... acompáñame, chiquillo, hasta la barraca del alemán.

Cabeza gacha lo seguí corriendo detrás de su caballo... y comenzó la conversa.

—Qué se le ofrece, oficial. —El gringo no miraba, sino que seguía el rumbo del agua, como si hablara solo.

—Queremos que nos arriende el buque, señor Duur...

—¿Y para qué será...?

—Es para uso del Gobierno...

—Eso no es lo que le pregunto...

—Bueno, es que está aquí el señor ministro de Tierras y Colonización y necesitaba hablar con los indios del otro lado del lago...

—Es por el decreto de expulsión, entonces.

—Así parece ser.

—¿Y por qué no habla claro?

—Es todo lo que sé, señor Duur. Yo cumplo órdenes.

—Eso es lo malo.

—Qué cosa.

—Cumplir sin pensar.

—¿Y quién le dijo a usted que yo no pienso?

—Por lo que usted dice y cómo lo dice. —Volvió un instante la mirada hacia nosotros; sin embargo, sólo se fijó en el caballo del teniente. El alazán se movió inquieto.

—¿Ése es el famoso Linder...?

—Así es...

—¿El que dicen que es el mejor caballo de todos estos lugares?

—Eso cuentan. —Ahora era el teniente quien no soltaba palabra de más.

—¿Cuánto vale?

—No está en venta...

El gringo volvió la mirada hacia las aguas.

—Tampoco arriendo el barco.

—¿Ni al ministro?

—Ni siquiera. —Y echó a andar buscando la ribera donde atracaba el buquecito de nombre *Lily*, y que, según yo había escuchado, el señor Duur lo transportó a este sitio arrastrándolo con treinta y seis yuntas de bueyes, sobre seis pares de ruedas de más de un metro de altura y dos de ancho, para que no se atascara en los riachuelos, acequias y pantanos que hubieron de cruzar para traerlos, ya que cuando el alemán llegó hasta Valdivia con el barco, le dijeron que no podía llegar con él hasta el lago Ranco.

—¿Y por qué no? —dijo éste.

—Porque no hay camino ni sendero.

—Si no hay camino ni sendero, lo hacemos —es que dicen que replicó machete en mano—, y el sendero se hace caminando, y si traje desde Alemania al *Lily* es para navegar el lago Ranco, lago de aguas profundas y cristalinas, y llegar hasta los hielos eternos donde habitan mis compadres los indios, y no estoy para perder el tiempo, y como a nadie le he preguntado su opinión, pueden guardárselas, que a mí poco me importa lo que piensen.

Y una mañana fría y lluviosa, como todas las del sur de Chile, inició la travesía que no se detuvo sino hasta llegar, frente a la admiración de todos, a la ribera del lago Ranco, donde fue lanzado a las aguas el *Lily*, que comenzó a navegar en gloria y majestad ante las grandes risotadas del alemán porfiado.

—Si lo que quiere el señor es el caballo, entonces véndaselo o regáleselo, teniente...

—Pero señor ministro...

—En total de los totales, es propiedad del Estado y el Estado en este lugar soy yo... y se lo ordeno. Buenas noches, y espero iniciar el viaje mañana temprano.

Al otro día y al mando del capitán, señor Duur hijo, iniciamos la travesía nueve policías, un guía y un mocito de mandados, que era yo, en busca de la isla de los hielos.

El inmenso lago estaba ese día tan cubierto por la niebla que no permitía ver la otra orilla. El señor ministro se paseaba por la cubierta frente a la mirada adolorida y rencorosa del teniente, que había tenido esa misma noche que entregar por trescientos pesos su caballo; dinero que fue a dar a las arcas sagradas del fisco. El

secretario, tembloroso, se acurrucaba en el camarote, muerto de frío, y pronto comenzó a sufrir los efectos del mareo. El *Lily* subía y bajaba en las encabritadas aguas del famoso lago, que de transparente no tenía nada esa mañana.

—Anote con precisión, señor secretario —ordenó el ministro—, para que se sepa en la capital lo que sufre un servidor público como yo. Y que la vida de un político no es la vida regalada de un príncipe hindú, como proclama la oposición, ávida de poder y de bastardas ambiciones. —Y en el medio del discurso casi se nos va al agua el caballero, tanto así que el gringo Duur le dijo perentorio:

—Cállese y métase en el camarote, que esto recién empieza a moverse.

Rojizo se tornó el horizonte, y la lluvia no se detenía tapando la visión, de tal forma que de pronto nos encontramos navegando a la deriva. Como estatua, el timonel, amarrado al mismo para que no se lo llevara el viento. Vomitando el secretario periodista, sentado en una litera, aferrado a unas cuerdas; con resignación el señor ministro, sujetándose como podían los señores policías, y la tripulación cumpliendo órdenes dadas entre gritos y vientos tempestuosos, mientras sobre la cubierta, sentado en una gran silla como si fuera el señor de las tormentas, el alemán señor Duur cantaba feliz una ópera de Wagner, acompañando a la poderosa voz de un tenor que surgía desde una vitrola amarrada a las patas de la gran silla.

—Me está contando una película que todavía no se ha filmado —rezongó el Carvajal—, pero como de mentiras se trata, siga que lo escucho.

—Qué vienen a hacer aquí —gritó desde la orilla el viejo Lonco, armado hasta los dientes.

—Soy José Pérez Albornoz, ministro de Colonización y Tierras.

El *Lily* cruzaba como un pez entre los grandes bloques de hielo azul.

—Y qué es lo que quieren... los de la colonización... Si vienen por las tierras se van a volver por los hielos.

—El *Lily* viene en paz, gran señor— gritó el alemán...

—Por qué vienen armados, entonces...

—Yo no tengo armas —gritó el del Ministerio.

—Pero los de uniforme sí —replicó el jefe.

Eran figuras de bosques impenetrables recortadas contra la luz, lianas enredaderas, y en medio de los grandes árboles enroscándose como prisioneras de sí mismas, unas fantásticas flores rojas que encendían el follaje como si fueran lenguas de fuego, envueltas por el aire que giraba vertiginoso alrededor de ellas creando áureas de esplendor nunca visto por ojo humano. El viento embistió de costado al *Lily* y éste se hundió como si estuviera herido.

—No se asusten —gritó el capitán—, es maniobra de marino para evitar el bloque de hielo que se nos viene por la derecha.

En efecto, gigantesco, azulado, agresivo como toro de lidia, avanzaba hacia nosotros impulsado por el viento.

—Es el fin —exclamó el secretario.

—Agárrense bien y dejen de hablar huevadas —le replicó uno de los tripulantes. Asombrados, con el nombre de Dios en la boca, lo vimos pasar frente a

nosotros como si fuese una poderosa e imbatible nave de guerra natural... Ay carajo, el timonel no se movió un milímetro. Las piernas abiertas, la mirada fija, las fuertes manos aferradas al timón.

Temblando de terror, paralizados sobre la cubierta, agarrados a los garfios y sogas, aferrándose a todo lo que pudiera de algún modo sostenernos, lo vimos avanzar hacia nosotros.

—Guarda...

—Guarda... guarda.

—Guardaaaaaa... —nos gritó desde la orilla el jefe Lonco.

Giré entonces la cabeza y lo vi. Inmenso, azul, filudo, transparente, negruzco, oculto y visible al mismo tiempo; figuraciones de la rapidez; espanto del movimiento, vorágines del agua cortada por el esplendor gigantesco de la luz; abriendo el agua a ramalazos y extendiendo sus ondas y fuerzas, haciendo confusión; terror de todos los sentidos, orquestada la travesía por un ruido subterráneo de algas, aguas, piedras, peñascos, montículos coronados por la espuma furiosa de una fuerza aún no dominada. El *Lily*, que también se llamaba *Marlen*, soportó tembloroso, inmóvil, en medio de la tempestad que emergía en movimientos que se elevaban como montañas de agua y se abrían a profundidades nunca vistas.

En el centro, el gran bloque escondía formas semejantes a caballos de diez patas, hombres de tres narices, árboles negros, coronados por un glacial espanto que estremecía a hombres, animales, y a todo ser vivo a diez leguas alrededor del lago. Tanto así, que días después nos enteramos que un hombre que pescaba solitario en

su bote sintió de pronto que su embarcación se hundía en las aguas temblorosas, mientras él fue lanzado hacia la orilla por un viento feroz que bajó desde las cordilleras. El naufrago fue encontrado días después, y cuenta la gente que lo único que atinaba a decir mientras los miraba con ojos alucinados, era que había sido tocado por el dedo de Dios y empujado por la mano izquierda del diablo.

—Ya lo decía Pigafetta —interrumpió el viejo Adville.

—Y a qué se dedicaba, ¿era lanza o cogotero?, ¿carterista o asesino?

—No, hombre —replicó el viejo con aire de desdén—. Fue un italiano como yo que recorrió esas aguas y esas tierras de fuego, junto a Hernando de Magallanes, y describió en páginas preciosas las características de la naturaleza y de los hombres que la habitaban.

—¿Sabe lo que no soporto de usted? —escupió el flaco elegante y calvo, vestido de tirillas.

—*Cosa, amico?* —y el viejo enderezó los anteojos sobre la filuda nariz.

—Que cada vez que puede nos tira toda su biblioteca encima, sin respetar que aquí está lleno de analfabetos.

Adville le respondió en latín.

—*Orbis repletum stupidos est...*

—Si usted ha leído tanto, ya ha tenido su gozo; déjenos escuchar a nosotros entonces tranquilitos el cuento del amigo Díaz, Abraham, alias el Torito.

Adville esta vez no dijo nada, me miró dándome su aprobación para continuar el relato. Seguí entonces narrando mis visiones del acorazado de hielo que en ese

momento cruzaba frente a nosotros, llevando dentro de sí una humanidad de relieves feroces; monstruos descomunales que se movían al compás de nuestros propios movimientos.

El corazón de hielo de las grandes islas navegó impasible, rompiendo las aguas limpiamente, y entonces fue cuando descubrí en su centro los ojos enormes de un rostro conocido que cubría su cabeza con un pañuelo blanco; asombrado, me llevé las manos a la cabeza y asimismo lo hizo el rostro de ojos encendidos como brasas. Me tapé los ojos con las manos para no ver esos ojos que me miraban fijos y me seguían hacia donde yo me moviera, y detrás de él vi, en un pasar, fugazmente, la arboladura del *Lily*, que como un buque fantasma se desprendía del corazón de hielo.

Al anochecer, sentados en la ruca, el jefe indio dijo entre dientes:

—Se salvaron por el viento... nada más, fue el viento que curvó desde las cordilleras y los empujó hacia la orilla... deben hacer sahumerio y bailar cuando aparezca la luna. Los salvó el padre viento —y poniéndose de pie salió por un momento a observar la noche y a escuchar el silencio.

LA LUZ DE LOS PITILLOS

A la luz del pitillo los escuché hablar. Yo había salido también a la noche para escuchar el silencio. El silencio está lleno de silencios distintos, espíritus que se mueven entre el follaje; una planta que muere en la leja-

nía, un árbol que se duele; son los días distintos de una estación inexistente. El silencio habla, murmura...

—Así que viniste a quitarnos las tierras...

—Usted sabe que yo...

—Nunca pensé verte de uniforme y acompañar a quienes pretenden nada más despojarnos...

—No, si no... —El teniente se ponía de pie e intentaba explicar sus razones.

—Desde que eras guaina te enseñé a respetar los derechos de nuestra gente, ¿quiénes nos quedan? Los cementerios que serán arrasados por el agua del tranque que van a construir. ¿Qué va a ser de los árboles centenarios?, ¿qué de la tierra poquita que nos queda para sembrar y alimentar al pueblo indígena...?

El jefe indio fumaba inmóvil; detrás de él se percibía un gran bulto negro tapado por la manta...

—Ya lo decidimos, nada tendremos que perder, porque ya lo perdimos casi todo...

—Pero este caballero parece distinto, él está bien impresionado por lo ordenado que viven, por el trato que ustedes le dieron, por la comida y el recibimiento. Hace un rato que me preguntó: «¿Y cómo no me había contado, teniente, lo civilizada que era esta gente?» Y yo le respondí: «Si usted no me lo ha preguntado, señor ministro... pero ya ve, aquí lo traje.» Porque debo decirle, gran jefe y padrino, que quería dar las órdenes desde el pueblo y sin venir hasta la isla de los hielos, y ya ve...

—La tierra es madre para nosotros...

—Yo lo sé...

—Entonces súmate a nosotros, porque esta noche desenterraremos el hacha de la guerra...

—Yo pienso, gran jefe y querido padrino, que conversando se podría solucionar la cosa...

—¿En qué lengua?... ¿En la pehuenche, en la de quepuca-ranco, en la peven... en la de pucalum, en la buta irelbum, en la de pitril, en la de calla, la de malla malla...?

—En español, que es la única que entiende el señor ministro.

—Para que nos tropecemos, hablemos mal, y no podamos expresar sentimientos ni tampoco ideas... Indio tonto, indio salvaje, indio habla mal sin derecho a cementerio donde está padre, madre, abuelos, bisabuelos, todos, todos enterrados bajo los grandes pinos, acunados en la dulce tierra y acariciados por las hojas, sostenidos por los vientos que se enredan en los árboles de las araucarias... Cada vez que indio hace la paz pierde la guerra... yo espero que tú y el señor de la chistera se vayan mañana temprano, porque nación india está en guerra y espera a los soldados para luchar o morir... Ésa es decisión...

—Pero, padre y amigo, vine con diecinueve hombres armados...

—A esta hora ellos están durmiendo, sin armas, y con manos y pies amarrados.

—¿Entonces?

—Sí, mientras tú y yo hablamos, mi gente ha tomado todas las pistolas y los máuser...

—Y él...

—A él no lo hemos tocado porque no porta armas... él porta papeles... y los papeles están ahora calentando su propio sueño...

—Y el maletín...

—El maletín está vacío y sin documentos, nada vale...

El teniente se llevó la mano a la cartuchera.

—Está vacía, hijo, no busques más...

—Pero nosotros no podemos volver así; nos quitarán el uniforme, nos expulsarán del cuerpo de carabineros...

—Es mejor así... Dedícate como te enseñé a los asuntos de la paz o súmate a nosotros en esta justa guerra...

—Pero vendrán más soldados.

—Con tus diecinueve máuser los contendremos, y cuando se acaben la balas les responderemos con flechas, palos y piedras, que aquí cerca del río sobran, para que tú veas...

—Usted sabe que yo lo quiero como a un padre.

—Respétame entonces como un hijo... Si tengo que luchar contigo sería un gran dolor para nosotros, pero ya todos los caciques tomaron acuerdo y ahora mismo, si miras bien, están rodeándonos. Coman Antlín, Atilo Perira, Huenupi, Pultro, el Lonco Salasa... Cuando salí y encendí pitillo, la nación india se puso en pie de guerra...

El teniente Ramírez miró en la oscuridad. Sombras de las sombras, semeando árboles o pájaros, los jefes indios rodeaban a los dos hombres y se confundían con la noche.

—¿Cómo se llama el hombre que viene al frente de las tropas?

—Sanhueza, y es comandante.

—¿El chacal del Bío Bío?

—El mismo...

—¿El que asesinó y mató a miles en Lonquimay?

—El mismo...

—Tendrá entonces una bala esperándolo.

Un zorro corrió entre los matorrales, las oscuras estatuas se movieron inquietas... El jefe se puso de pie y los increpó...

—No moverse, no asustarse; zorro no es signo de mal en este siglo. Muerte mañana, todos juntos enfrentaremos la batalla.

El teniente se acercó al jefe indio.

—¿Puedo retirarme, gran jefe y padre, a dormir y meditar?

—Puedes...

—Gracias, padre...

Y se encaminó hasta la ruca donde dormiría esa noche junto al ministro de Colonización y Tierras, que roncaba profundo, apretando con sus pequeñas y regordetas manos el portadocumentos que en su interior, él suponía, se encontraba la orden de expropiación. Sonrió el teniente y se tiró al lado, tapándose con una manta. En otras rucas dormían atados de pies y de manos los desarmados policías, quienes después de haber sido recibidos con fiesta, asados de cordero y chicha de manzanas, habían perdido el juicio y también las carabinas. El momento en el que el jefe se puso de pie y salió hacia la noche había sido el santo y seña para que desaparecieran los fusiles y se maniatara a los policías, quienes rendidos por el cansancio, por el tremendo pavor del bloque de hielo que casi hunde el *Lily*, por el sabor de la carne, el baile de la Machi y el poder de la chicha, se habían quedado dormidos. Otros estiraron las manos, dejándose maniar para no enfrentar amigos al día siguiente.

En la mañana la policía se despertó sobresaltada.

—A mí y al otro carguero nos dejaron liberados: ustedes son pobres diablos; ustedes no hacen daño, dijeron.

El ministro, sin embargo, después de saludar, dijo lo siguiente:

—Ustedes son gentes buenas, yo no haré efectivo este decreto.

Y grande fue su sorpresa cuando abrió el maletín y lo encontró vacío...

—Usted es un desastre, amigo Fernández.

—Sí, señor... —asintió el secretario.

—Usted no sirve para nada, Fernández Fuenzalida. Fernández Fuenzalida hizo una mueca.

—En fin, gran jefe, le juro solemnemente en nombre del Gobierno y del Estado chileno, que a usted nadie le quitará sus tierras mientras yo viva...

Se estrecharon las manos y después nos encaminamos hasta el *Lily*. Más que pena, risa daban los policías desarmados. Desde todos los rincones y parajes aparecían hombres y mujeres armados de palos, arcos y flechas, hondas y piedras, y en lo alto de los árboles los veinte tiradores. Lejos del campamento los vimos cubrirse por la niebla.

El ministro cumplió con su palabra. Mientras estuvo vivo, nadie expulsó a los indígenas de sus tierras; murió de un infarto tres días después de entrevistarse con Sanhueza; éste avanzó por los pasos de cordillera y hasta ahora no se sabe cuántos hombres y mujeres murieron bajo el peso de los mil hombres que comandaba, que nos incendiaron las rucas, castraron a los jóvenes, en fin, cometieron las atrocidades más espanto-

sas. Las tierras se cubrieron de agua, se construyó en los dominios del gran jefe una represa que administra las aguas, inundando los antiguos cementerios y el cementerio nuevo. A veces, entre el follaje se escucha el rumor de las palabras y la presencia de tanta alma ausente.

—La tierra es madre para nosotros... la tierra es madre...

—Caballo negro amenaza torre blanca.

—Jaque a la reina...

—Estás aprendiendo a jugar, Torito —me dijo Carvajal; sonreí modesto—. Y no es sólo a jugar, *ragazzo*...

Recordé el rostro de pómulos salientes, la tez cobriza, los ojos oscuros, las manos con gestos de grandeza del gran jefe indio, y aunque nunca me pasan estas cosas, sentí el fuego corriendo por mis mejillas.

—La tierra es madre, el dolor grande...

—Reina come caballo. Alfil amenaza reina... ¿y qué fue del *Lily*?

—Se hundió una tarde de ventolera y quedaron sus restos enredados entre los grandes árboles, encumbra- dos por el viento de la cordillera, que los elevó hasta la punta final del mundo.

Encendí un pitillo e intenté dormir, mientras afue- ra, con una furia inmensa, comenzó a llover, y un fuerte temblor de tierra remeció la cárcel desde sus mismos cimientos.

EL TENIENTE

ACLARACIÓN DEL TENIENTE

(—Antes de proseguir con la narración de los hechos quiero dejar en claro que yo, el teniente Ramírez, intenté en vano protestar, y ya que esta historia fue vivida por mí, cuando recién ascendido a teniente acompañé como escolta y guardián al señor ministro de Colonización y Tierras. Pero es inútil, nadie me deja hablar y sólo puedo concluir, con amargura, que al perdedor se le suele arrebatar hasta su propia historia.)

ELLA...

Luego de la insensata balacera, en que fue herido uno de mis hombres, cabalgamos tres días y sus noches sin descanso, hasta detenernos a la entrada de una pequeña casa que se alzaba sobre un montículo de tierra seca; mandé desmontar a los hombres que me acompañaban y casi derribando el portón que daba al minúscu-

lo patio, entramos carabina en ristre dispuestos a todo. Por una vecina del lugar, Amelia López Aguilar, me había enterado que el Torito estaba alojado en esa humilde casa desde hacía varios días. Mi primera visión fue la de un patio vacío y semi abandonado, unas gallinas corrieron frente a nosotros y volaron las plumas de un palomo. Con el estruendo comenzaron a graznar los gansos y apareció en la puerta una vieja que se asustó al vernos; sin embargo, apretándose a la pared tomó la tranca e intentó atravesarla frente a la puerta, esfuerzo inútil, ya que entonces di la orden de derribar la pequeña puerta. Adentro, sentado frente a un brasero, la mirada perdida en el piso, estrujándose las manos en el sucio pantalón en una esquina oscura y húmeda, un hombre viejo miraba hacia el techo con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está el Torito?

Nadie dijo nada.

—Contesten, viejos de mierda. —La mujer lloró y el viejo siguió mirando el techo.

—¿Qué busca, mi sargento? ¿Qué hacemos, mi sargento?

—Teniente, huevón.

—Perdón, mi teniente. ¿Qué hacemos?

—Registren todo —repliqué—, y actúen de acuerdo al reglamento.

Eran sólo dos piezas y un galpón, de modo que la inspección fue muy rápida, no había ni un solo rastro de hombre en esa casa («Retirada, cabo»). Entonces, cuando salíamos al camino, apareció ella presurosa y agitada; no tenía más de dieciséis años y era una de las mujeres más hermosas que yo había visto por esos lugares.

—¿Pero por qué hacen esto? —preguntó angustiada.

—En todo caso —le repliqué solícito—, no es con usted, señorita. ¿Abraham Díaz es su hermano?

—No, señor teniente, somos siete en esta casa y yo soy la menor.

—¿Cuál es su gracia?

—Antonia Díaz, señor, y estos viejecitos son mis padres.

—Disculpe usted, pero cumplimos órdenes de buscar al bandido... y como su apellido es Díaz...

—En esta aldea todos nos llamamos Díaz. Éstas no son maneras, asaltar la casa, destrozar todo lo que encuentran. Miren cómo dejaron la casa, todo roto, los platos, los muebles, el espejo, es que ustedes no tienen piedad, acaso no saben que un espejo roto son siete años de mala suerte.

Y en cuanto más se enfurecía, más linda me parecía; ordené a los carabineros que me esperaran afuera y le solicité conversación. Me miró desconfiada.

—¿De qué vamos a hablar usted y yo?

—Teniente Ramírez, para servirle —y la miré de arriba abajo, a través de su larga y generosa túnica se advertía su cuerpo sinuoso, sus pequeños senos, sus caderas hermosas, los ojos verdes casi transparentes; era imposible no advertir la ternura de sus muslos, los tobillos finos, y sobre todo sus pies descalzos. Algo inquietante y familiar emanaba de su rotunda figura coronada por un largo cabello reluciente. Me encaminé al interior de la casa, y sacando mi estilográfica negra, regalo de mi madre, me disponía a redactar el respectivo parte policial, cuando sentí el tremendo barullo que

venía desde afuera, mezclado con gritos de dolor y relincho de caballos. Desenfundé mi arma de reglamento y salí hacia la calle, intentando ver en medio del espeso polvo que se levanta al final del verano por esos parajes de Alcones. Los encontré tendidos en el polvo; uno con el vientre abierto por una cuchillada y el otro con un balazo en el pecho y al tercero sollozando en un rincón.

—Estábamos esperándolo, teniente, cuando llegó disparando y tirando tajos con un gran cuchillo, vestido de negro con un pañuelo rojo que se abría y se extendía en el viento.

La tarde estaba calurosa e inmóvil.

—Era el diablo, mi sargento.

—Teniente, hombre.

—Era el mismo diablo —sollozó el carabinero.

Me acerqué a él y lo consolé:

—No llores, hombre, tranquilo, al fin de cuentas tú estás vivo; en cambio, tus compañeros, míralos. Te voy a dejar aquí en la casa, mientras pido refuerzos.

—¿Y si vuelve a aparecer, mi sargento?

Miré desolado a mi alrededor, ni un alma se divisaba, sólo estaba ella junto a la puerta que habíamos derribado.

—¡Virgen Santa! —exclamó, y se llevó una de sus manos a los ojos.

—Cuídeme al carabinero —le supliqué—, mientras voy en busca de ayuda para levantar los muertos.

—Espero que vuelva en paz —me replicó ella, mirándome sin rencor; tan fuerte e intensa era su mirada y tanta era mi soledad y desconcierto, que la sentí adentro, muy adentro de mí.

Regresé en paz como me lo había pedido, y en sencilla ceremonia, con la presencia del señor alcalde y otras autoridades vecinales, dimos sepultura a los cuerpos de los uniformados, «muertos en el servicio a la patria», como lo dijera en mi alocución en el cementerio, después del responso del cura, que encomendó el alma de mis subalternos al cuidado de Dios y su corte celestial. La banda municipal tocó los compases del himno del adiós. Me puse firme, mano en la visera, los fusiles dispararon al aire las salvas de reglamento y una lágrima dura como piedra surcó mis mejillas. Entonces fue cuando lo vi arriba de los ciruelos que poblaban el cementerio; las dos piernas abiertas y las manos en la cintura, dientes blancos, bigote negro y recortado, el sombrero negro y el pañuelo rojo como si fuera una capa extendida al viento. Rápido llevé la mano a la cartuchera desenfundando el colt de reglamento. Disparé tres tiros antes que se desvaneciera en el aire y apareciera frente a mí recostado sobre una tumba, y luego de pie sobre unas cruces, adornándose el cuello con coronas de flores de papeles desteñidos y ajadas por el tiempo.

—Belcebú, Belcebú —musité.

—El malulo, el diablo —gritó el grupo de gente que despedía los restos de los policías mártires.

—El Torito —susurró un hombre feo y tuerto, miembro del Club de Bomberos, que con toda sus condecoraciones se había hecho presente en tan magna ceremonia.

El caballo negro en el cual ahora montaba el malhechor levantó sus patas delanteras, y dando un gran salto por encima de nuestras cabezas se perdió en lontananza.

za. Yo agoté la carga entera de proyectiles de mi revólver, pero ni hablar, usted sabe, eran balas de plomo, cruzaron su cuerpo sin dejar huellas ni heridas, porque para matar al diablo, ya se sabe, es necesario dispararle las balas de plata de buena ley.

Cuando desperté estaba en sus brazos y me hablaba con dulzura, dándome el calor de su cuerpo. Era la madrugada de un día de agosto de un año bisiesto perdido en mi memoria. Tiré una moneda al aire:

—Cara o cruz —pregunté.

—Las dos juntas —me respondió ella.

EL DIABLO Y LA VIRGEN EN LOS CAMINOS DE LA CALERA

Habían pasado varios días cuando me lo encontré hincado, rezándole a la Virgen del Carmen; vestía manta de castilla negra, botas de montar repujadas en cuero y amarradas con fuertes correones. Sombrero en mano, una rodilla en tierra, con voz tronante declamaba:

—Permiso pido a mi pecho y a mi Virgen soberana para contar mis historias por mares, tierras y playas.

Sobre una pequeña mesa adornada de flores, con un mantel blanco bordado a mano, la imagen de Nuestra Señora rodeada del sagrado pabellón patrio, se hincaban a sus pies los padres de la patria. Al entrar a la habitación le grité: «¡Ríndete, ríndete, Belcebú!» La gente, en su mayoría mujeres y hombres viejos, se apretujaron contra la pared, produciéndose tal desorden y confusión que el sujeto se me perdió de vista. «¡Allanen el lugar! —ordené—. Registren todo e incauten todo lo visible y,

por el momento y hasta nueva orden, quedan todos detenidos por encubrir al malhechor.»

—¿Y con la Virgen y los padres de la patria qué hacemos? —me preguntó tímido un carabinero.

—Lo sagrado no se toca, no sea huevón, carabinero.

—Como usted mande, mi sargento.

—¡Teniente, hombre!

Una mujer me estiró tímida un vaso de aguardiente:

—Nada de mal le va hacer para el frío y para el mal humor, mi teniente.

Me senté en silla de mimbre y comencé, como era de reglamento, a redactar el parte policial. Siendo la una veinte de la madrugada del día dieciséis de junio, etc., etc., fue de esa manera como una vez más se me escabulló el bandolero; me confundía, se me extraviaba, sin yo quererlo me conducía inexorablemente a la desgracia.

EL TORITO Y LA VIRGEN DEL CARMEN

El dieciséis de julio, día de nuestra patrona, estuvimos a punto de caer en manos del teniente Ramírez. Esa noche entramos a la cantina de la Pecho e palo, no nos fijamos mayormente en la clientela, nos fuimos derecho al bar y Zamorano pidió una botella de pisco y un salmón de tarro con cebolla picada, pan amasado y aceitunas; en la casa del lado estaban celebrando las fiestas de la reina y patrona de Chile. Había canturreo, canto a lo humano y a lo divino que a mí tanto me gustaba, y entre medio de la gente mayor, unas chiquillas jóvenes y buenas mozas, sobre todo una llamada Rosa Cecilia, delgadita de cuerpo, labios rosados y carita extendida de

terciopelo; ojillos traviesos que me miraron desde que me vio entrar a la pequeña habitación, donde se celebraba la fiesta de la Virgen Reina y de la dueña de casa, que se llamaba Ana González de las Cármenes Moya.

—Pase a sentarse, joven —me dijo la dueña de casa, una señora muy compuesta.

Yo me saqué el sombrero de fieltro negro, y dándole las gracias me fui arrimando como el que no quiere la cosa donde la Rosa Cecilia; olía a flores húmedas, más bien a flor de naranjos. A mi querida Virgen cantaba mientras tanto uno de los poetas, alto y delgado. «Cogollito de laurel, yo le pido que esta noche la luna se deje ver.»

Eran más de las ocho de la noche, y rodeando la estampa de la Virgen, que estaba cubierta de flores, se encendían unas velas sobre un arrimo de madera. Mientras cantaba el hombre alto cogote de gallo y cara de pavo, entró un caballero vestido de negro, hincó su rodilla en tierra, y bajando la cabeza rindió honores a nuestra Virgen Santa Patrona y Reina. «Protégeme en las noches y en los futuros días —recitaba el caballero—, patrona dulce, Señora mía.» Y en eso como una verdadera trompa, entraron los carabineros gritando: «Ríndete, Belcebú.» Rompiendo puertas, abatiendo ventanas, derribando todo lo que encontraban a su paso. En la gran confusión, la Cecilia me tomó de la mano, y cerrando la puerta me encaminó por un pasillo; salimos de la balacera rápidamente, después de pasar por un estrecho comedor cruzamos casi a gatas bajo un pequeño parrón cargado de uvas negras con el cuerpo pegado a la tierra, y luego entramos a unas bodegas donde se guardaban grandes fudres y tinajas de

vino y chicha. Ella cerró la puerta, todo en la estancia olía a uva y el color del orujo en la tierra producía eferescencias rojas en toda la extensión de las bodegas.

—Aquí no nos va a encontrar naiden —me susurró alegre y pícara la Cecilia.

—¿Por qué habrían de buscarme a mí? —le pregunté. Ella me sonrió, mostrándome su linda dentadura, y echando su cabellera hacia atrás me ofreció un trago de chicha.

—Lo vi desde que entró —dijo—, ojeé su montura hecha con cueros que también sirven de cama, el rifle atravesado a la montura, la manta larga, el caballo sin herraduras, y como no es de aquí y no tiene manos de trabajador, es futre o es ladrón, me dije. De todas maneras, aquí estamos mucho mejor, ¿no le parece?

Respiré pausado, me tomé un trago de chicha fuerte, me acerqué a ella dándome valor y nos tumbamos sobre el orujo rojo, más bien fue ella la que me tumbó a mí. La besé despacito, como si comiera uva rosada, y nos fuimos desnudando el uno al otro sin apresurarnos, sin preocuparnos del revuelo y de los tiros que se escuchaban a lo lejos. Le abrí el vestido, botón a botón, le besé sus tetitas redonditas de ternera, le bajé los calzones. «No se apure», me decía ella, y trataba de quitarse los zapatos. «No, no se los saque, quédese así no más, mi reina», le dije yo, y besándola bajé hasta su sexo, que se perdía en la profundidad de su carne suave y aterciopelada, agria y dulce como la chicha con la que nos bañamos copiosamente el cuerpo para bebernos el uno al otro y emborracharnos como Dios y la Virgen manda en el día de su santo.

EL TENIENTE

Me alejé de prisa, derrotado, avergonzado, cargando con la humillación y el odio de la gente que no me perdonó jamás el haber estropeado la fiesta de la Virgen del Carmen. Juré una y otra vez aquella amarga noche que no descansaría en vida hasta que no atrapara al odiado malhechor y le diera muerte.

EL TORITO

Salí al atardecer del otro día, a paso lento en regio caballo mulato que me regaló la Rosa Cecilia; nunca más la volví a ver, pero cada vez que bebo chicha de uva siento que se me eriza la piel, se me calienta la sangre y me crece hasta dolerme el cuerpo.

LOS TANQUES DE ABRIL

En tiempos de Dicta-blanda, el viejo Carvajal había perdido los dientes producto de una pateadura que le propinaron soldados y policías, porque él, que era muy hombre, se negó a confesar el lugar donde había escondido el mimeógrafo en el cual imprimía *El Insurgente*, periódico anarquista que predicaba la revolución total. Años después, cuando terminó la persecución política, Carvajal Advani tuvo la mala o buena idea de imprimir billetes en su imprenta, con suerte tan adversa que fue sorprendido a los pocos meses después de haber gastado una buena fortuna en una casa de remolienda en el pueblo de San Carlos.

—Putas traicioneras —reclamaba el viejo—, me denunciaron ellas mismas porque les pareció extraño el color de los billetes, cuando en realidad me quedaban hartos más bonitos y elegantes que los modelos legítimos, impresos en la Casa de la Moneda de la mismísima nación. Pero tú no te preocupes, muchacho —me dijo una tarde de ese interminable invierno—, mira que te tengo algo para cuando cumplas la condena y salgas de esta maldita cárcel.

Debajo de su cama sacó una caja de cartón amarrada con cintas tricolores; abriéndola me mostró cientos de billetes nuevecitos, de colores y cifras diferentes.

—El secreto está en gastarlos rápido y en ciudades diferentes, y por el mismo motivo nada de mujeres de mala vida, ya que mira lo que me fue a ocurrir a mí, que caí en desgracia por culpa del amor y la pasión.

Y me contó entonces su romance con la María Juliana Ortiz, que fuera una de las putas más famosas de estas tierras. Pero antes, permítame referirle parte de la historia vivida por don Víctor Hugo Carvajal.

A principio de siglo don Vitorio se había embarcado rumbo a América, con la consigna de sumarse a la ola de agitación social que conmovía al continente. Fue así como luego de un tormentoso viaje desembarcó en el puerto de Veracruz, México. Encantado desde su mismísima llegada con la música y los colores de ese puerto bullicioso y mágico, lleno de campanas, se alojó en el Hotel de los Portales, atraído por sus columnas y ventanales. Después de varios días emprendió viaje navegando hacia el sureste por el río Papaloapan, río de mariposas; llegó hasta la ciudad de Tlacotalpan, aldea mágica suspendida en el aire y detenida en el tiempo. En sus casas abandonadas encontró los retratos de señoras y señores colgando de roídas paredes, antiguos relojes detenidos en el tiempo en una misma hora, y en sus patios llenos de flores, navegando solitarios los grandes pianos de cola, testigos de otros tiempos de esplendor. Sus cocinas adornadas con azulejos llamados marsellesas, ya que provenían de ese puerto francés. Todo el pueblo estaba en orden, cada mansión alhajada: la mesa

puesta, la cocina encendida, las camas abiertas esperando a que regresaran sus dueños, quienes sin explicación abandonaron el lugar dejando en funciones; sin embargo, lo que a mi compadre le pareció una señal manifiesta del inicio del siglo fue una espléndida fábrica de helados de sabores exquisitos, entre los que se destacaban las nieves de mango y de guayaba.

Después de abandonar ese pueblo fantasma pintado de colores, entre los que se mezclaba el verde, el fucsia, el rojo, el blanco, aldea de grandes palmeras e inmensas catedrales, se dirigió hacia México, ciudad capital donde le correspondió, según él, ser testigo presencial de la entrada de los ejércitos de Emiliano Zapata y del mismísimo, escúcheme bien, amigo, Pancho Villa, quienes después de invadir la ciudad se fueron a desayunar a los restaurantes Sambor, luego visitaron el Palacio Nacional, y ya dueños del poder invadieron el gran Salón Presidencial, y frente a su sorpresa encontraron vacía la gran silla, signo del poder de los presidentes de México.

—Se acercaron cautelosos —decía Carvajal—; ninguno de los dos quería sentarse en ella.

—Asiento, mi general.

—De ninguna manera; usted primero, mi general Villa.

—A mí me da lo mismo quien se siente primero —reclamaba el fotógrafo, que, claro, era Carvajal.

—Siéntese, por favor, de una vez.

—*Signore*, por favor, uno primero; *dopo*, el otro.

Y así fue Villa quien se sentó, mirando sonriente al fotógrafo, mientras Emiliano, serio detrás de su negro bigote, iluminó la fotografía con su inmenso par de ojos negros, no igualado hasta ahora en documento público

o fotografía alguna. Después de las fotografías abandonaron el Palacio, dejando la ciudad alborotada de rumores. Uno se retiró hacia el estado Morelos y el otro hacia el norte, en el estado de Chihuahua.

—¡Se dan cuenta, amigos, tener todo el poder y abandonarlo! —exclamaba don Víctor Hugo.

Eso me recordó a mí otra historia. Estando yo en Santiago en viaje a Valparaíso, donde me había mandado la Guillermina, encontré una gran ciudad vacía que de pronto se llenó de una multitud de gente joven. Algunos destruían los semáforos, los postes de la luz; otros arrancaban de cuajo las protecciones metálicas de la Alameda, abrían las tiendas y de allí sacaban las piezas de género enteritas, enarbolándolas como largas banderas, y corrían Alameda abajo en dirección a la Estación Central, mientras que otras personas marchaban cantando y coreando: «¡A la Moneda, a la Moneda, obreros y estudiantes al poder!» La Alameda ardía en gran hoguera que se extendía desde el cerro Santa Lucía hasta perderse en la lejanía. Cuando entramos en la Moneda, el palacio presidencial estaba vacío, y como nadie se esperaba encontrarse con esa situación, nos fuimos de puerta en puerta pasando por los pasillos, perdidos y sin saber qué hacer. Eso pasó la noche del dos de abril de mil novecientos cincuenta y seis. Al otro día estábamos en un grupo en la calle San Diego, cuando comenzó a retumbar la tierra y a vibrar los adoquines, y desde la Alameda aparecieron los tanques apuntando con sus largos cañones, mientras todos corríamos perseguidos por la manada de búfalos trepidantes.

—Entre aquí, joven —me gritó, y me tomó del hombro una señora en el momento en que un tanque

estaba a punto de atropellarme. Entré rápidamente a su casa, que resultó ser un hotel de parejas, donde la buena señora me dejó dormir en una pequeña pieza debajo de una escalera que conducía al segundo piso. «Éste es un hotel decente», replicaba cada mañana cuando me despertaba y miraba por las ventanas el panorama desierto de una ciudad destruida y custodiada por cientos de carabineros y militares. La señora era delgada, más bien flaca, de ojos hundidos y boca torcida. Cada mañana abría las ventanas y regaba las hortensias, que a pesar de sus cuidados se marchitaban, enterradas en tarros azules.

—Me dio mucha pena.

Cuando me despedí de ella, pasados los disturbios creados por la «Línea Recta», movimiento militar que, según se dijo, tenía como objeto derrocar el gobierno del general Ibáñez, tomé un tren y partí a Valparaíso, dejándole a la buena señora un grueso fajo de billetes, de los que me había entregado cuando salí de la cárcel mi querido viejo Víctor Hugo Carvajal.

Alegre era mi viejo querido, sobre todo cuando gracias a los buenos servicios de los guardias nos pasaban una botellitas de aguardiente, que nos ayudaba a mejor pasar la vida en esas tristes circunstancias de prisiones y cárceles públicas.

—Y ¿qué fue de la María Juliana Ortiz?

—Espérese un poquito, que para allá vamos, compadre.

Como ya he dicho, ése no era su verdadero nombre y no había nacido en Antofagasta, sino en las islas de Cerdeña, Italia. En cuanto a su dentadura postiza, no tenía más importancia que la había adquirido por unas pepas de oro, al famoso dentista de Sepúlveda en la costa ecuatoriana, cuando, escapando del pelotón de fusilamiento en México, atravesó la selva de Guatemala hasta llegar al Amazonas, donde encontró al ya afamado sacamuelas y su no menos conocida consulta, de allí que su dentadura era algo más que un artículo de primera necesidad; era en realidad su amuleto.

Cómo pudo escapar, cargando el pesado trípode y enorme cajón de la máquina fotográfica, con la que fue atrapando gente, paisajes y animales, era cosa de misterio. Tal vez porque su instrumento se le pegara al cuerpo como si fuera su continuación natural, Víctor Hugo caminaba curvado por el tiempo, pero más por la costumbre que por la necesidad. Prendidas en las paredes de su taller y alrededor de su camastro, las paredes mostraban magníficas fotografías de animales y hombres, producto de sus aventuras por las selvas amazónicas; hombres desnudos sonrientes, mujeres mostrándole a la cámara los frutos de la tierra, tigres agazapados listos para saltar sobre su eventual presa, serpientes y papagayos. Tarzán, el hombre mono, le decían con ánimo de burla cariñosa los demás prisioneros. Pero a él poco le importaba, a veces hablaba solo, tomaba notas en unos cuadernillos de papel de arroz, y lo más del tiempo se dedicaba a jugar al ajedrez, o intentaba enseñarme los secretos de tan complicado juego.

—Tú eres mi única esperanza —decía—, porque a ninguno de estos asesinos analfabetos les interesa la ficción de la vida. Como peón y amenaza alfil.

—Yo, con tal que no me toque el caballo, cómase lo que usted quiera, don —le replicaba.

—Vas a terminar aprendiendo —decía mirándome con profunda dulzura a los ojos—. La esperanza nunca se pierde, *ragazzo*.

En la noche de año nuevo de 1950, en medio de una pequeña fiesta que habíamos armado en el dormitorio de la cárcel, después de haber bebido en demasía «pájaro verde», mezcla con diluyente de pintura y barniz de muebles, tuvo uno de sus tristes fines mi amigo Carvajal, de quien seguiré contando su historia, porque, como ya dije antes, no era ni Carvajal, ni Advani, ni Víctor Hugo, era mi padre, mi compadre. Un hombre.

TRES POR UNO

Para el invierno volví a prisión, un poco por descuido, un poco pensando que era mejor pasar el frío a buen resguardo, y también porque extrañaba mucho a Carvajal, de manera que en cuanto nos vimos pusimos al día rápidamente nuestra amistad, pasando revista a todo lo vivido.

—Que yo le cuento esto, que usted me cuenta esto otro, cuestiones sin importancia que sin embargo lo hacen reírse a uno y poner contenta el alma y más que nada no sentirse tan requetecontra solo.

—Usted me hace bien porque se ríe con ganas —le dije; él abrió divertidos sus ojos, ya sombríos y sin brillo.

—Mira —me dijo—, ésta es mi famosa sonrisa —y sacándose la dentadura postiza la dejó sobre el camastro, con las fauces abiertas y desnudas, sonriendo impudicamente.

—Putas que la caga —le dije yo—, que parece ahora chupado, viejo y cadavérico.

—¿A quién me encuentras parecido?

—A usted mismo; eso sí, más feo y viejo.

Se puso de pie y comenzó a dar unos pasos de baile.

—¿Zapateo americano?

—¿Qué le parece, paisano? —y comenzó a acariciarse su calva ahora reluciente. Yo, la verdad, que estiré la boca y me encogí de hombros—. Espera un momento.

Y tomando la navaja, sin dejar de silbar, la afiló sobándola contra una correa de cuero. Después se puso espuma de jabón gringo en la cara, y luego de recortarse un poco con una tijera los mostachos, magníficos de porte y color amarillento, comenzó, frente a mi espanto, a rasurarse una parte del bigote. «No es posible», exclamé; en verdad se veía hartó raro con un solo pedazo de bigote. Sin embargo, comenzaba a recordarme a alguien; dio otro paso sobre el agrietado pavimento de la cárcel, tomó nuevamente la navaja y se afeitó la otra parte del bigote, giró en sí mismo y zapateó con intensidad.

—Los marcianos llegaron ya / y llegaron bailando cha-cha-cha...

—¡Don Mustafá! —grité descontrolado.

—Y él...

—Y llegaron bailando cha-cha-cha... / cha-cha-cha, qué rico el cha-cha-cha...

Carvajal, Advani, don Mustafá, el mismo..., todos absolutamente todos, uno solo e indivisible. Como el Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo diablo no más.

—Pero si yo mismo lo enterré, don Musta, y le recé sus avemarías y sus padrenuestros y nos comimos tres cazuelas de gallinas en su honor, y hubiera visto cómo lloraban las veteranas amigas tuyas, las gordas de las telas floreadas, de los tocuyos y las de los calzones rosados.

—Yo mismo te ayudé pala en mano a hacer el hoyo y a meter en la tierra un ataúd lleno de piedras.

—Con razón pesaba tanto.

—Y era de nogal y era de nogal el santo —cantaba riéndose a carcajadas el endemoniado viejo.

—Hijo de un cabrón. Hijo de un cabrón, por eso pesaba tantoo...

—Estuve siempre a tu lado, paisano, *ragazzo*, tontino, pero como estabas tan triste, no te diste cuenta. Después de asistir a mi propio velorio, que fue de gran fiesta y jolgorio, lo que me llenó en verdad de felicidad, llegué a la conclusión de que el ejercicio de morir y celebrar uno mismo su propia muerte es placer de escogidos y almas juguetonas. Por otra parte, eran tantas las deudas que tenía con medio mundo, policías y bandidos, dueñas de casas y abogados, jueces letrados y actuarios que me buscaban haciéndome la vida casi imposible: que papeles e impuesto, que permiso y multas. Tanta mierda junta me cansó, que decidí morirme,

y, como bien se dice, pasar a otra vida, por lo que me fui a vivir con la Adelina, haciéndole empeño cada noche, pero como la mujer engordó tanto, se me complicó la cosa, ya que si me montaba en ella la sofocaba y por otra parte la gordura no me permitía llegar hasta sus hendiduras, teniendo que ponerle una almohada en el culo con el fin de subirle su preciosa parte. Y como eso también fallaba, le dio a ella con montarse encima mío, con la consecuencia que quedé con la columna vertebral lesionada, ya que no es posible para ser humano alguno recibir tanto peso tantas veces seguidas. Tienes que tomar en cuenta que llegó a pesar 125 kilos y más. Una mañana amanecí tieso, sin poder moverme; me trajeron un componedor de huesos que me dio fuertes masajes con pez castilla que olía a demonio. Un día me agarró de los hombros, me levantó como si fuera un pelele, me dio tres o cuatro remezones con tanta fuerza que pensé que me quebraba; sin embargo, me ordenó ponerme nuevamente de pie y caminar como antes. «Ahora váyase de aquí», me recomendó el hombre olor a pez castilla, «que si lo agarra de nuevo la gorda lo va a dejar inválido para siempre. Usted no es el primero, y me temo, amigo, que tampoco será el último, así es que aproveche el impulso».

Y así no más en pijama... usted sabe que yo no puedo dormir sin pijama, me fui corriendo por los caminos en busca de una mujer más flaca con quien satisfacer mis sanos instintos. Me enredé con una puta en el pueblo de Nancagua, y porque sí y porque no terminé dándole unos tajos a un tonto leso, que se creía el dueño del lugar y que para más remate era candidato a diputado de la República. Y como a pesar de todos los pronósti-

cos salió elegido, lo primero que el badulaque hizo fue mandarme a guardar a este bello sitio agradable y sobrio que usted llama cárcel.

—Me como el alfil, y de paso también el caballo del diputado...

Carvajal, Mustafá, Advani, lo abracé lleno de felicidad, contento de encontrar nuevamente en uno solo a mis tres y únicos amigos.

«Se abrió entonces un ojo desmesurado torrente y el espanto derribó con su aliento las honras, las puertas, las ventanas, dejando el vacío como único testigo en el centro de los lejanos acantilados y los tristes muros de barro, destilando la sangre de los muertos.»

Lo conocí por el tiempo de mi tercera prisión, encadenado de pies y manos, esperando la muerte con la tranquilidad de quien de tanto verla cerca, no la teme, ya por conocida y esperada, más aún si ésta conlleva el fin de una vida llena de tormentos, sin compasión ni reposo.

EL ALMA NEGRA

De esbelta figura, vestía de negro, de su rostro angulado destacaba la nariz aguileña y los ojos negros de andaluz —según Carvajal, que era quien sabía de estas cosas—; la frente muy amplia, cabello brillante y renegrido con el aire de un árabe de desierto y ventarrón de arena. Más de una vez lo vi solitario sentado en la piedra común del inmenso patio de la cárcel.

«Agua en el agua, navego solitario por parajes en los que nunca estuve. / Los pájaros de la mañana cruzaron mis sueños, despedazándose el uno al otro, hasta no ser sino despojos de sí mismo. / La vida transcurre en días sin fin, horas sin sentido, pero en alguna parte en intensa madrugada, / llena de luces me esperas desnuda, con la puerta abierta, / reflejando tu cuerpo en relucientes espejos.»

Respetado por gendarmes y prisioneros, nadie se le acercaba a interrumpir sus silencios, menos aún cuando escribía sus pensamientos en los muros de la cárcel.

Un día domingo del mes de mayo de 1956 se acercó a mí. Temblé de emoción al verlo tan cerca y advertir en él a un hombre con aire de niño destetado. Me extendió un par de hermosos botines burdeos, abotonados hasta arriba, graciosos y pequeños, tanto que cabían en una sola de sus delgadas manos.

—Déjemelos como nuevos —me susurró.

Yo lo miré fijamente.

—Usted es el mejor —siguió hablándome de usted y no de tú como lo hacían los demás—. Usted es el maestro.

A mí me emocionaron sus palabras, era la primera vez que alguien me llamaba de esa manera.

—Maestro.

Me esmeré en el trabajo, fui fino y prolijo, y a los tres días relucían como nuevos sobre la mesa de compostura, destacándose entre todos los demás zapatos y zapatones que se alineaban sobre la mesa de madera, rasguñada por el uso de tanto hombre que antes que yo había ocupado ese espacio del rincón izquierdo del patio número nueve. Él los miró satisfecho, sonrió y se

sentó en el banquillo, y descalzándose los que llevaba puestos, botas negras y gruesas, se los puso delicadamente, comprobando la eficiencia de mi trabajo. Quiso darme dinero. Yo no acepté.

—Ha sido un gusto —le dije.

—Los necesito para ocasión muy especial y en pago a lo que hizo por ellos y porque los quiero tanto, y tomando en cuenta que he escuchado de su fama de bandido generoso, respetado y querido por la gente, le voy a contar un secreto que no debe repetir a nadie y que le va a permitir escapar de este feo lugar, para que vuelva a la libertad del campo a hacer el bien por los caminos de estas tierras benditas de San Vicente de Tagua Tagua.

—Tenga cuidado —me advirtió Carvajal—, que ése es hombre diferente. Usted es bandido de circunstancia, él es hombre de vocación; a usted lo hicieron, él se hizo a su propia medida.

—Y usted.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Haga cuenta que estoy jubilado o pensionado y que este lugar es para mí como un hospicio, donde pueden descansar mis trajinados huesos y el alma adolorida.

—Para mí, en cambio, es como marcar el paso en el mismo lugar y no avanzar hacia ninguna parte.

—Veo que ha estado hablando mucho con él —dijo un tanto envidioso.

—No tanto....

—Si hasta está hablando como él escribe. Lo he visto tratando de leer en las paredes; el otro día estaba deletreando la gran piedra.

—Si usted sabe que apenas sé leer y lo que sé me lo ha enseñado usted mismo —dije un poco molesto, y dejé de trabajar en unos grandes zapatos del 45, agrietados en los juanetes y con el aspecto de haber recorrido innumerables ciudades de cemento por la singular forma de gastarse los costados de las suelas.

—El otro día le pasó unos escritos; préstemelos para leerlos.

—De eso ni hablar, compadre, le di mi palabra de honor y voy a cumplirla.

—Usted cree que nadie sabe que está preparando una fuga. Las paredes de esta cárcel son como la carpa de un circo pobre, llena de agujeros, desde donde se escurren hasta los suspiros. Decía Descartes, filósofo francés, que la hiedra no puede ir más allá que la pared que la sostiene.

Bajé la cabeza humillado y con rabia comencé a martillar sin piedad los zapatones del 45.

—No todos somos iguales.

—Eso es verdad, hay algunos más tontos...

—En cuanto pueda —dije rebanando con fuerzas un trozo de suela gruesa— me escapo para la Argentina, por pasos cordilleranos que no conoce ni el mismo diablo y que me enseñó cuando niño un viejo baquiano, el mejor de todos, don Pío sin apellidos.

—No se amurre amigo... ni lo nombre al caballero, porque usted al Malo no lo conoce... Peón avanza y come al paso —repitió de memoria Carvajal jugando, como era su costumbre, en un tablero imaginario.

Cruzado de nubes oscuras amaneció el día. «Por la noche —había sido advertido por el poeta— esté atento, habrá gran balacera y si es hábil y no tiene miedo, podrá escapar por el costado izquierdo a la hora en que entran las visitas; tomando por el pasillo, pase por el dormitorio del jefe, que duerme con los ojos semi abiertos, pero no se despierta ni con un terremoto. Salga tranquilo a la calle, no corra. Pase lo que pase, no vuelva la cabeza atrás.» Y como si fuera un gato desapareció en las sombras del dormitorio, preñado de sueños, pesadillas de hombres adormilados en perpetua vigilia.

—Aquí lo espero de nuevo —susurró desde arriba de su litera Carvajal, quien, por supuesto, había escuchado la conversación.

—Putas que es copuchento usted, compadre...

Y en la mañana se armó la balacera. Salieron juntos en triángulo con el Alma Negra al centro, disparando a derecha e izquierda, toreando a la muerte, vestido enteramente de negro, exceptuando los botines burdeos que se entremezclaron con su sangre y que yo había compuesto con tanto cuidado y esmero. A un costado un pañuelo de seda y el sombrero agujereado de fieltro negro. Yo escapé como me lo había indicado, tomé con tranquilidad por el costado, crucé el pasillo, entré en el dormitorio, y a pesar de los ojos semi abiertos del alcaide que roncaba profundo ignorando el barullo, abrí la puerta y salí a la calle, confundíendome con los escasos transeúntes que pasaban a esa hora en dirección a la iglesia de enfrente. Era hora de misa y me crucé con un

par de veteranas, que al escuchar los disparos se persiguieron inmutables.

—Es el comienzo del acabo de mundo —dijo una de ellas con el cabello blanco y gesto agrio.

—Te lo dije, arrepíentete antes de que sea tarde.

Me dirigí al mercado, donde tenía algunos conocidos; parientes de presos propietarios de puestos de verduras. Una mujer de nombre Blanca me escondió en su casa por unos días; a cambio de su hospitalidad y de que me regaló la ropa de su finado marido, le arreglé como pude, tomando en cuenta la falta de herramientas, los zapatos que estaban en mal estado. Bien vestido y bien comido, salí a la calle buscando el rumbo de mis cerros, pensando más que nada en encontrarme con mi añorado caballo Paso Doble, que se había quedado pastando cuando yo ingresé en la cárcel por tercera vez. Al cruzar una esquina, esquivando carretones y unos cuantos automóviles que ya empezaban a circular por la ciudad, vi su rostro impreso en los diarios que se exhibían en un quiosco de revistas. Sonreía tendido en medio del pasillo central, a un paso de la puerta de salida, detrás de su cuerpo acribillado se proyectaban las sombras de la reja de la maldita cárcel.

—Un minuto de libertad es más valioso que una vida entera de prisión y encierro —leyó a mi lado un viejo de bastón y sombrero, bien afeitado y compuesto, olor a agua colonia inglesa y rosadito de cara—. Eso dice el diario —me explicó sin que yo le preguntara—. Eso dice, que dijo, antes de morir. Mató tres gendarmes antes que se lo echaran —me siguió explicando sin que yo dijera nada y comenzara a odiarlo por su olor a colonia inglesa y por el color de su cara—. Guapo el roto

—y mirándome con desprecio se dio media vuelta y se fue cojeando por el pavimento de la vereda.

—Si le sube cinco centímetros al taco izquierdo va a dejar de cojear —le dije.

—Y a ti qué te importa, conchas de tu madre —me gritó sin volver la cabeza—; si soy cojo es cuestión mía. ¡Roto desgraciado!

Roto, somos rotos, nacimos rotos, rotos del cuerpo, con el alma rota, rotos los cabellos, los dientes rotos, rotas las chaquetas y camisas, rotas las frentes, rotos los nacimientos y las muertes, rotos despedazados, rotos los sentimientos, rotos los costados del cuerpo, rotas las rodillas, rotos los sueños... rotos, rotos, rotos de mierda, rotos para siempre, rotos desde siempre, rotos de mal olvido, rotos de mala suerte, rotos de mala vida, de mala muerte, en total de los totales, de meses, días, años rotos de comienzo a fin para siempre...

Su cuerpo estaba despedazado; sin embargo, no tenía ni un solo rasguño en su rostro de árabe andaluz, donde sus ojos brillaban como carbones, persiguiendo jardines y desiertos.

MUERTOS SÍ, PERO JAMÁS RENDIDOS

Poco tiempo después nos reunimos de nuevo con mi banda; luego de cometer varios asaltos, fuimos sorprendidos y perseguidos en una cacería sin tregua. A medio camino abandonamos los caballos. Les sacamos la montura y los lanzamos a potrero con la esperanza que se salvaran los pobres brutos. Pensábamos así despistar a los carabineros que, al mando del

teniente Ramírez, no nos daban tregua desde hacía más de un mes.

—Donde lo vea, lo mato —amenazó feroz el bandido más grande.

—Dicen que no le entran balas —dije.

—¿Y a vos, quién te manda a opinar, chiquillo de mierda?

—Chiquillo seré, pero no mierda, oiga.

—Déjense de huevadas —dijo el zancudo agrio— y apúrense a desensillar y salgamos rápido a la carretera y ahí tratemos de arrancar pa'l pueblo grande, y allí nos perdemos en los callejones, nos metemos en las casas de putas, y como tenemos buen dinero, ellas nos escondrán, por lo menos mientras nos dure la plata.

La noche estaba quieta, el silencio era inmenso, los árboles parecían sombras gigantes con mantos negros, los espinos brillaban como agujas de plata en los árboles sombríos; soltamos los caballos en dirección contraria con la idea de despistar a la patrulla que se nos acercaba a galope tendido. Cruzamos por encima de los cercos de zarzamora, me enredé en los alambres de púas que cercaban el potrero, se me abrió el pantalón y del gran rasguño comenzó a fluir la sangre.

—No te demores, chiquillo de mierda.

Yo lo miré y no contesté nada, me amarré la pierna con un pañuelo rojo y comencé a correr en dirección a la carretera que se anunciaba por las luces, que de norte a sur y de sur a norte pasaban a lo lejos.

—No nos separemos —dijo acezando el Zancudo—; si nos separamos nos agarrarán uno a uno.

Entonces detuve la marcha y esperé que llegara hasta mi lado el Ratón Pérez.

—¿Te sigo pareciendo chiquillo de mierda, negro cabrón?

Antes que me diera respuesta, el Ratón Pérez me tiró un gualetazo que me dio en pleno rostro, me tambaleé y caí hacia atrás. Desde el suelo saqué el revólver y antes que se levantara le apunté derecho a la frente y disparé.

—Ahora sí que nos jodimos —masculló el Zancudo—; con el ruido de la bala se van a orientar los pacos. En todo caso sigan arrancando y dejen a ese huevón que se muera en su ley.

Tres horas después llegamos a la carretera donde sólo encontramos al Tiuque, el Zancudo agrio y yo.

—¿Por dónde queda el norte? —preguntó el Tiuque—. Es que de noche no se ve la cordillera, es imposible ubicarse; tiremos entonces a la suerte, en la curva donde disminuyen la velocidad los vehículos hay que agarrarse a los camiones, ojalá nos lleven a Santiago. En la cuesta de Angostura se estrechan los caminos, las curvas se hacen más pronunciadas y los vehículos disminuyen la velocidad. Intentemos subirnos todos al mismo camión, yo cuento hasta tres y saltamos —instruyó el Tiuque.

¿Cómo lo logramos? No podría hacerle el cuento, oiga. El hecho es que al rato nos encontramos a bordo de un camión que transportaba verduras y frutas. Para qué le cuento el banquete que nos dimos comiendo uvas y manzanas, lechugas y tomates. Por suerte el camión era pequeño y eso nos ayudó a saltar sobre él, al oír el grito de ¡uno, dos, tres! que nos lanzó el Tiuque tuerto. Al llegar la madrugada divisamos el inicio de una ciudad gris y fea, de casuchas tapadas con plásticos,

de gentes oscuras tiritando de frío, paradas cada cierto trecho al lado de la carretera como si esperaran a alguien que nunca llegaría. Después de atravesar grandes calles y arterias con faroles de colores entramos a una plazoleta donde se exhibían frutas y verduras, carnes y pescados. A un costado corría un río negruzco.

—Santiago —dijo el Zancudo—. Ése es el río Mapocho; también podríamos escondernos debajo de los puentes y entre la Vega Central, aprovechemos la oscuridad que queda y nos perdemos por la callejuela mayor.

Pero no fue así. Bajándonos del camioncito recibimos una descarga de balazos que parecían caer desde el mismísimo cielo. Para qué decirle cómo corrimos a escabullirnos entre los puestos de frutas, de canastos; entre las sandías, los melones, que saltaban aportillados por los tiros del teniente Ramírez y su tropa que nos había estado siguiendo desde que encontró tirado al Ratón Pérez y éste le contó con todo detalle el rumbo que habíamos tomado y los planes que teníamos de escondernos en Santiago. El caso es que logramos subir por unas azoteas y escabullirnos por los tejados de cinc; nos quedamos un rato quietos, apretujados uno al otro, sin respirar, transmitiéndonos un poco de la vida que cada uno de nosotros sentía como prestada. Abajo, la calle estaba iluminada por tres o cuatro ampolletas. De pronto sentimos que se rompían una a una, tiro a tiro.

—Buena puntería el hombre —dijo el Zancudo. Y en eso se nos viene la amanecida de un día nublado como día de ayuno. El Tiuque se puso de pie y disparó hacia la calle —¡corran, corran, métanse en las casas!— y siguió disparando de pie como le gustaba a él, como

yo lo había visto tantas veces, como si el hombre fuera persona de película. Antes de entrar por un tragaluz a una pequeña habitación mugrienta y de paredes agrietadas lo vimos caer como un hombre, mientras gritaba: «¡Ahí te voy, teniente; muerto, pero jamás rendido!»

¿UN TECITO, JOVEN?

Al caer dentro de la negra habitación vimos una viejecita aterrada, sentada en una silla de paja; sostenía entre sus temblorosas manos una oscura tetera. A su lado un brasero medio apagado cubierto de cenizas, y entre ellas destacaba como un diamante un trozo de carbón. Al fondo de la pieza de paredes llovidas como meadas por el tiempo y el abandono, un camastro sucio y dentro de él un anciano quieto, demacrado, de pómulos salientes, boca chupada, cadavérico y gris mirando el techo donde se disputaban palomas y gatos pardos de gigantesco tamaño. La verdad es que me dieron pena los abuelos, tan frágiles, tan temblorosos mirándonos con miedo. Pensaba en eso cuando veo al Zancudo agrio meterse en la cama, junto al viejo, sin que éste se moviera, mesmamente como si fuera viejo de cera. Yo no supe qué hacer en ese momento. Desde fuera se escuchaba a los policías que gateaban por los tejados; corrí entonces a la cama y sin dudar me metí dentro de ella, dejando al medio al viejito, quieto, sin mover ni un músculo ni dar señales de vida. Antes de taparme con la manta negra alcancé a ver cómo la señora ponía al fuego la tetera y se quedó sentada mirando las cenizas como si no ocurriera nada. Dentro de la cama olía a orines antiguos y

sudores fuertes, olores agrios, olor a peuco negro, olor a carroña, revoloteando en la basura.

—Es el olor a la muerte, hijo —me interrumpió mi compadre Carvajal.

Sentí los ruidos de los hombres que llegaban desde los tejados y llenaban la habitación con su presencia de pólvora, fuego y muerte. Órdenes de mando, carreras confusas, respiraciones alteradas y de pronto, inesperada y feroz, una explosión que remeció toda la estancia. La cama saltó como impelida por huracán o fuerzas de otro mundo. Era la explosión de un cuerpo dentro de la misma cama; como si la muerte hubiera puesto un muro entre el viejo y yo, vi cómo saltaban hacia el techo parte de las entrañas del Zancudo (a quien no puedo llamar de otra manera porque ése era el único nombre que yo le conociera). Parte de su cuerpo saltó hacia el entretecho, a las palomas y las fauces hambrientas y voraces de los gigantescos gatos de Angora, por los que no me pregunten, porque nunca sabré la razón de que por qué habitan en las vigas de esa casa colgada al entretecho de la sucia y negruzca población del Santiago popular y desconocido.

—¿Éste también está muerto? —preguntó el teniente Ramírez—. Tápenlo con nilón —agregó con voz gruesa y lengua traposa.

Yo abrí los ojos y lo miré por primera vez en mi vida. Algo en él, en sus desdibujados rasgos, me resultó conocido. El pelo tieso, los ojos redondos y asombrados, el bigote de mosca, el mentón duro inexpresivo y, sin embargo, familiar. No era tiempo para pensar en esas cosas. Me miré a mí mismo y estaba cubierto de sangre, me palpé tembloroso, y dije con todas las

fuerzas que las circunstancias descritas me lo permitían:

—Yo creo que sí, teniente Ramírez. Yo creo que estoy muerto.

Se escuchó la fría voz del experto.

—El individuo de la izquierda se disparó un tiro en la cintura, donde además de cartuchos de tiros guardaba, sujeta al cinturón, una carga de dinamita, explotando con el consiguiente resultado que tenemos a la vista; vísceras esparcidas, sangre en las paredes.

—Está bien —dijo el teniente—, no entre en detalles, que todos estamos viendo lo mismo.

—En todo caso —agregó el hombre—, el viejo está vivo y el chiquillo también.

—Levántate —me ordenaron. Salí de la cama como pude y lo primero en que me fijé fue en la viejecita que seguía sentada, rodeada de uniformados y perros amaestrados. Policías de civil y carabineros que, entre órdenes confusas y voces de bronce, se disputaban a los bandidos muertos y a los bandidos vivos.

—Qué va a ser bandido este pendejo, si no tiene ni quince años.

—No se equivoque, mayor, que suelen ser los más peligrosos.

—Métale un tiro aquí, ahora mismo, y nos ahorramos el problema de traslado y de las explicaciones.

—Eso no es lo que dice la ley...

—Yo lo digo porque es mejor no dejar testigos, ya ve que después vienen abogados, tribunales y testigos. Y cómo explicamos la explosión y la desaparición de parte del cuerpo. Miren al techo —y señaló hacia arriba, donde la lucha era entre los gatos y las palomas.

—Usted se olvida, comisario, que los viejos siguen vivos —le replicó el teniente—, y mientras ellos permanezcan en ese estado, son testigos potenciales.

La viejecita ausente sonrió de pronto al advertir que a pesar de la falta de fuego había hervido por fin la tetera negra, elevando un vapor grisáceo alrededor de su pequeña figura inmutable y encorvada.

—¿Quiere un tecito, joven? —me preguntó con voz apenas audible, suave y dulce...

Por el tragaluz entró repentina la luz de la mañana y todos nos quedamos un instante quietos, casi sin respirar; fue como si por ese agujero, salpicado por la sangre de mi compañero muerto, nos mirara el mismo Dios.

LA FUGA

Estaba yo trabajando en cesterías cuando llegó la orden de que me trasladaran a celda solitaria. Durante un tiempo sin fin pasé en la oscuridad total. Enredado en mis sombras, me dio por recordar a mis muertos y sentí muchas veces las voces llorosas de mis deudos.

—Me mataste porque sí, porque tenías ganas de mostrarte más hombre.

—Me mataste de rabia, sin razón.

—Eres un hombre malo, Torito, soberbio y malo y algún día Dios te tendrá que castigar.

—El banquillo ya está listo y siete fusiles te esperan para darte muerte, antes que pase el tren de la madrugada.

Las voces venían en oleadas, golpeándome la mente. Llevado por la desesperación comencé a manotear en el

aire, con tal fuerza que sin querer encontré la tierra, y comencé primero a golpear contra ella, y luego a hundir los dedos cavando febrilmente. Empujando con todo el cuerpo como si fuera un topo. Utilicé los pies, en fin todo mi cuerpo. Sentí apreturas en el cuello, ya que estaba encadenado a una fuerte argolla prendida al muro de la celda. Seguí hundiéndome en la tierra; a veces pensaba ¿no estaré abriendo mi propia tumba? De pronto quedé colgado, sujeto solamente a la fuerte argolla de metal, hice un esfuerzo gigantesco y bajé la cabeza, estirando el cuello una y otra vez con la esperanza de romper la cadena o de derribar la muralla. Sentí la dureza del hierro, y dando un alarido gutural reuní todas mis fuerzas y logré liberarme de la cadena que me ceñía el cuello. Me hundi en la profundidad de la tierra hasta que sin saber cómo me sorprendió una fuerte claridad. Me di cuenta que estaba dentro de una habitación, más precisamente debajo de una cama que se movía como si de pronto fuéramos remecidos por un gran temblor de tierras.

Abrí los ojos; por encima de mi cabeza logré descifrar los intrincados tejidos de alambre de un somier. Seguramente el túnel dio debajo de la habitación del alcaide. Pensé y recordé la fuga anterior, durante el enfrentamiento del Alma Negra. La cama ahora estaba ocupada, al parecer, por una pareja.

—Despacito, mi amor, que es la primera vez.

—Cómo va a ser la primera vez —y reconocí la voz del alcaide—. Si me aseguraron que usted tenía experiencia.

—Abro las piernas con tal que usted me deje pasar un ratito con mi hombre —susurró la mujer—; no ve

que el pobre está condenado a perpetua y ya le han salido callos en las manos...

—Ábralas no más, mijita, que a mí también me duelen —le suplicó el señor alcaide.

—Si quiere me doy vuelta —propuso ella.

—No, si a mí me gusta cara a cara. Ábrase un poquito más, que yo le aseguro una tarde con su gallo...

—Tóqueme, entonces, que no ve que estoy seca, mi señor alcaide.

Lo demás ya puede imaginárselo usted, porque a continuación se vino un tremendo remezón.

«Terremoto», pensé yo.

Y aprovechando la oscuridad de la pieza y la ocupación de los otros, salí gateando de debajo de la cama, buscando la puerta que me llevaría a la calle, al campo y la libertad tan ansiada. Antes de salir no pude contenerme y le eché una ojeada a la hembra: morena, piernas abiertas, gruesecitas, ojos grandes y boca redonda de frambuesa; me miró aterrorizada. Yo le hice un solo gesto para que no hablara.

—Mamacita —gritó espantada—; los fantasmas, papacito.

—Así es como me gusta mi gordita —exclamó pleno de entusiasmo el señor alcaide—; ahora sí que nos vamos galopeando, mi negrita.

Salí contento a la calle, miré hacia las montañas descubiertas de Doñihue, y avizoré las fronteras libres de los ríos.

—Una vez más lo salvó el amor —reflexionaría tiempo después, cuando, por una amistad común, se enteró del suceso don Mustafá, Carvajal Advani.

En casa de un herrador de caballos me liberé de los grilletes de los pies, los que apenas me permitían caminar, y de las esposas que sujetaban mis manos. Él me prestó una jaca y partí en busca de mi querido amigo Paso Doble, que de seguro me estaba esperando a la orilla del Tinguiririca por las Vegas de La Calera. Una vez que lo encuentre, me dije, parto para la Argentina, pero antes pasaré a ver a don Pío para que me recuerde el camino, y no vaya esta vez a errar el rumbo y extraviarme en los pasos de la cordillera.

—Caballo negro avanza y derriba torre blanca.

—Qué bueno que vino, Torito. El Pío lo está esperando —me dijo la Rosa y, tomándome de la mano, me condujo hasta él.

EL VIEJO QUE SOÑABA CON LA MUERTE

El viejo balbuceante la miraba pidiéndole un poco de compasión, mientras ella le daba vueltas al cocimiento de porotos rancios, papas y un hueso escuálido y sin carne que giraban oscuros dentro de la olla hirviendo, en la habitación llena de humo y de vapores. Yo en un rincón trataba de dormir, como visita que era, a lo menos por esa noche.

—Ya va a estar lista la comida, mi hijo —me explicaba la Rosa—; no le haga caso a esta mierda y espérese, que le voy a dar un caldito que le va a quitar el frío y a reponer las fuerzas para que siga arrancando, porque si los pacos llegan a cazarlo no van a dejar ni huella de su persona. Corte para el lado de los cerros, váyase para la

cordillera y cruce por el Paso de las Lágrimas, hasta que llegue a tierras cuyanas y así salve el pellejo, y no le pase como a este pobre desgraciado que está tendido ahí, muerto de miedo, ya que si escogió ser bandido, debería ahora tener la vergüenza de aguantarse.

Maldije entre dientes una y otra vez la ocurrencia que había tenido durante la tarde, de pasar por San Fernando y allegarme hasta el callejón de Los Palacios para ver a la Rosa y a don Pío, que desde un tiempo atrás se habían afincado de mayordomos en la chacra San Vicente. Pensé que hablando con el viejo podía darme algún consejo, y si no, por lo menos darme albergue por esa noche para que descansara mi caballo y seguir con nuevos bríos a la mañana siguiente buscando el rumbo que, al otro lado de la cordillera, me permitiera escapar del teniente Ramírez y de su tropa, que jurada me tenían la vida, sobre todo después que yo había matado al cabo González, que había dado muerte a mi hermano Pedro, según me habían contado gentes que encontré por los caminos.

—Su hermano estaba tomando unos tragos en el bar de doña Tita, cuando apareció la patrulla y al punto de conocerlo se le fueron encima a golpes y a preguntar sobre su paradero...

—Habla luego, huevón... ¿Dónde está el famoso Torito?

—Y yo cómo voy a saber, si hace meses que no lo veo.

—No mientas, carajo, que todos ustedes son de la misma ralea.

Y vamos dándole huasca, mierda, como si fuera un animal; hasta que el Pedro, hermano mayor de padre, le

respondió como hombre y chileno que era, y dándole un golpe a Ramírez trató de escaparse por el parronal del fondo, el de la uva rosada, y ahí fue donde el cabo le pegó por la espalda el balazo que le dejó tendido sin vida y sin sepultura. Lo dejaron morir mientras tomaban de la misma chicha baya, que de la uva del parrón se había exprimido en tiempo de vendimia. En cuanto me llegó el cuento, le dije a mis compañeros: «Tengo que dejarlos, niños, porque me espera una venganza.» Y los otros: «No seas tonto, que lo único que tienes que hacer es arrancar junto con nosotros, que para eso tenemos buen billete, y si nos vamos para el norte, capaz que lleguemos a ser algún día caballeros, jugadores de naipes, comerciantes de vega, puesteros y hasta vendedores de diarios, comerciantes, en fin.» «Pero yo si no tomo la venganza nadie me va a respetar en este mundo, no, ni siquiera ustedes mismos.» «En eso tenís razón, cabrito —me dijo el Aleluya—, que aunque te conozco poco, me he dado cuenta que valís oro como salteador y cuatrero.»

Sin más palabras que decir tomé de nuevo el rumbo para San Vicente, y por conocidos me enteré de un lugar donde tenía por costumbre ir a tomarse unos tragos el cabo este que les dijera antes, ya que ahí él tenía una chey güena pa'l hueveo, mujer conocida por los hombres del camino. Llegué por la noche a la cantina, y haciéndome el que no conocía a nadie, esperé con una botella en la mesa, tomándomela de a poquito, sin dejar de invitar a todos los presentes con varias rondas para que me tomaran confianza y la dueña me tratara como cliente conocido. Repartí billetes por todos lados. Fue tanto el alboroto que se armó que llegaron unas señoras

a pedirme para sus hijos y para su comida y mantención. A todos yo les di, pidiendo eso sí que me pagaran una manda que tenía yo en deuda con la Virgen del Carmen. Fue una señora gordita, peinada de moño y de semblante alegre, la que me prometió hacerlo sin falta esa misma semana.

—¿No será usted el Torito? —me preguntó la dama dueña del boliche.

—De dónde se le ocurre —le respondí—, si yo no soy nadie.

—Lo digo por eso de repartir la plata, ya que él es famoso por lo desprendido y porque la gente dice que nunca abandona a un pobre ni olvida un menesteroso.

—Lo de la plata a mí nunca me ha importado; es más, como que me está molestando —le respondí con humildad; ella no más se rió y me cerró un ojo.

—Entonces pásame algo a mí también, pues, caballero.

—Encantado —le dije yo, y sacando un fajo de cincuenta se lo entregué en su propia mano. Ella miró los billetes como si fueran la fotografía del ser más querido, apretó las manos y se los metió entremedio del refajo, mostrando de paso una pierna gruescita. En eso entró el cabo González; venía silbando el hombre, era gordo y de cara colorada, ni mucho más que decir, porque de lo demás era hartó corriente.

—¿Están de fiesta? —preguntó en voz alta.

Nadie se atrevió a contestar.

—¿Y qué es lo que se celebra?

—Estoy brindando por la memoria de Pedro Díaz —contesté, y levanté la copa y sin dejar de mirarlo bebí

lentamente el grueso vino tinto como si fuera la sangre de un toro. Él fue rápido, fugaz, la mano a la cartuchera, sacó el revólver, alcanzó a apuntarme. Pero ya estaba muerto, porque yo, mientras que con una mano levantaba la copa de cristal verde, con la otra empuñaba la carabina recortada que escondía bajo la manta y, sin dudar ni un instante, apreté el gatillo, dándole un balazo en el pecho que lo lanzó contra el mostrador, botando los jarros llenos de vino blanco y tinto, y cayó más atrás aún, cuando le disparé por segunda vez, estrellándose contra los estantes, rompiendo todas las botellas de licor que relucían en ellos.

—¿Cuánto le debo? —le pregunté a la mujer, que estaba muda y congelada en un rincón—. Bueno, ahí le dejo otro montoncito de billetes, tanto que le gustan —le dije, y metiéndole las manos por entremedio del refajo deposité una cantidad que me pareció más que suficiente para reparar el daño, ya que al fin de cuentas ella nada tenía que ver con ese pleito que sólo era mío y de mi hermano Pedro, que en paz descanse—. También dejo plata para que le compren un ataúd, para que vean que uno no es como un policía que mata sin razón y no entierra a los muertos, y si alguien se apiada mándele a hacer unas misas, que aparte de la muerte de mi hermano, nada tengo yo contra el finado.

Y diciendo esto me retiré del boliche; montando en mi fiel caballo salí al galope tendido hasta perderme en lo más oscuro de la noche. A la madrugada, siguiendo la huella del río Tinguiririca, llegué hasta las bodegas del fundo que cuidaba don Pío, a quien yo había conocido años atrás cuando empleado por don Fernando de la Merced, contrabandeábamos ganado entre la Argen-

tina y Chile. Como yo era casi un niño en esa época, fue el viejo quien me enseñó a ensillar un caballo como corresponde, a tusarle el pelo, a ponerle herraduras, a hablarles con cariño y a entender que el caballo es uno mismo, o sea parte de su persona y como tal hay que tratarlo. Pero no fue sólo eso lo que aprendí del hombre de espalda curvada y ojos lagrimosos... Me enseñó el secreto de las hierbas, las que sanan el cuerpo y alegran el espíritu. Por las noches liaba cigarritos que lo hacían soñar a uno y tranquilizar los nervios.

—Mira la estrella, chiquillo, ¿ves esa estela que se extiende dándole la curvatura al mundo? Ésa es la Vía Láctea. Cuando te pierdas en estas soledades, sigue la Cruz del Sur —me mostraba el cielo—, guíate por las Tres Marías; los caminos son sólo de tierra, las señales más seguras para el vagamundo son las líneas de la mano, y sobre todo lo que está escrito en el firmamento. Nunca te dejes llevar por la rabia, que hombre que se enoja pierde el nervio, enferma y yerra. No amenaces nunca, ejecuta y no hables, no confíes en hombre de uniforme, que hombre de juramento no es hombre de cumplimiento. Piensa siempre que cada día la vida te sigue debiendo algo que tú no conoces; cuando te llegue el miedo reza tres padrenuestros y sigue siempre pa' adelante. Si te cierran la puerta, entra por la ventana, y si te cierran la ventana entra por el ojo de la cerradura; que la vida es una y lo demás son cuentos.

Y cantaba, mientras recogía hierbas del campo. También preparaba sabrosas ensaladas, que comíamos acompañando la comida, para seguir luego sorbiendo mate hasta que nos dormíamos, rodeados por la inmensidad de la montaña.

—Cuando llegue la tormenta no detengas tu camino, no importa dónde vayas, lo que importa es moverse. Si te detienes te cubrirá la nieve, se te enreda el destino con el cruce de los vientos; sumar el tiempo es cuestión de relojes, no es cosa de hombres como tú o como yo, la única edad está presente en la huella que vamos dejando en los caminos y éstos los borra el viento. Cuídate de tinterillos y gente de corbatal... y nunca, nunca dejes de tener por lo menos una hora del día para pensar en ti mismo, ya que uno nunca comienza ni termina...

—¿Y de dónde conoce usted tantas cosas?

Y él se encogía de hombros y se reía preparando en las mañanas frías un ulpo caliente, con agua de nieve y harina tostada. Un día, de entre las alforjas de su montura de arriero sacó un libro con tapas doradas y me enseñó a leer. «Éste es el libro de los libros —me decía—; fue escrito por hombres que no sabían leer, pero sabían contar.» Y en el libro se hablaba de personas que caminaban sobre las aguas de un mar, que repartían el pan y el vino multiplicándolo. Y de cómo se abrió un día el mar para que pasara por él un pueblo perseguido por sufrimientos y penurias. Carros de fuego cruzando por el cielo, imperios derrumbados por el tronar de las trompetas y de cómo un niño de apenas algunos años más que yo derribó con una honda a un gran gigante guerrero que asolaba de terror a la pobre gente de un lugar poblado de naranjos y de olivos.

Esa tarde, cuando llegué a la casa, apareció la Rosa: «Lo estaba esperando», me dijo, y luego, tomándome de la mano, me llevó por corredores en medio de muros gimientes, caminos torcidos, puentes de madera, entre acequia y acequia, fotografías de caballeros y señoras

que me miraban fijo, hasta llegar al final a un lecho donde dormía el viejo, quien despertó al sentir mis pasos, y aferrándose de mi mano comenzó a mirarme mientras trataba de decirme algo que yo no entendía. Entonces, tiré fuerte tratando de zafarme, porque era como si me arrastrara hacia la profundidad de un pozo al cual estaba cayendo y quería llevarme con él. Me desprendí con tal fuerza que caí hacia atrás botando un aparador desde donde cayó un libro, que reconocí como el mismo que él me mostraba hoja por hoja en la cordillera, y entonces traté de leer en la página que quedó abierta frente a mí.

—Vas a empezar tú también a hablar leseras —me dijo la Rosa—; quédate ahí tranquilo —y me arrebató el libro de las manos—, que voy a preparar algo para comer.

Y yo quieto sin moverme, hasta que pasó la noche y llegó violento el nuevo día. Aprovechando que el viejo deliraba y discutía con sus muertos y la vieja dormía arrollada en sí misma en un rincón de la habitación en ruinas, salí de allí, llevándome lo que quedó del libro, porque ella había arrancado algunas páginas para encender el fuego. Antes de irme, miré las cenizas y vi cómo se encendía nuevamente el fuego; alcancé entonces a leer: «Vanidad de vanidades... todo es vanidad.»

Carvajal asintió y, moviendo la pieza de ajedrez, dijo en un susurro:

—Alfil amenaza rey. Jaque. Usted mueve, compadre.

—Caballo come alfil y amenaza torre.

En medio de la cordillera, volví a pensar en don Pío y recordé lo que él mismo me había contado. Por las noches se le venían al viejo los malos sueños; finados de mala muerte que él se había cepillado por su propia mano, fantasmas de moledera, jodedores con los dientes de oro brillándoles en la oscuridad, risotadas entre jau-rías de perros lejanos y relinchos de caballos desbocados. «Es el Príncipe Maldito que me viene a buscar, Rosa», gemía don Pío, que así no más, con ese nombre lo conocían en el pueblo. Semblante inexpresivo, boca agujereada, ojos pequeños y manos tiritonas, frente arrugada y un cuerpo cada vez más gimiente e indeciso. Qué poco quedaba de quien había assolado la comarca con su fechorías; ahora no era más que eso, menos que nada, mirando el techo roto por donde se filtraba la luz de las estrellas tan lejanas.

—Muérete de una vez —le decía la Rosa—, ¿no te gustó hacer tratos con el Malo? ¿De qué te sirvió tanta fechoría, tanta maldad inútil? ¿Dónde está el ganado que te robaste, las vacas de contrabando que traías desde la Argentina? Ahí tienes tu revólver, dispárate un tiro y déjame tranquila. Ándate por los pueblos, viejo de moledera. Piérdete entre las rugiadas del viento, desaparece entre las nubarradas, que a vos ni con cien mandas a la Virgen del Perpetuo Socorro te salvan de freírte, hasta lo eterno en lo más profundo del infierno. ¿No te gustó repartir horquetas por el huerto? ¿No te gustó violar a tu propia hija y dejarla después que se desangrara hasta que se murió, la pobrecita? ¿No le pusiste un bozal en la boca como si fuera un caballo para que nunca hablara? ¿No te gustó acuchillar a tu hermano y tirarlo después en las acequias para que se lo llevara el agua

hasta el río infinito? Vos no tenís perdón de Dios y a mí no me importan tus gemidos; a mí me alegra tu dolor, viejo crestón.

Fue entonces cuando sintió que se moría. Los músculos de su cuerpo no le respondían, puso a prueba su voluntad, se obligó a sí mismo, constató que a pesar de su esfuerzo el cuerpo permanecía inerte, la espalda adolorida, los brazos sin fuerzas, las manos otrora imbatibles, sin energía, la mente embotada, ora lúcida, ora enredada, confusa, sin recuerdos, sin memoria anterior ni proyección futura. Se incorporó a pesar de todo, rodilla en tierra, un pie sobre la nieve, prosiguió sin saber cómo, caminando, subiendo o bajando las escarpadas cordilleras, sin ver, sin escuchar, sino el rugir del viento que se le agolpaba en la mente. Todo era un remolino de recuerdos, rostros inconclusos, sombras imprecisas, recodos de caminos, páginas de libros sin leer, el tiempo, amor mío, que se escapa sin que pudiera detener el movimiento de tanta y tanta circunstancia reunida, como si uno pudiera de repente detener la vida y establecer un sentido, un punto de inicio, presentir el final, es decir algo, un peñasco, un árbol, una piedra quizás, la nada, en fin, algo que lo condujera a un mero punto de partida.

—¿Por qué me disparas, asesino?

Su voz retumbó entre los alcantarillados, se perdió entre los recónditos agujeros de las perdidas cordilleras.

—Soy la ley... entrégate, cuatrero.

—No, no me entrego na'...

Y sobándose las manos empuñó el colt de largo cañón y esperó el disparo que, según su instinto, vendría del lado derecho.

Me alcanzó a rozar la oreja, me enrojeció aún más los ojos, me ardió la piel y encendió el furor y me decidí a vivir a pesar del empeño del maldito Ramírez; estiré la mano, tomé nieve y refregué en ella mi cara, obligándome a despertar, afinando la vista. Disparé, sin pensar sino en la familia del difunto que cayó fulminado con un balazo que le abrió un tremendo boquete en la frente, dispersando su sangre en la nieve blanca. Yo tengo —pensé— una razón para defender mi vida. ¿Cuál es el motivo de perder la suya, amigo, a quien no conozco y no conoceré nunca?

—Los muertos se mueren, callan, se silencian sin tener respuesta.

Me acomodé en la nieve, me hice un hueco, busqué el agujero y apunté nuevamente, disparando al bulto que se movía hacia el lado izquierdo; sólo sentí un ruido y después un largo rugido de dolor. «Perdóname, ánima santa, te mato sin siquiera conocerte, pero te mato para que no me mates.» Y girando enfrente a la patrulla que avanza hacia mí, disparé sin cansar hasta que se me acabaron los tiros del colt y de la escopeta recortada. Cuando abrí los ojos no había sino nieve y soledad envolviéndome y un amargo dulzor que me cubría el cuerpo. ¿Qué más da si estoy muerto o vivo... a quién en este mundo le importa este pellejo, este triste harapo de nada, esta nada de nada, este que siendo yo, no sabe que es ser y prosigue su andadura sin rumbo, sin destino?

—Enroque, compadre, enroque; o sea, pase sin huella, jugada, de entremedio, pérdida de naípe.

—Juzgue usted, que sabe más que yo.

—Como usted quiera. Pero, dígame, ¿para qué defender lo que a nadie le importa? ¿No me preguntó usted mismo cuál era mi destino?

—El destino no existe, sólo tiene sentido el sinsentido de vivir, porque a falta de algo menos conocido es lo único que uno sabe hacer, es decir, el instinto, y disculpe la perorata, pero después de tomar tanto pájaro verde, con motivo de la celebración de su cumpleaños, ya quiero irme a dormir y soñar sin recuerdos, ni pesadillas de ríos congelados, de muertos sin sepultura, de amores no consumados, porque si la vida son los dolores o los placeres del cuerpo, a mí nada de lo que he conocido me importa demasiado, o como usted mismo puede ver y darse cuenta, ya se me nubló la vista, y sólo tengo odio en el alma, y un deseo de orinar y de aullar al infinito.

—Torre, reina, alfil, dama, peón, corona.

—Elija la pieza... ¿Caballo?

—Sí, caballo —afirmé sin dudar.

CABALGANDO CONTRA LA PROPIA SOMBRA

Se me vino a la mente la imagen de mi caballo el Paso Doble mirándole ahora sin vida mientras se cubría de nieve; lo vi cuando luchaba contra su propia sombra.

—Compadre, y si usted me lo permite le narraré su historia.

Siendo él de raza chilena, pura, fue adiestrado desde potrillo a cabalgar en primera línea, tanto que no podía andar tranquilo en segunda o en tercera fila, porque si era así, trotaba de lado porfiando de manera tal que se cruzaba en el camino, erguía las orejas, bufando y moviéndose con tal brío que le hacía insoportable la cabalgata a su jinete. Yo tenía largas discusiones con el

Paso Doble, sobre todo por la manía ésa de caminar cruzado y de querer ir siempre delante de los demás caballos, cuestión que hasta peligrosa era, ya que usted sabe que quien encabeza manda y quien manda es responsable, y es más visible a los disparos de los que quieren mandarlo a uno por el rumbo de los muertos. Pero el mayor problema venía cuando al caer la tarde la sombra del caballo se proyectaba contra las zarzamoras, y comenzaba a luchar contra ella tratando de adelantarse a sí mismo y encabritándose cada vez.

—Paso Doble, hombre, nunca podrás adelantarte a tu sombra.

Pero él levantaba las orejas, bufaba impaciente y del tranco pasaba al trote y del trote al galope contenido, hasta que yo, aburrido y sobre todo adolorido de los riñones, le soltaba la rienda para que corriera hasta agotarse, o hasta que se venía la noche y cambiaban de dirección las sombras.

—Nunca, Paso Doble —yo le decía—, nunca, renunca podrás ser más veloz que las sombras, porque éstas se le adelantan a uno, y sin señalar rumbo te confunden los caminos y se te enredan los sueños en las sombras largas; sombras más altas que los mismos álamos, sombras sobre las flores del camino, contra los suspiros azules y azucenas, sombras de un solo golpe, de una sola luz, de una sola tarde, de un olvido, de un mismo recuerdo, sombras de las necesidades, de los menesterosos, de los olvidados y de sus mismos olvidos, sombras que se aparecen, y desaparecen en los abismos del misterio, sombras de los susurros, de las voces que llegan por los cuatro vientos, que cruzan las paredes agrietadas de la cárcel, sombras que se le van metiendo a uno

y que siempre se adelantan, sin que puedan alcanzarse, para caminar en paz, para pensar sin angustia, para llorar callado, para sobarse las manos adoloridas de tanto y tanto sujetarle las riendas, sombras de pistolas y de revólver, de carabinas recortadas, sombras de muertos vivos, sombras de muertos de hambre, sombras de los que no han vivido y se apropian de la voz del otro; sombras confabuladas, sombras usurpadoras; quién es quién, quién habla por mí.

Yo no soy yo, sino el otro... pero ¿quién?... ¿quién es el otro? ¿Teniente Ramírez? Juan, Abraham, mi señora Emilia, tan dulce y tan deseada, la más de todas. La Guillermina de mi juventud primera, cuando no me perseguían las sombras y podía amar con la alegrura de quien se mira en los ojos o esconderse en los ojuelos de sus mejillas rosadas, en la enredadera fragante de su pelo, en la suavidad de sus senos rosados, en la dulzura de sus pezones amados, en la curva de su vientre joven, fértil, en los olores del bosque de eucaliptos, donde nos encontrábamos para hacer el amor por las tardes del verano del treinta y ocho que se me pierde en el tiempo porque nunca más la volví a ver, a pesar de que la busqué por todas las aldeas. ¿Habrà sido ése mi destino, buscar y no encontrar sino mi propia sombra adelantándoseme siempre?

Como el golpe tremendo del rayo, recordé mis súplicas en medio de la cordillera que se extendía hasta formar un muro, mil muros infranqueables e infinitos, montañas gigantes que se alzaban hasta cubrir la vista de los cielos y mi caballo derrumbado bufando sangre, mirándome con los ojos vidriosos de los muertos.

—No, por favor, no te mueras, caballito.

Y él con los ojos desmesurados: «Perdóneme, jefe, pero me muero, es decir, usted lo sabe, me fui cortado en la inmensa carrera de subir a galope la montaña nevada sin poder adelantar a la figura oscura de doble cabeza que corría delante de nosotros.»

—No me dejes solo... —supliqué—, no ves que te quiero tanto y que vos sos lo único que tengo... no me mires así, no sangres de esa manera —y sobándole el corazón intentaba revivirlo; su cuerpo mientras tanto se cubría de nieve. De pronto alzó la cabeza, me miró fijo un tiempo indeterminable y luego se fue apagando dulcemente doblando la cabeza y enterrándola en la nieve, que se tiñó con el rojo de su sangre. Lloré toda la noche, sollozando como hombre la muerte de mi más querido amigo, si hasta habíamos hecho un pacto.

—Cuando yo me muera —le decía—, tú pondrás sobre mi cuerpo una lápida que diga: «Aquí yace mi mejor amigo.» Y, en caso contrario, yo haré lo mismo, con la diferencia que en la tuya dirá: «Aquí yace mi único amigo.»

«Deja de llorar y actúa», sentía a mi lado la voz inconfundible del finado don Pío, y allí estaba como siempre fumándose su pitillo y sentado sobre unos cueros de cordero. «Sigue el sendero —dijo— que te indique la Cruz del Sur, y a pesar que te parecerá imposible, en tres días llegarás a Cuyo, la tierra que te prometí cuando trabajaste conmigo arriando las vacas de don Hernán Alyattin. Ponte en pie ahora mismo, chiquillo de las mil molederas, y no le pongas cruces al caballo, porque ellos no se van ni al cielo ni al infierno.»

—Cómo va a ser así —le dije—, a alguna parte tendrá que irse tanta vida. —Y el viejo, levantando su dedo mocho, me mostró el cielo, donde en ese momento volaba un águila seguida por dos cóndores que cruzaban los altos ventisqueros cubiertos por la nieve eterna y santa. Como pude me puse de pie y comencé a caminar detrás de una sombra oscura que delante de mí cojeaba sin dejar huellas en la inmensidad de la nieve.

«Nunca está más oscuro que cuando está a punto de amanecer», fue lo último que escuché decir a don Pío, con voz que retumbó en la montaña y se repitió una y otra vez al infinito.

*Y cuando vuelvo de Chile,
entre cerros y quebradas,
late el corazón contento,
pues me espera una cuyana.*

TENIENTE

VOCERÍOS Y RUMORES

CARTAS Y PLEGARIAS

LA SEÑORA EMILIA «AL OTRO LADO»

En El Chilenito, en Rancagua, uno de los tipos medio borracho intentó interrumpir:

—«Dos puntas tiene el camino y en las dos, alguien me aguarda.» A mí, fíjese, un día me pasó lo mismo.

Los demás lo hicieron callar, porque lo único que nos interesaba era escuchar el relato sobre el afamado Torito, que cenaba detrás de los cristales que dividían el gran comedor del sitio donde nosotros nos encontrábamos, como se dice en buen chileno, en la mesa del pellejo.

La señora Emilia prosiguió contando con voz pausada y cristalina. Daba gusto escucharla; pronunciar bien las palabras; hilvanando las frases con voz agradable y ademanes adecuados al relato, ya que por algo había sido la directora de la Escuela de Mujeres de la comarca. Y fue a través de su timbrada voz como nos

seguimos enterando de las aventuras de nuestro hombre que cruzaba la gran cordillera de los Andes, en odiseas nunca vistas ni escuchadas.

Jamás me sentí más pequeño, solo y desamparado en mi vida, que cuando atravesé la cordillera buscando mi libertad en la Argentina. Crucé a nado los ríos casi congelados, las nieves herían mi cuerpo, sangraban mis pies y muchas veces creí que moriría en el intento.

Después de la muerte y el posterior entierro de mi noble cabalgadura pude llegar a Mendoza, ciudad bien arbolada, limpia como pocas y ordenada. Cada cierto tiempo podían verse en las paredes grandes retratos de un señor de cara cuadrada, sonriente, impecablemente peinado hacia atrás, y a su lado, también sonriente, una dama rubia con el pelo recogido en señorial moño y un lema que se repetía una y otra vez en colores rojos y amarillos: «Perón promete, Evita cumple.»

Una de las primeras cosas que me había propuesto, como me lo había aconsejado mi hermana Guillermina, era buscar un trabajo honrado; fue por esa razón que por consejos de unos vecinos me encaminé a unas viñas donde ofrecían trabajo en el corte de la uva.

—¿Sos chileno? —me preguntó el encargado.

—Sí, señor —le respondí—, y a mucho orgullo.

—Tenés cara de hombre honrado. Ándate a la bodega y dile a la moza que atiende que te dé algo para llenar las tripas y después te me presentas para que comiences a trabajar. —Asentí con entusiasmo y me dirigí a las casas de madera, tal como me lo mandara, pero a medio camino me detuvo su pregunta—: ¿Sabes de corte de uva?

—Sí, señor.

—No te creo —dijo—, pero no importa, porque con la necesidad que tienes de comer y ese aspecto de desgraciado, creo que aprenderás rápido.

Fui entonces hasta las bodegas y casi me desmayé cuando sentí el olor a la comida, y junto a la olla estaba ella; de tez morena, de ojos encendidos, la boca rellena y labios carnosos, el cabello fuerte, negro, le caía sobre los hombros desnudos, sus pechos eran firmes, redondos y pequeños como las manzanas de invierno, las manos delicadas, y toda ella respiraba olor a vida y a suspiros azules.

(Y doña Emilia suspiró fuertemente en este punto del relato, moviendo como un volcán rítmico sus preciosos senos, enmarcados por un collar de perlas que se traslucía a través de la delicada tela del vestido verde, maravilloso como sus bellos ojos.)

—Me llamo Abraham —musité con voz tan baja que no me escuché ni a mí mismo.

—¿Cómo? —me preguntó ella, mirándome desafiante—. ¿Juan?

—Sí, sí, sí —me apresuré a responder—. Me llamo Juan.

Me reí porque me gustó llamarme de esa manera y olvidar que era un bandido perseguido por ladrón y criminal. Bajé la vista lleno de emoción por tener un nuevo nombre, por sentirme nuevamente bautizado por tan hermosa y gentil doncella. Descubrí, entonces, sus pies descalzos; parecían marfil tallado; y abriendo los ojos seguí mirándola, subiendo por sus piernas hasta

llegar a la cintura, y nuevamente al busto, para detenerme en sus hermosos ojos.

—Pareces muy hambriento —me dijo ella, y en forma distraída agregó—: ¿Cuántos años tenés?

Yo me encogí de hombros, la verdad es que no sabía.

—Mejor —dijo ella, y me sirvió un plato de cazuela y después un trozo de carne asada y ensalada de cebolla—. Lo único que no tengo es pan, porque se acabó la harina. —Se paró frente a mí con las manos en las caderas—. Después de comer, dormís un rato, Juan —dijo, mostrándome un jergón cubierto de paja y frazadas—. Descansa y luego te darás un baño y mañana, con ropa limpia y otro aspecto menos lastimoso que el que tienes ahora, te presentarás a trabajar. ¿Sos casado?

—No.

—¿Tenés mujer?

—No.

—Sácate la ropa, entonces, y acuéstate a dormir mientras te lavo esas tiras —me ordenó de una manera que me llenó de placer.

En ese punto del relato doña Emilia guardó silencio y nos miró profundo.

—Porque, como ustedes comprenderán, no es necesario explicar las cosas que entre esa mujer y ese hombre ocurrieron poco después de que él descansara.

Luego que él despertara, ella lo condujo al baño. Lo perfumó con ramitas de yerbas sacadas de la montaña, llenando la estancia de olores silvestres; encendió y apagó velas, abierta una pequeña ventana para que por ella

entrara la luz de la luna y del cielo estrellado y se reflejara sobre sus jóvenes cuerpos desnudos entregados a la pasión y la ternura; única razón de la vida, para estos seres huérfanos de cariño que encontraron un amor ejemplar que duraría para siempre...

Y doña Emilia, con voz temblorosa y emocionada, concluyó:

—Era una lindura de hombre y de mujer, viviendo lo máspreciado de la vida: el amor, amor eterno.

Todos nos quedamos boquiabiertos. Doña Emilia guardó silencio y cerró dulcemente sus ojos cansados.

Yo, sin poder contenerme, me lancé a los pies de doña Emilia, se los besé con la pasión encendida del amor no consumado, después recorrí su cuerpo estrechándola entre mis torpes manos, la besé una y otra vez hasta enloquecer de placer y fui hasta ella, y levantándole el verde vestido, suavemente le bajé los calzones y luego subí por sus rodillas hasta llegar hasta lo más profundo de la abertura de su cuerpo venturoso.

Es claro, señores, que todo lo que relato sólo ocurrió en mi imaginación, porque en la realidad me quedé paralizado mirándola, ansioso y temblando por la emoción del hermoso relato. (Ay, ay, ay, qué diera yo, que algo de lo que me he imaginado pudiera algún día convertirse en realidad, señora Emilia de mis ardores.)

Ella siguió imperturbable su relato:

—De esa manera me pagas los favores recibidos —gritó con furia el patrón—, chilenito desgraciado; te doy casa y comida, trabajo, vida de hombre decente y vos te acostás con mi sobrina.

Yo no supe qué contestarle, a lo mejor tenía razón el caballero, pensé, pero en eso llegó la Felisa y ella fue la que le dijo:

—Los favores recibidos creo habértelos pagado.

En esta parte del relato, mi amada señora Emilia tomaba, para aclarar la garganta, un trago de ponche de vino blanco con frutillas.

—Vas a irte ahora mismo de aquí.

—No te aflijas —me dijo ella—; este viejo baboso no es mi tío. Vaya usted y se viste con el traje nuevo que le compré en el pueblo y tomamos nuestras cosas y nos vamos juntos a buscar trabajo en el Puerto de Buenos Aires, mi niño.

Y en lo mejor del relato se estaba cuando irrumpió hacia la mesa un hombre pequeño, nariz comida de ratones, y sin decir palabra puso en mis manos el siguiente documento.

LOS FAVORES RECIBIDOS Y EL NOTARIO PÚBLICO DE BARILOCHE

—En mi calidad de notario y bibliotecario público del pueblo de San Bariloche, hombre viajado desde mi juventud, cumplo con narrar lo que he escuchado de bocas de personas de bien, quienes me contaron los siguientes hechos bajo juramento y en lo que queda estipulado por las leyes de la República Argentina, a la cual represento en esta acta y por medio de este documento.

Una vez que hubieron llegado a Buenos Aires, Abraham, ahora llamado Juan, y su mujer de nombre

Serafina, Fina o Feliciano, deambularon por el puerto en busca de un pariente de la mencionada mujer, con el fin, según sus palabras, de que los cobijaran en su casa mientras encontraban un medio para subsistir, formar hogar, engendrar hijos y establecerse en el futuro en dicha ciudad puerto. Al parecer, la búsqueda fue dificultosa, ya que la mencionada en autos, la mentada Serafina López Gutiérrez, venida de Mendoza, y de padres llegados de Andalucía, no tenía en su poder sino la dirección de un conventillo al cual habían llegado, pero para su asombro y desesperación, se habían enterado que éste había sido demolido muchos años atrás, construyéndose en cambio un gran edificio de apartamentos modernos, que rompían la estructura coloreada del puerto.

Preguntó por sus parientes a un conserje aburrido que no dejó de leer los diarios, exactamente la sección de deportes:

—Señor, dígame, buscaba a la familia López.

—En la pared del frente están los nombres de los usuarios del inmueble —respondió el hombre—; miren allí. ¿Es que no saben leer? Está bien. —Bajó el diario, y poniéndose de pie miró los nombres escritos en el pizarrón del muro—. No hay López Gutiérrez en este edificio —y ahora los miró con detención—. ¿Buscan trabajo?

Ella asintió decidida.

—Tengo solicitud para mujeres, pero no creo que tenga trabajo para este mocito. —Pensó un rato; movió la cabeza—. Sin embargo... Tiene buena estampa —y recorrió con la mirada a nuestro Juan, como si fuera un caballo—. Se te ve limpio y puro de sangre, y tenés bue-

na y aceptable dentadura; si esperás un rato, subo, te recomiendo a una señorita que está buscando una pareja para que le cuide una casa en las afueras de Buenos Aires, y vuelvo a avisarte.

Y subió diez pisos sin ocupar el ascensor; y fue así como cumpliendo con lo que algún día afirmara Descartes, en relación a que todo contratiempo lleva en sí mismo su propia solución, o mejor dicho, toda afirmación contiene en sí misma su propia negación, regresó el conserje y les avisó que para su buena ventura, la señorita de apellido Campos necesitaba de un matrimonio joven —porque ustedes están casados, ¿no?— para el cuidado y mantención de su finca en Mar del Plata, que había heredado de su abuela de nombre Victoria, según consta en la inscripción notarial del tres de febrero de mil ochocientos noventa y uno (los demás son detalles de carácter legal, que no tienen interés, y que nada agregan a la comprensión de la historia que se narra).

Trasladados nuestros jóvenes amigos en limosina hasta la finca del Olivar en Mar del Plata, tuvieron la posibilidad de ver algo de la ciudad deslumbrante que se abría ante sus ojos: el obelisco en medio de la ciudad sagrada, la calle de los cines, donde tomados de la mano vieron películas en colores portentosos, rojos y amarillos desvaídos, sobre todo una de Esther Williams, donde la mujer se lanzaba en traje de baño desde lo alto de un trampolín y surgían a su alrededor decenas de mujeres sirenas, danzando y cantando prodigiosamente en medio de cascadas de aguas cristalinas.

—¿Te gustaría, mi Juan, verme así en pelotitas como si fuera tu sirena, mijito lindo? —y se apretaba a él, pro-

tegiéndose en su gran cuerpo de hombre fuerte y noble, sentados en esas butacas de terciopelo azul que no olvidarían jamás. Las alfombras del cine eran rojas, así como las cortinas de raso y terciopelo.

Debo explicar que tanta ventura fue posible gracias a la generosidad de la señorita Campos, quien después de recibirlos y escuchar su historia, decidió tomarlos a su servicio en la referida quinta. «Pero antes —dijo ella— no les vendría mal un baño, aunque superficial por ahora, de sana y contemporánea cultura.»

La historia de la señorita Campos era por lo demás apasionante; nieta de una gran señora que en sus tiempos deslumbró con su belleza e inteligencia los salones y templos literarios de Buenos Aires, París y Londres. Juan y Serafina se enteraron por la cocinera de color de Villa Olivos que la primera señorita Campos trajo desde muy lejos hasta la quinta a un famoso y renombrado poeta hindú, quien había navegado medio mundo para desembarcar en el puerto de Lima, Perú, donde arribó con el fin de dar charlas, conferencias y recitales. Sin embargo, cuando llegó a Lima, confundido entre los pasajeros de las distintas razas que poblaban el puerto, chinos, japoneses e indios, oriundos de esa tierra, no encontró al señor refinado, alto y bien vestido, que lo había contratado hacía meses en un lujoso hotel de Calcuta.

Fue de esta manera que el poeta, a esas alturas Premio Nobel de Literatura —quien peregrinaba por las callejuelas de Lima, ciudad poblada de palacios, que en ese tiempo olía ya fuertemente a orines, cosa que a él no le pareció extraño en absoluto, es más, confundido con su larga túnica entre indios con mantas y chamantos,

era lo único familiar, como si el mismo olor recorriera el mundo cruzando océanos y cordilleras—, encontrándose solo, desamparado, escribió una carta pública, la que fue recibida, por extraña casualidad y por la fortuna que rodea siempre a los poetas, por doña Victoria, quien en ese tiempo contaba con dieciocho bellos años.

Llevada por su impulso juvenil y conmovida por las desdichas del poeta, fue hasta donde su padre, rico estanciero argentino, y le planteó la idea de traer al poeta hasta Villa Olivos en Mar del Plata, con el fin de que se recuperara de sus dolores físicos y espirituales que, como se sabe, afligen a los hombres de esa raza y oficio, y con el fin de que se recobrara la salud y adornara con su erudición y con la elegancia de su poesía y, sobre todo, con el auténtico acento británico con el que hablan los hindúes cultos el inglés, las tertulias literarias tan a mal traer por esos tiempos de posguerra. A don Braulio Campos la idea le pareció descabellada, absurda, excéntrica, ridícula, sin sentido, era de boludos traer otro poeta a un país donde lo único que sobraba eran bardos de mala muerte. Razón por la cual le negó hasta el último centavo a su primogénita, porque entre otras cosas estaba cansado de tanta tontería. Ella no replicó una sola palabra; pero como los actos son sin duda más valiosos que las mismas, se dirigió a un joyero, y con la decisión propia de su fuerte carácter, muy bien definido ya a su edad, vendió sus joyas de oro y plata:

—¿Qué hará con tanto dinero, señorita? —exclamó el joyero.

—No hay dinero suficiente en este mundo —replicó ella— que pueda pagar un instante de belleza, un minuto de la vida de un poeta.

Con el dinero obtenido envió emisarios a buscar al poeta don Rabindranath Tagore, que así se llamaba el caballero hindú de barba blanca, vestido con túnicas y chalecos principescos bordados en oro, a pesar de su pobreza, como muy bien se puede deducir por los innumerables retratos que colgaban de la pared de la lujosa villa. Llamó la atención de Juan, especialmente, una fotografía en la que sentado en un sillón, que semejaba un trono, sonreía plácidamente, mientras que sentada a sus pies, en el pasto del jardín, con las polleras extendidas y abiertas en abanico, yacía la hermosa señorita Victoria.

A partir de ese momento nació en ellos un amor profundo, más allá de las banalidades de la carne. El poeta, ahora repuesto, alimentado física y espiritualmente, comenzó a escribir de nuevo, llamándola «Mi mariposa, alma de mi alma, mi amor comienza en el punto en que la luz no tiene fin», y ¿quién puede poner fin a aquello que no tiene final?, recordaba, llena de emoción, Dolores, la negra cocinera, mientras hacía los quehaceres propios de su oficio, a los que diligente se unió Serafina, cumpliendo a cabalidad su papel de ayudante y aprendiendo de su mano sabia los secretos culinarios de la comida hindú, que esta santa y locuaz señora le entregara.

Platillos exquisitos, de sabores exóticos, que años después hicieran la felicidad de Juan, el que se ocupó, por instrucciones de la señorita Campos, de cuidar el jardín, de tusar y mantener herrado el magnífico caballo de pura sangre inglés de la nieta de la señorita Victoria, llamada cariñosamente Toyita, no menos bella y audaz que su legendaria abuela.

EL TORITO

LA SEÑORITA VIKI

—Todo el mundo tiene una historia que contar —me dijo ella—, y toda historia tiene un sentido y explica a las personas.

—¿Cuál es la tuya?

—Yo...

—Sí, tú, no te hagas el boludo, ¡che!

Y por Dios que me puso nervioso la linda señorita.

—Yo, para mí, que no tengo historia, señorita.

—Eso no es posible, *mon amour*...

Y la señorita Viki estiró sus dorados rasos y se arrellanó como gatita en el sofá de color morado. Detrás de él los grandes ventanales dejaban entrar a raudales la luz de la tarde y un aire marino invadía la gran estancia adornada de cortinas, tapizada de verde intenso y cubierta de grandes alfombras traídas desde Persia por la afamada abuela de mi dueña.

—Ven aquí, que te voy a mostrar algo —me susurró.

Yo, con todo respeto, me senté a su lado. Ella abrió un gran libro de tapas doradas y escrito en letras de oro.

—Mira, Juancito, aquí se encuentran reflejadas todas las formas del amor. —Y comenzó a mostrarme estampas de colores, donde figuraban hombres barbados y mujeres de turbantes y túnicas transparentes, en posiciones de gran extravagancia, haciendo lo que la señorita Viki llamaba *el amor*. Yo, sentado a su lado, tiritaba, porque más que ver, sentía su respiración cerca de mi cuello, su voz suave y sugerente de tonos profundos y pastosos, el calor de sus piernas que cada vez que las movía irradiaban fuego, ronroneando como gatita de Angora subiéndolas o bajándolas del sofá en el cual recostaba su cabecita de pelo rubio ensortijado. La muselina azul con la cual cubría su cuerpo se transparentaba, mostrando el rosado de su piel, sus doradas piernas, la curva de sus caderas, la sinuosa cavidad de sus partes más secretas.

—Suave —me dijo—, házmelo suave, mi machito. Bésame y lámeme enterita como si fuera un ternerito lechón.

Sus manos recorrían mi cuerpo, me arañaban la espalda. Luego me besó en el cuello, sentí su lengua de fuego y plata en las orejas y su lengua buscándome el pecho. Tomó entre sus delicadas manos mis partes más preciadas, la muselina azul se fue desgarrando en el movimiento y pude ver su piel desnuda que se frotaba contra la mía, y no sé cuándo ni cómo yo estaba también desnudo. Ella entonces levantó sus piernas sobre mis hombros, y tomándome de la cabeza me guió sabiamente hacia el centro de su cuerpo color mate y gusto a miel. Comencé a comerme su chuchita rosada, como si

fueran mariscos salidos de alta mar, lamiendo sus suaves y rubios vellos que rodeaban cosita tan preciosa.

—¿Te gusta, mi amor? —me preguntaba.

Luego me besó largamente haciéndome sentir el fuego de su lengua, que no quemaba, era dulce con un dejo amargo parecido al mate. Sus brazos bajaron hasta mi cintura, y enredándolos en mi cuerpo empujó suavemente.

—Ahora, ahora, mi amor, péntrate. —Cerró los ojos, y me hundí en lo más profundo de su rosa.

Y así fue tarde a tarde, probando todas las posturas que mostraba el misterioso libro escrito en letras que no se entendían. «Este libro sagrado se llama *Kamasutra* —me dijo—, y lo dejó de herencia mi abuela. Junto con la quinta y el gusto por la vida, los jardines cubiertos de rosas rojas, madreselvas en flor como en el tango, y la afición por el arte y las costumbres de la India.»

—Esta casa es el templo del amor —me susurraba la señorita-nieta, al tiempo que hincándose en la suave alfombra me pedía que me acercara detrás suyo, y luego inclinándose hacia adelante levantaba la cabeza y alzaba su culito dorado por el sol del Mar del Plata. Yo la tomaba desde los hombros y entraba en ella, mareándome en sus quejidos y susurros de placer.

—Qué te pasa que te andas quedando dormido —me decía la Feliciano. Y la cocinera se reía con picardía no disimulada—. Y qué tremendas ojeras, ya no se te ven los ojos, qué va a decir la patrona si te ve de esa manera, como si no más estuvieras enfermo.

—Seguro que está leyendo mucho —decía riéndose la señora Fortunata.

—Pero si este coso chileno no sabe leer —le replicaba muy justamente la Feliciano.

—Pero seguro que sabe ver —reía la cocinera.

—¿No estarás intruseando en los papeles de la señora Viki? —me preguntaba la Feliciano. Yo me iba de negativa. Cómo le iba a explicar lo que ustedes saben que ocurría todas las tardes a la hora de la siesta, cuando después que la señorita Viki se despertaba, entraba al baño de tina que yo mismo le preparaba con hojas de eucaliptos maceradas, hinojos, pétalos de rosas y perfumes escogidos entre docenas de frascos de colores. Al salir de las aguas perfumadas la esperaba yo con la toalla y secaba su cuerpo como si fuera una estampa del libro sagrado. A veces me pedía que la secara con mi propia lengua, subiendo hasta su cuello o bajando hasta la punta de los dedos de sus pies de porcelana, sin dejar de pasar por la amapola hirviente de su vientre. Ella apoyaba el cuerpo contra el mármol negro de la sala de baño y, abriéndose paso entre mis ropas, descubría mi miembro, tomándolo entre sus manos lo acariciaba dulcemente, mirándolo como si estuviera hechizada, y luego se lo llevaba hacia su preciosa boca y de ahí pal real, ya que de nada me acordaba porque perdía la cabeza, liberado de mi cuerpo en otro espacio y tiempo.

—¡Carajo!, ésa sí que es suerte —exclamaba Carvajal, que estuviera donde estuviera no dejaba nunca de escucharme.

—Suavecito, entrégamelo suavecito y déjame lamer-te como si fuera tu huachita. —Y yo, con un tremendo desmayo, como si me fuera yendo de esta vida, cami-

nando entre las aguas llenas de olores y sabores desconocidos—. ¿Te gusta, mi lindo? ¿Te gusta lo que te hago?

—Sí, sí...

—Te voy a comer entero, mi huachito.

Y a través de los espejos que cubrían la habitación la veía multiplicada, hincada a mis pies, tal cual como habíamos visto a los dioses del libro grande de hojas y láminas doradas.

Cuando desperté estaba tirado en el sofá y ella desnuda dormía a mi lado con una sonrisa como si fuera una flor entre sus labios. Me monté encima de ella, y abriéndole las piernas cerré los ojos y entré en su casa sin golpear la puerta. Entre sueños abrió sus ojos verdes y me ofreció su boca, y diciéndome palabras en idioma que yo no comprendía.

—Seguro que era francés —acotó Carvajal Advani.

—¿Por qué francés?

—Porque es el idioma del amor, amigo mío, a menos que la señorita Campos hablara el bengalí... que es también idioma del amor y propio del Eros.

Poco llegué yo a entender lo que rumiaba Carvajal, el caso es que lo que viene a continuación puede que sea verdad, puede que no lo sea, tan requetecontra confundido me encontraba.

Desde el jardín vi pasar a través de los ventanales de colores a mi mujer, la Feliciano. Se detuvo frente a la señorita Viki y comenzó a hablarle con palabras que yo no escuchaba a la distancia. Mi señorita vestía bata de color verde aguamarina y movía con lentitud las manos, en cambio la Feliciano manoteaba y señalaba a lo lejos

con energía. La señorita Viki dio vuelta su espalda y caminó hacia el interior del pasillo de color rosado. La Feliciano, en cambio, abrió la puerta que daba al jardín donde yo cortaba rosas, encaminándose con decisión hacia mi persona.

—Ven, que quiero hablarte.

La seguí en silencio. Entramos a nuestro dormitorio.

—Desensíllate, que hace mucho tiempo que no das fe de mi cuerpo —y se montó encima y como jinete experta apretó las piernas contra mi cuerpo y me cabalgó como sólo ella sabe hacerlo. Me quedé sin fuerzas y agotado. Feliz como no lo había sido en toda mi vida.

—Y nada de libritos —exclamó la Feliciano—, se terminaron las clases de cultura erótica y todas esas vainas. Mañana a la madrugada tomamos nuestros monos y nos vamos rumbo a Santa Fe, y allá llegando me haces un guacho y comenzamos a vivir en serio nuestras vidas.

Y diciendo esto comenzó a acomodar nuestras pertenencias en una pequeña maleta de mimbre, entre ellas una fotografía del general Perón y de Evita que la Feliciano había tenido que guardar porque al parecer no eran éstos del gusto de la señorita Viki. «Perón promete, Evita cumple», se podía leer en la fotografía del señor sonriente de uniforme y de la señora de suave sonrisa y alto moño, que lo miraba a uno como dándole ánimo para seguir adelante y vivir la vida lleno de esperanzas y sin perder la alegría.

No sé por qué las cosas nunca se cuentan como realmente fueron, por lo menos es lo que me ocurre a mí cada vez que intento hacerlo; por uno u otro motivo, los sucesos se transforman cuando se le salen a uno, crecen, cambian de colores, blanco y rojo, rojo y negro, se olvidan los rosados, morados y amarillos verdosos; sin embargo, existen, porque una vez llegué en distintos días y horas diversas a diferenciar hasta mil matices del verde, desde los caminos cubiertos por hierbas y por hinojos, hasta las primeras montañas que rodeaban el valle donde vivíamos con la Feliciano. Siguiendo por las montañas nevadas que se perdían en lontananza horizontal y cumbrederas.

—Eso te pasa por ocioso —me dijo la Feliciano, cuando se lo conté—. Usted se pasa mirando para los cerros y contando el color de los pastos, mientras yo la tonta trabajo de la noche a la mañana para tener qué comer y cómo vestirnos... —Yo me quedé quieto sin decir nada, pero ella seguía hablando y cada palabra suya era como si me acuchillara el alma.

—Si es por eso —le dije—, yo sé cómo conseguir plata, y poco me costaría, nada más que pensaba que lo que usted quería era otra cosa. —Me miró con furia, parecía como si los ojos se le fueran a salir de pura rabia.

—Si fuera por la plata, jamás me hubiera fijado en uno como usted.

—Por lo mismo..., porque si sigue diciéndome esas cosas no me va a ver más...

—Y qué tanta ofendedera, putas que me salió soberbio.

Descargué un golpe a mano cerrada botando toda la estantería, quebrando los vasos y los pocos platos que teníamos.

—¿Y no fue usted misma la que me enseñó a ser orgulloso? —le dije, sin moverme de donde estaba.

—Váyase a la misma mierda —me gritó—. Usted no es capaz de comprender nada, que no ve lo que me pasa, que no ve que no quiero seguir viviendo en esta pocilga y en tanta miseria.

—A mí me gusta la casita.

—¿Cuál casita? Esta choza miserable usted la llama casa, como siempre ha vivido entre animales...

Recién entonces me puse de pie, me llevé las manos a las rodillas y comencé a sobármelas con lentitud, hasta que se me pusieron rojas.

—Claro, ahora va a querer pegarme —dijo.

—Yo no, señora, eso no lo haré aunque me muera —y sentí cómo me corrían las lágrimas gruesas y calientes.

—Pero usted ni nadie me va a humillar.

—Entonces haga algo antes que sea tarde.

—Tarde para qué...

—Parece que usted quiere que me vaya...

—Si se trata de eso, el que se va soy yo.

Y diciendo estas palabras salí dando un portazo, que remeció entera la pobre casita de troncos que yo había construido cuando habíamos salido desde Mar del Plata rumbo a la frontera. Salí al camino, comenzó a llover finito pero con fuerza y me perdí sin rumbo entre las viñas con un dolor adentro. Con un dolor que no había sentido antes en mi vida. «Seré huacho y pobre —me dije a mí mismo—, pero nadie me va a tratar así.»

Caminé toda la noche de un lugar a otro, de un sitio a otro sitio, dejando que me empapara la lluvia para que se me enfriara la cabeza. Al otro día, en la mañana, me senté en una piedra frente a la casa y escuché sus sollozos. Suspiré largo, me puse de pie y entré a la cabaña; la encontré llorando tendida en el camastro.

—Qué es lo que quieres que haga —dije, con voz que no pertenecía.

—No quiero verlo nunca más. Si volvió por lástima... puede ahorrarse la molestia —y siguió sollozando sin parar.

Me tomé la cabeza a dos manos.

—Es que no entiendo —susurré.

—Es que no se da cuenta... es que no se fija... que es que no ve que estoy embarazada...

—¿Qué?

—Voy a tener un hijo y no quiero que nazca en la miseria y viva muriéndose en el hambre.

Me temblaron las rodillas. Me acerqué a ella lentamente y con torpeza le tomé la cabeza y comencé a besarla y quitarle de su linda cara las lágrimas y pesares...

—Sólo sé hacer una cosa —le dije—, y le prometo que de ahora en adelante trabajaré como hombre bueno. Ahora mismo salgo a buscar trabajo de zapatero remendón, que fue lo que aprendí a hacer de oficio cuando estuve preso en Chile.

Me abrazó con fuerzas...

—¿Y por qué nunca me dijo que había estado preso, mi niño?

—Usted nunca me preguntó y a mí eso ahora me da vergüenza, porque he sido hombre malo y he sido hombre de crímenes y asaltos.

—No quiero saber de eso, dejémoslo mejor en el olvido.

Y se quedó en el olvido, buscamos otro lugar y un señor que se llama don San Vicente creyó en mí cuando le expuse mi caso en el pueblo de Santa Fe y nos entregó una casa y me prestó un dinero para comprar mis primeras herramientas, y comencé a trabajar con tanta fortuna y buena suerte, que al poco tiempo todos los del pueblo se hicieron mis clientes, me llevaban sus zapatos las señoras, sus botas los caballeros y con tanto esmero se las componía, que nunca más en esos años tuvieron la necesidad de comprar zapatos nuevos. La buena gente de Santa Fe me comenzó a mentar como maestro Juan, y creció tanto mi fama que hasta llegaron de otras aldeas caballeros, gauchos bien montados en regios caballos alazanes y moriscos, señoras y señoritas para que yo les calzara sus hermosos pies a ellas y remendara con firmeza sus altas botas a ellos, de modo tal que pronto la comarca calzaba en forma reluciente.

Una noche del mes de junio, cuando crecen los azahares del naranjo, nació la primera niña, a quien bautizamos con el nombre de Feliciano, como su abuela y su madre; fueron padrinos don San Vicente del Rosal y su señora Luzmira, y en honor y con el fin de que la protegiera de todo mal la encomendamos a la Virgen del Carmen, como recuerdo también de mi lejana tierra.

Así transcurrió el tiempo hasta la mañana que fui tentado nuevamente por el diablo.

En la sierra cordillerana nunca supe de tiempos futuros ni pasados. Era la vida como el agua que corría enredándose en las lamas verdes, deteniéndose en los orificios que hacían los camarones al lado de los ríos, levantando espirales de barro adheridos a las orillas de los esteros plenos de aguas barrozas, revolviéndose como boa, triturando y devorando la tierra por la fuerza con la que bajaban desde las altas cumbres cordilleranas. En los inviernos pasaban arrastrando troncos de árboles, cadáveres de animales ahogados, vacas de vientre inflado, caballos con los ojos abiertos llenos de espanto como los ojos de cíclopes, derribados para siempre por la fuerza del viento. Ojos que en vida podían ver hacia adelante, hacia atrás, hacia los lados, reflejando ahora en ellos, como si fueran espejos, los bordes de los ríos, lo alto de las cordilleras nevadas, las grandes piedras de color rojo, los rostros de hombres y mujeres pequeñitos que como yo y la Felicianita vivíamos en las cordilleras estremecidos por el pavor que la naturaleza desataba en los inviernos y tiempos de deshielo.

—¿Quiere un mate? —me preguntó la Felicianita para interrumpir mis silencios y sacarme, como decía ella, de los estados hipnóticos en los que me sumergía sin quererlo... Yo lo acepté agradecido.

—Sin azúcar —me dijo, y me alargó el mate amargo—. Le da más fuerza y así vuelve a poner la cabeza donde corresponde; y le quita también ese extraño brillo de los ojos que le da un aspecto de loco o más bien de tonto leso.

Yo chupé con fruición la bombilla. Sentí en el estómago la tibia sensación y el gusto y el olor a cedrón, con el que la Feliciano me preparaba el mate, único recuerdo de la casa de la señorita Viki, y cuando sorbí el mate amargo y contundente como lonja de mantecoso pan amasado, no pude sino imaginármela desnuda emergiendo de sus dorados baños. Salí de la habitación, me miré en el espejo y casi no reconocí al hombre que me miraba fijo desde él. Me lavé la cara, me peiné con cuidado y abrí puertas y ventanas, y sentándome frente a mi banca de trabajo comencé el día arreglando los descosidos bototos de un militar de bajo rango. Fue esa mañana cuando las vi pasar frente a la puerta de mi taller en la calle de la Paz, número 59, de la ciudad de Santa Fe, donde hacía ya un tiempo largo que vivíamos con la Felicia.

Una de ellas era delgada y gentil, de rostro frágil, y hermosa y bien cuidada cabellera; vestía de satín floreado, adornado de lirios morados y fondos blancos invierno, sus zapatos eran de color caramelo, taco pequeño y equilibrados. La más joven, casi una niña, vestía de rosado, rostro anguloso y mirada fuerte y sostenida, de ojos azules inquietos, preguntones.

—Fíjese más en su trabajo —me advirtió la Feliciano—, ¿qué tanto le interesan esas forasteras?

—No, no me interesan —le dije.

—Y entonces para qué me habla de ella y con tanto detalle... quiere decir que la ha mirado mucho.

—No tanto.

—No me venga otra vez con pavadas, Juancito, que si lo sorprende lo hago picadillo.

Yo me puse a reír al verla tan bonita y tan furiosa.

—Mañana va a cerrar la puerta.

—¿Y cómo quiere que trabaje sin luz, señora Feliciana?

—Prenda la lámpara de carburo —contestó ella, y me sirvió otro mate.

Lo de la lámpara me recordó la cárcel, pero no dije nada, porque como la Feliciana nada sabía de esa parte de mi vida, no era tampoco el momento de hablar de cosas del pasado.

—Prende bien la lámpara de carburo, que da mucha y buena viva luz de noche, hasta que se vayan del pueblo esas forasteras, tan inquietas y fijonas. Nada de mirar tanto a la calle, porque me lo ojean —concluyó rotunda la Feliciana, y comenzó a reírse con esa risa fresca y linda que ella tiene, y se sentó en mis piernas, y tomándome la cara entre sus finas manos me dio un beso largo, suave y oloroso que selló la tarde de ese día y me abrió una noche plena de amor, caricias y susurros.

Al otro día me levanté tarde, a las ocho y media, y trabajé con empeño toda la mañana intentando ganar tiempo, para cumplir bien con mis clientes que ya eran muchos en el pueblo; buenas gentes que me saludaban con cariño y respeto, que yo no había conocido en vida, señor juez.

—Buenos días, maestro Juan.

—Buen día, mi señora.

—Ventura para vos y tu familia, che...

—Lo mismo le deseo —le respondía como me enseñara mi joven y linda mujer, que dormía plácida en la cama después de tan intensa noche de amor.

Por la tarde trabajé a puertas cerradas, tal como lo había decidido la Feliciana. Fue al día subsiguiente,

aprovechando que ella salió a comprar verduras, cuando cansado de tanto encierro y olor a carburo abrí un instante la puerta, y al mirar hacia la esquina las vi, una junto a la otra mirando hacia mi casa vestidas de floreado y calzadas graciosamente con zapatos abotinados y tacos altos puntiagudos.

—Otra vez el diablo —me dije a mí mismo, y entré en la habitación en penumbras.

—Dama amenaza a caballo negro.

—Avanza peón blanco.

Desde la lejanía, Carvajal movía las piezas blancas y negras en el tablero de nuestra común imaginación.

EL DIABLO EN TAGUA TAGUA

Se me presentó en figura de fraile franciscano. Lo primero que yo vi fueron sus viejas sandalias, cubiertas por el lodo y el polvo de los caminos, las suelas gastadas, los correones deshilachados, y no pude dejar de estremecerme al ver el dedo gordo del pie protegido por las gruesas pezuñas. Subí la vista por sus hábitos raídos.

—¿Qué se le ofrece, padrecito? —pregunté humilde y con miedo.

—Vengo a hacerte una invitación.

—¿Para qué sería, padre?

—Te invito pa' San Vicente de Tagua Tagua, donde tengo mi morada.

—Ahí también nací yo... la cordillera está nevada y las cumbres son tan altas...

—No para mí... Y tú tampoco lo has hecho tan mal —me respondió.

—Eran otros tiempos... —y comencé a martillar la media suela de un bototo de niño. Afuera, con rapidez, se nos venía la tarde, era un día de luz venenosa.

—Cómo supo de mí...

—Te llamaban el Torito... —asintió sin levantar la mirada—. Mi patrono San Francisco fue amigo de lobos y animales... allí está comenzando a brotar la primavera y las muchachas corren por los campos levantándose las polleras y mostrando sus bronceados muslos y la curva de sus caderas... de flores están cubiertos los caminos y de los esteros fluyen aguamiel y la ambrosía de los árboles.

Martillé con más fuerza, tratando de concentrarme. Recé un padrenuestro con voz más pequeña que un susurro, después un silencio largo y los latigazos de la nostalgia golpeándome la mente. Retrocedió el monje, pero antes de salir estiró hacia mí su mano derecha.

—Si lo que deseas es seguir envejeciendo en Santa Fe, entonces me retiro sin más palabras. Yo te ofrezco la vida y la nueva aventura del regreso.

Me puse de pie.

—Aquí vivo seguro...

—No vives, esperas la muerte.

Me saqué el delantal y enarbolé la lezna.

—Todo hombre con nacer ya está suficientemente viejo como para morir.

Levanté la vista, me estiró la mano, añoré con tanta fuerza la tierra lejana que me elevé en el aire y, como en un ensueño, me encontré volando tomado de sus manos, dejando atrás parajes y montañas pequeñas y

cruzando como si fuera cóndor las altas cumbres coronadas de nieve eterna, abajo serpenteaban los ríos como senderos de plata. El viento elevaba el polvo de nieve resplandeciente de blanco, blanco en el blanco; azul transparente. Profundidad eterna.

—Ay, Dios mío...

—No me lo nombres, que de tanto quererlo se me duele el alma y los sentidos.

—Entonces, señor...

—El amor acerca, pero también aleja para siempre. Es también tormento, y quien más cerca está del ser querido, también es quien puede en cualquier momento estar irremediablemente lejos...

El viento construía remolinos, castillos de blancura sostenido por pilares azules. El sol rojo nos convirtió en dos figuras negras; él sostenía mi mano y con la otra rodeaba mi cintura. Las montañas se extendían a lo alto y no tenían término a la vista. A veces vibraba el cuerpo e íbamos hacia arriba y abajo, hundiéndonos faltos de aire en las quebradas.

—Son las turbulencias del aire —me susurró al oído el franciscano.

—Hay una cosa que quiero decirle...

—Dime... —Sentí la pureza de su aliento.

—Nunca me gustó la carne de chivato. —Rió con risa suave y cristalina; lo miré asombrado, el viento impulsaba su larga cabellera, sus labios eran rojos y sus manos suaves.

—Puedo ser hombre o mujer, hembra o macho... o las dos cosas al mismo tiempo, no te niegues al placer antes de probarlo.

—Déjeme así no más... que de lo otro nada...

Nos elevamos raudos sobre una gran montaña.

—El Aconcagua —dijo retomando su voz ronca de monje franciscano—. A... con... ca... gu... aa.

Y giramos alrededor de la gran montaña reina, penetrando sus resquicios, las sinuosas cavidades; quise estirar la mano para tocar sus blancos tesoros, pero el franciscano me lo impidió.

—El que toca o cuenta se convierte en hielo; conténtese con mirarla, que es suerte de pocos...

—Quiero ver a mi hermana Guillermina.

—La verás... pero de lejos...

—Entonces, quiero volver a mi casa.

—Punto de no retorno...

Enfilamos para San Vicente; cambió el paisaje, los cerros se hicieron color morados, abajo los valles verdes, la tierra negruzca, los campos abiertos por el arado, los rieles de las estaciones de tren, abandonadas, sollozando de nostalgia, golpeadas por la soledad, esperando la llegada de trenes lejanos, perdidos ya en la memoria de las gentes.

Como a las diez de la mañana del día domingo nueve de octubre descendimos por los cuatro niveles de Tagua Tagua, hasta llegar al fondo del lago disecado y posar los pies en el légamo y en el barro profundo. Antes habíamos visto las islas flotantes que navegaban por las aguas. Peces de todos los colores cubrían el espacio, los pájaros extendían sus colas de verdes colores y cantaban los tordos y zorzales. Y del barro nacía el hombre y de sus costillas la mujer más amada.

—Bienvenido al infierno —dijo mi amigo el diablo, y comenzó a bailar un pie de cueca, sonaron arpas y guitarras—; huifas las rendijas... vuelttaaaa... —Siguió

bailando cueca y lanzando a voz en cuello conjuros y maldiciones contra el maldito.

—¿Pero no es usted mismo? —le pregunté.

Zapateó con rabia en el barro, se hundió hasta los tobillos en el lodo negruzco, en el fango resbaloso, en el lodazal que como una sábana de muerte se extendía frente a nuestros ojos.

—Tú no entiendes nada.

—Apenas lo conozco.

—Todo lo que ahora ves era parte de un mismo y único lago cubierto de islas, que flotaban por el valle portando la vida, animales, gentes, fauna y flora, girando por sobre estas verdes montañas.

—Todo lo anterior ya fue contado.

—Pero ¿por quién?

—Uno que se llama don Nazario.

—Anda cada impostor por los caminos... —exclamó furioso. Y comenzó a dar vueltas y revueltas, enarbolando un pañuelo blanco que brillaba como esferas de cristal contra la luz, que surgía desde el fondo mismo de la tierra, al viento de la fría mañana. Se detuvo de pronto y me preguntó con tono angustiado:

—¿Te contó el final? —Negué moviendo la cabeza—. ¿Sí o no?

—No.

Suspiró con alivio y lanzó una gran carcajada que me recordó el sonido áspero de risotadas escuchadas, hacía muchos años, cuando le clavé la estaca de bambú al viejo don Nazario.

—Pues bien... —comenzó a decir don Belcebú.

Un día, un buen caballero de apellido Arquímedes, viendo que alcachofas y legumbres crecían en forma

gigantesca, tanto así que cada hoja alcanzaba para alimentar a cuatro hombres, y que los repollos, a pesar que éstos eran detestados por su amante francesa, una preciosa dama de amplia sonrisa y encanto sin parar, crecían en tal tamaño que su volumen era comparable a la redondez del sol y que sus hojas se abrían como generosas sábanas nupciales y que una sandía era de tal tamaño que en ella cabían catorce yuntas de bueyes, tres pares de caballos, un piño de ovejas, un rebaño de elefantes, un gran manto de tisú y una gentil princesita tan bonita, Margarita, tan bonita como tú...

—Párele, párele —protestó Carvajal—, no me nombre a Darío... No soporto su tono dulzón y empalagoso.

—Está bien, el hecho es que don Belcebú me contó que este caballero decidió abrir con una pala una pequeña cequia, con el afán de secar unas pocas hectáreas para acrecentar sus tierras cultivables. Por ella comenzó a escurrirse el agua, al principio lentamente y en pequeña cantidad, aumentando de pronto y sin que nadie pudiera detenerlas, hasta convertirse de cequia en cequión y de cequión en estero, de estero en riachuelo y de riachuelo en río furioso que, rompiendo la tierra, avanzó por el valle devorando a su paso casas, hombres y animales, al tiempo que la tierra se estremeció como en un terremoto de agua, abriéndose en su centro un ojo de mar que en pocas horas se tragó el lago y todo lo que éste contenía, cerrándose después y dejando seca la tierra en la que hasta ahora se multiplican microclimas en los valles que producen las uvas, dulces del mejor vino, los afamados aguardientes, las frutas que se consumen en los mercados de París, de Londres, de Nueva

York o en el mismísimo Tokio, ciudades que de tanto producir fierros u hojalatas se quedaron sin tierras para sembrar alimentos y etcétera... Ustedes ya saben. Y zapateaba el hombre que daba un gusto, sin parar de hablar ni de romper el aire con su pañuelo, mientras perseguía a un ausente acompañante que se dibujaba en el vacío según sus giros, vueltas y revueltas, sus acercamientos, sus insinuaciones, sus miradas a sus caderas en alza, a su culito redondeado, espalda tersa, cuello de ébano, girando en el áurea feroz del viento que le envolvía desnuda como la imaginaban los deseos.

»Y un día, ya usted sabe, el Señor de allá arriba se puso envidioso y me tiró para afuera y sin paracaídas para caer a este fango, donde por principio eterno lucho contra mí mismo, y huifa rendija; zapatero eterno de zapatos de medias suelas gastadas, de zapatos de punta cuadrada, de zapatos de punta aguda, de zapatos de suelas gruesas, de zapatos de caña alta, de zapatos amarrados con correones, de zapatos heridos, de zapatos arrugados, de zapatos lustrados, de zapatos sucios y rotos en el costado. Se llamaba Antonia la mujer de mis deseos, mujer prohibida que me encendió la sangre con el olor de su piel morena, olor a limonero en flor, a naranjal lejano, piel de ambrosía, yegua desbocada, ojos de color negro que taladraban hasta el alma y sonrisa que se abría como rosa de damasco o como rosa lila, rosa negra, rosa de las zarzamoras y los suaves helechos, hembra de gran porte como las mismas palmeras, esbeltas y coronadas por el ramaje de mil contornos verdes, y si estoy aquí zapateando en el lodo es que estoy prisionero en la cárcel de Tagua Tagua, prisión de amor, prisión de pasión y de deseo. Porque cuando estiré las

manos para tocar su cuerpo me respondió la risotada cruel de ella misma, quien se alejaba corriendo por montañas y cerros, por el aire de los valles, dejándome enrabiado y adolorido y lleno de odio para siempre.

—¿Qué es lo que te está pasando?

Abrí los ojos; mirándome con extrañeza, la Felicianna me remecía con ganas.

—Con quién estarías soñando que tenís la piel erizada y das brincos en la cama y manoteas buscando a alguien que no soy yo.

La agarré por la cintura, la besé largamente, acaricié sus senos, la tomé de los tobillos, busqué la negra flor debajo de su cintura, sin dejarla hablar, entré en ella como un desesperado, ella levantando sus piernas de amazona las enredó en mi cuello y luego las dejó resbalar hasta mi cintura, las apretó con fuerza, sus manos me tomaron del cuello, rasguñaron en mis espaldas, se incrustaron sus tobillos en mi cuerpo como si fuera una serpiente, se enredó como sauce, haciendo de los dos cuerpos uno, y suspiró de tal suerte que perdí los sentidos y me elevé en posición y en goce tan tremendo, que no sé si fue más fuerte la realidad vivida que el ardor y la turbulencia de los sueños.

Por la mañana abrí el negocio y comencé a trabajar en zapatos blandos de mujer, arreglando con delicadeza el largo y puntiagudo taco, acariciándolo y tratando de adivinar el pie y la forma y color de los dedos de mujer preciosa que los calzaba. Tal era mi ansia y tal el tamaño del ardor o calentura, como decía la Felicianna.

—¿Qué pastos tomó usted, qué le dieron de beber que anda como un perro nuevo?

—Buenos días, maestro —dijo suavemente la más alta; aparte de ser hermosa, tenía acento chileno.

—¿Cómo le va, después de tanto tiempo? —dijo la más menuda con una sonrisa que me dejó inmóvil y boquiabierto.

—Nos gustaría sacarnos una foto con usted.

—Y por qué no, pues, señorita —y quitándome el delantal, me alisé el cabello, me puse la chaqueta y la bufanda al cuello.

Salimos a la puerta para que nos diera el sol, y abrazado con una y luego con la otra nos fotografiamos, dejando, como dijo la mayor con sonrisa picaresca, nuestras imágenes atrapadas para siempre.

Y, en efecto, por causa de esas fotos vinieron desde Rancagua los detectives a buscarme, ya que esas lindas damas de zapatos finos, tacón y punta de oros, tobillos adornados por correas finísimas, eran oriundas de San Francisco de Mostazal, y encontrándose de turistas en la República Federal Argentina, pasaron frente a mí una y otra vez y, según contaron después, reconocieron en mí al bandolero que la policía de todo un país buscaba desde hacía ya veinte años.

—Esto te pasa por gil —me dijo furiosa la Felicianana—. Por gil baboso y tentado. Y se me mandan cambiar las minitas de voz chillona y ojitos de mosca muerta, que si las veo de nuevo coqueteándole a mi hombre les saco cresta y media a las señoritas presentes. —Y trató de quitarle la máquina fotográfica a la mujer del vestido escotado, pero ella alcanzó a correr calle arriba gritando:

—¡Me quieren robar!... ¡Auxilio, me quieren robar!

Intervino la policía y detuvieron a la Felicianana en su afán de rescatar la fotografía.

—Es propiedad privada —le dijeron.

—Es mi propiedad —respondió ella—, este hombre lo traje yo y su imagen me pertenece, que me devuelvan lo que hay adentro de la máquina, porque la maquinita se la pueden meter por el culo.

—Señora, por Dios —le dijo el comisario—, si bien parte de la fotografía puede ser suya, las otras dos partes pertenecen al dueño de la máquina, tomando en cuenta que el rollo de la película fue adquirido en la tienda de don Carlos Valdivia, como explicita la factura o boleta que las damas trasandinas aquí acreditan.

Y fue así como días después aparecieron frente a mis ojos los zapatones embarrados, con el taco izquierdo gastado de un señor corpulento de ademanes lentos y voz fuerte y pausada.

LOS RATIS DESCALZOS

Esa mañana estaba terminando de coser la media suela de unos zapatitos rojos de tacón pequeño, que pertenecían a una jovencita estudiante de bailes españoles, cuando sentí sobre mí sus penetrantes miradas. Dejé sobre la mesa los zapatos, tomé la lezna y el martillo...

—Si se mueve le vuelo la cabeza.

Levanté la vista. Me saqué el delantal, lentamente me puse de pie.

—No se mueva, ya se lo dije..., al primer movimiento sospechoso...

Levanté una mano, llevándomela a los cabellos... Uno de ellos retrocedió asustado, calzaba zapatones

negros agrietados y sucios; eran cinco en total, el cuarto era hombre de mocasines totalmente inadecuados al lugar.

—Debe estar pasando frío —le dije. El hombre me miró asombrado—. No es lugar para zapatos rebajados.

El quinto caminaba con los pies hacia adentro, a juzgar por lo gastado de los tacos y porque tenía torcido el contrafuerte. Tenían cara de asustados, debía ser causa de mi gran estatura, pensé. El segundo de ellos llevaba bototos cafés, marrón oscuro; se llevó la mano a la sobaquera donde portaba una cuarenta y cinco.

—Buena pistola —dije.

El hombre se quedó paralizado; el de tacones gastados me apuntó con su revólver.

—No es necesario...

—Usted es el Torito...

—Aquí me conocen como el maestro Juan..., puede averiguar en el vecindario.

—Usted es Abraham y no Juan.

—¿Me permite?

—Ni se le ocurra; si intenta algo lo dejamos como un colador.

Ahora me apuntaban los cinco. Me dirigí al de los zapatos negros bien lustrados, que parecía el más tranquilo.

—Quiero pedirle un favor.

—Diga.

—No le cuenten nada a mi mujer. Permítame despedirme de ella, diciéndole que voy a salir unos días por un recado pendiente.

—Yo creo que usted tiene pendiente un encuentro con la muerte.

—¿Y por qué tanto, oiga?

—¿Le parece poco veinte años de fechorías, crímenes, asaltos, sin contar violaciones?

—Eso sí que no.

—No me interrumpa. La orden de detención es clara, vivo o muerto, y por algo será...

—Hace diecinueve que vivo aquí con mi familia.

—Eso se lo dirá usted al juez.

—Si es que me escucha...

—Eso es verdad.

—Entonces, ¿hay permiso para hablar con la señora?

—¿Qué seguridad tengo de que no se me va a escapar?

Lo miré un rato largo fijamente a los ojos, luego le miré los zapatos.

—Tiene rota la media suela; descalce y en unos minutos se lo arreglo, deben estar doliendo las plantas de los pies.

—¿Usted cree que es por eso?

—Sin ninguna duda.

Sentado en la silla de mimbre me pasó el zapato.

—Le di mi palabra de honor...

—¿Tiene honor un bandolero?

—¿Y lo tiene un policía?

—Está bien, arréglemelo rápido, pero no olvide que lo estamos vigilando.

—Bajen, entonces, las armas, porque puede aparecer en cualquier momento y ella no conoce nada de mi vida anterior... es por respeto a su amor y a las niñas... Hace veinte años que vivimos juntos...

—¿Veinte?

—Sí, señor, desde que vine de Chile, cruzando la cordillera. «Late el corazón contento» —canturrié, a pesar de la triste situación que vivía.

—En cuanto llegue a Chile lo van a despedazar —dijo, apuntándome directo a la cabeza.

—Baje el arma y no hable huevadas —le ordenó el jefe ahora descalzo.

—Páseme el otro zapato —le dije—, porque si le arreglo uno sólo va a andar cojeando y el camino a Chile es largo... —Sin decir palabra me entregó el zapato derecho—. Hasta donde yo entiendo —dije—, es verdad lo que dice el caballero. Yo, vivo, no le convengo a nadie.

—Déjeme bien nivelados los extremos —me respondió el hombre grande—, que del centro me preocuparé yo. Despídase tranquilo de su mujer, dígale que somos unos amigos chilenos que hemos pasado a saludarlo.

—Tendrán que cambiar de cara, porque si me siguen mirando así, nadie les va a creer que son mis amigos...

Se miraron entre ellos.

—¿A qué cara se refiere?

Les alargué un pequeño espejo que colgaba de la pared al lado de una estampa de la Virgen del Perpetuo Socorro.

El hombre de los contrafuertes gastados se miró en él haciendo un gesto de extrañeza, como si recién reconociera en ese rostro barbado, ojos capotudos, grandes ojeras, boca desdentada y gesto agrio.

—Tiene razón —dijo—, hemos cambiado mucho con el tiempo...

—Más de tres días sin dormir —dijo el de los tacones.

—Y sin comer —el de los mocasines.

—¿Quieren que les prepare un asadito?

—No estaría mal.

—Permítame entonces —y tomando mi bicicleta me dirigí hacia la puerta.

—¿Adónde va?

—Donde el compadre carnicero, porque yo por una larga historia detesto los asados...

—En ese caso... —y el hombre se quedó pensativo.

—Tiene razón, jefe —dijo el que quería matarme—, sin carne no hay asado y sin asado...

—Cállate, huevón, te prohíbo, me oíste, que abras nuevamente la boca...

—Permisito, entonces, jefe...

Y en silencio salí a la calle, monté en mi bicicleta y pedaleé tranquilo en dirección a la carnicería del pueblo. Había recorrido pocos metros cuando sentía el asedio de los cinco hombres que corrían detrás mío. Me detuve, se frenaron, mirándome.

—Hable.

—Así no sirve; si me siguen, todo el pueblo se va a dar cuenta que soy un prisionero.

Cruzó frente a nosotros un vecino que me saludó con afecto. Miré a los polis y llegué a la conclusión que era mejor terminar con el asunto.

—Oiga, don Ruperto —le dije—, ¿me podría hacer un favor?

—Lo que usted mande, maestro Juan —me respondió solícito.

—Llévese la bicicleta para mi casa y dígle a mi señora Felicianita que estaré ausente unos días, que voy y vuelvo.

Don Ruperto de los Santos Sacramentos me miró con un poco de sorpresa.

—Perdone, paisano... ¿y esos caballeros?

—Amigos... compatriotas...

—Su única patria es Santa Fe, maestro Juan. Si para algo me precisa somos dos...

—Lo que le pedí.

—Usted sabe que aquí tiene amigos.

Y miró uno a uno a los polis; así era este don Ruperto, hombre de fuerte contextura física, pasado recién la cincuentena, padre de doce hijos de diferentes señoras, las que vivían todas juntas con él en paz y armonía.

—Si lo están molestando, aquí tiene al pueblo... Ustedes, amigos, están en tierras argentinas, ¿me harían el favor de mostrarme sus papeles?

El jefe, que a todo esto permanecía descalzo, ya que con el enredo del asado no le había terminado de arreglar los zapatos, me echó una mirada interrogante.

—Es el comisario —expliqué—, parece que nos estamos metiendo en un lío, ¿tiene los papeles?

Se acercó y me dijo en voz baja:

—Entramos a la mala. Pero si el señor intenta detenernos se va armar la balacera...

—Como que me está tincando que algo anda chueco aquí —exclamó don Ruperto—, y cuando algo no me gusta, no me gusta. Usted nunca ha sido amigo de esta gente —afirmó—. Gente tan mal vestida y de aspecto patibulario... y me puede decir, señor, por qué anda descalzo por la calle y mostrando sin vergüenza los calcetines rotos; si por lo menos se cortara las uñas de los pies...

Y tenía razón don Ruperto; por la punta rota de los calcetines se asomaban los dedos de los pies del comisario chileno.

Por la acera del frente pasaron unas señoras que me saludaron muy atentas.

—Gracias, maestro, me dejó regio los botines, si cada día los siento más míos —y graciosamente nos mostró su pierna calzada de medias moradas y sus botines rojos.

—Gracias, señora Elmira.

Agrandó ella la sonrisa y mostró otro poco más de su pierna enfundada en medias de seda. Por la esquina apareció un gaucho montado en regio caballo, enjaezado con aperos de plata, estribos de hierro, montura de cueros finos, curtidos con firme delicadeza y maestría de siglos, vestido con chaqueta negra, sombrero del mismo color, pañuelo rojo al cielo y cinturón de piel donde brillaban incrustadas, a la luz de la mañana, innumerables monedas de plata.

—Basta una palabra suya...

—Escuche, don Ruperto —le respondí—, yo le agradezco el gesto... pero me quedo en lo que le dije...

Los polis chilenos estaban desconcertados con mi actitud; me acerqué al jefe de uñas largas.

—No soporto el olor a la sangre, ni quiero ver en mi vida nunca más la cara de un muerto.

—Con tal que no sea la suya...

—Si es la mía, no la veré —le contesté sin pensar lo que decía.

—Y tendrán que irse calmados los chilenitos —insistió don Ruperto, que era hombre de carácter e ideas fijas.

Había sido una de las primeras personas que le había compuesto unas regias botas de Chantilly cuando instalé el taller de zapatería Juan Díaz y Señora en la calle de la Independencia, número 49, en Santa Fe, República Argentina.

—Hágame el favor, don Ruperto, llévese la bicicleta y dígale a mi mujer que me espere tranquila. —Y pasándole la bicicleta miré al jefe—. Creo que entre más pronto, mejor... Olvidemos el asado, póngase los zapatos, que da lástima a pie pelado, y vámonos rumbeando, que la tirada es larga.

—¿Me permite?

—¿Qué cosa?

—Las esposas de reglamento.

—De ninguna manera. Aquí en el pueblo, no, ya ve la que se armaría.

El hombre calvo bajó la cabeza y comenzó a abrocharse la correa de los zapatones; se llevó las manos a la mejilla.

—Putá madre, justo me empezaron los dolores de muela...

—No es para menos, abróchese bien los cordones y pise con fuerza y luego me dice cómo los siente...

—Hay algo de usted que no puedo entender...

—¿Y qué sería?

—¿Por qué deja que lo llevemos detenido, teniendo tantos amigos aquí en la Argentina y, agregaría, si me lo permite, además nos está facilitando la tarea... ¿no será una emboscada?

—¿Emboscada?

—Sí, que apenas estemos solos cambie de caballero a fierá y, como buen maestro, nos cepille a todos. ¿Qué

seguridad tiene en volver, cuando al otro lado de esas cordilleras lo esperan para sentarlo con los ojos vendados frente a un pelotón de fusilamiento?

—No soy hombre que le tenga miedo a nada, gancho..., y si así ha de ser que sea..., pero tengo una esperanza. Así es que vámonos andando, que aquí la cosa se está poniendo fea.

Eché a andar a grandes zancadas, seguido por los acezantes y perplejos policías de civil, miembros, como lo habían acreditado en mi casa taller, de la policía de investigaciones. Institución diferente en todo caso a la policía rural de carabineros de Chile, quien al mando del teniente Ramírez me había perseguido durante los últimos y primeros años de mi vida.

En tren cruzamos las altas cordilleras, sentados en vagón de pasajeros, arrastrados por una máquina, que echando humo de carbón de piedra, bufando y acezando como toro del diablo, subió y se enredó entre las montañas.

EL PERRO AMIGO

En la frontera, digamos, en la raya misma nos esperaban dos periodistas y un técnico radial. Uno de ellos alto y extremadamente delgado, tanto así que parecía un alfil de cara rosada y grandes bigotes que semejaban alas; me miró amistosamente y se presentó muy formal.

—Mi nombre es Augusto Olivares y junto a mis compañeros lo estamos esperando con la intención de entrevistarlo...

—Mucho gusto, señor Olivares...

—Estamos transmitiendo para radio Cooperativa, en estos momentos nos escucha todo Chile.

—Como usted quiera.

—Muy amable, don Abraham.

Me dio risa cuando escuché el «don». El señor, de frente amplia, transmitía humanidad y se comportaba conmigo como si fuera un amigo de siempre.

—Amigos radioescuchas de todo el país, desde la frontera entre Chile y Argentina comenzamos esta entrevista exclusiva con el hombre más requerido por la justicia chilena en estos últimos años. El famoso y legendario Abraham Díaz, más conocido como el Torito.

—¿Cuáles son, señor, sus primeras palabras para Chile... para el pueblo chileno que lo escucha?

—Soy inocente —dije con voz fuerte para que se me escuchara en medio de los vientos—, y con su ayuda, señor, podré demostrarlo, si es que la justicia no es ni ciega ni sorda.

—De nuestra ayuda puede estar seguro.

—Porque, compatriotas, ¿cómo pude haber cometido tanto crimen que se me imputa cuando yo estaba ausente?

El técnico de la radio le hizo señas a don Augusto. Éste me alejó unos centímetros el micrófono.

—Se nos está saturando la transmisión, perrito.

Llegaron, entonces, bajándose de una camioneta, un grupo de reporteros gráficos.

—Una foto, Torito, por favor, para el *Vea*.

—Para *La Tercera*, Torito.

—Para los sucesos policiales... para la *Última Hora*... para *El Mercurio*.

—¿Puedo posar, comisario? —pregunté al que ahora era mi jefe.

Se acercó hacia mí, y mirándome suplicante me solicitó en voz baja:

—Pero antes permítame ponerle las esposas.

Lo miré extrañado.

—Por las fotos, ¿me entiende?, es por el prestigio de la institución. Si mis jefes lo ven sin las esposas me costaría el puesto. Ya ve, un favorcito no más, don Abraham, los cinco somos gente de familia.

—El de mocasines también...

También, asintió el jefazo, que ahora caminaba seguro con los tacos bien nivelados de los zapatones de reglamento.

—Se las voy a colocar flojitas.

Me hizo un guiño de ojos, nada más para cumplir con el reglamento. Asentí. Miró a su ayudante, quien le pasó el par de esposas.

—Pero antes arréglese bien el sombrero y échese la bufanda blanca al cuello —y me pasó el pequeño espejo.

Me molestaron las esposas. En el momento que se cerraron en mis manos sentí como si fuera otro. Los fotógrafos gritaban: «Levante las manos, Torito, muéstrele a los chilenos cómo lo traen esposado y cómo de seguro lo golpearon en el paso de las cordilleras, diga que lo patearon en el Paso de las Lágrimas, que le agarraron los cocos en el Paso de las Ánimas, que aprovechándose que lo tenían esposado, le partieron la boca en el Paso Infiernillo, en el Paso del Tormento, en el de los pesares, en el de sufrimientos, en los peñascos. Del peregrino, en la negrura del alma, en el camino de los

hambrientos, de los congelados, de los bandidos, de los perseguidos, en el trecho de los inocentes...»

Levanté los brazos y estiré las manos e intenté sonreír azorado por tamaña gritería. Me fotografiaron una y otra vez. Turnándose entre ellos para posar también al lado mío.

—Para el recuerdo, Torito. Para que mis niños crean. Para que mis nietos vean a dónde llegó su abuelito...

Y para mi gran sorpresa, abriéndose paso entre los reporteros, avanzaron ceremoniosamente hacia mí los cinco policías, y poniéndose a mi lado exigieron a los fotógrafos que nos inmortalizaran en una imagen que se publicó luego en todos los periódicos. Serios y mal agestados y yo sonriendo entre ellos, ya que al fin de cuentas y a estas alturas éramos más que amigos, casi hermanos.

—Nunca me hubiera imaginado, amigo Augusto, que fuera a armar tanto alboroto.

Don Augusto me sonrió detrás de su inmensos bigotes y divisé sus ojos detrás de sus gruesos anteojos de vidrios verdes.

—Dígame perro —me dijo—, que así me llaman los amigos.

A pesar de las esposas le estreché la amplia mano y sentí a través de ella la calidez de su fuerza y el temple de un amigo verdadero.

—A través de la radio llevaremos su voz a todo Chile, especialmente a Rancagua, contando la verdad de su historia...

—Gracias, señor.

—Dígame perro, que entre animales nos entendemos...

Nublado y gris estaba el cielo, cuando en destartada camioneta arribamos a Rancagua. De pronto las calles comenzaron a llenarse de gente, que en gran multitud corría detrás del vehículo oficial y aleteaba las manos alborozadas.

—Salúdelos —me dijo el comisario, abriendo las ventanas del vehículo—. Mire cómo lo quiere la gente, don Abraham...

Cuando bajamos me alzaron en hombros, y como si fuera un héroe, hombres y mujeres repetían mi nombre.

—Torito... Torito... campeón, campeón...

—Se imagina la cara que van a poner los carabineros cuando se enteren que quienes lo apresamos no fueron ellos, sino los eficientes detectives de investigaciones.

Fue lo último que le alcancé a escuchar a mi amigo José de las Mercedes, que así se llamaba el inspector jefe a quien gracias a Dios le había arreglado los zapatos para que caminara bien y derecho por esta puta vida.

Era un milagro lo que había hecho ese periodista con un micrófono en la mano; recordé en medio de la multitud, que me zarandeaba como si fuera un jugador de fútbol o cosas parecidas, al perrito de grandes anteojos, que dejaban ver, a pesar de su risa contagiosa, unos ojos que transmitían la tristeza.

—Peón come caballo y amenaza alfil blanco...

—¡Coño!

El del coño era Carvajal, que hacía horas me escuchaba tendido en el camastro del patio número ocho de la cárcel de Rancagua.

Comenzó nuevamente a llover, esta vez suavemente, sin rencor ni dolores.

En hombros de la gente, pasé frente a la estatua del Libertador O'Higgins, que se levanta en medio de la plaza de Rancagua, jinete en caballo de mármol, espada al aire, desenvainada. Saltando las trincheras por sobre el cadáver de un soldado enemigo que, allá abajo, caído en el polvo del camino, intenta en vano detener su destino hacia la gloria gritando sin clamor desde lo más profundo del mármol esculpido: «O vivir con honor o morir con gloria», es lo que dicen que dijo. Eso mismo repetí yo.

O VIVIR CON HONOR O MORIR CON GLORIA, MIERDA...

—Eso es, Torito —rugía la multitud—, eso es de hombre y chileno, carajo, que aquí nadie se rinde, menos un rancagüino, que aquí somos héroes, ciudadanos de las mil veces tierra heroica del libertador.

—Y si no hemos vivido con gloria, por lo menos me emborracho con honor —gritó un viejo desdentado alzando una botella de vino tinto.

Yo, siguiendo el ejemplo del padre de esta triste patria mía, levanté las manos esposadas y saludé a la multitud que me llevaba en andas en dirección al Juzgado del Crimen de la afamada ciudad, que con los años había crecido en aridez, y en edificios grises y sin gracia. Y de un repente, alguien comenzó a entonar la canción nacional:

—Puro Chile es tu cielo azulado, puras brisas te cruzan también.

Y eso sí era la única verdad, ya que el cielo —como dije antes— estaba nublado y pronto comenzó a azotarnos una garuga fina y persistente.

—Y tus campos de flores bordadas, Y ese mar que te baña y el futuro esplendooooor...

Y de nuevo el mar y el esplendor... y pensé en la Feliciano y mis niñas, tan lejos ahora de mí, de cómo se pondrían orgullosas, pensé, de tener un esposo y un padre tan famoso... Pero, claro, más de una vez le había escuchado decir al curita de Santa Fe que uno puede tener todo en esta vida... «y el asilo contra la opresión». Opresión la mía, ya que la gente se colgaba de mi chaqueta, me arrancaba los botones de la camisa, intentaban tocarme como fuera, y yo sonriendo a duras penas y murmurando contra los policías, que habían desaparecido entregándome a ese amor estrujante de una turba sin freno, ni concierto, en la que creí conocer un rostro, entre todos, una mano que se acercaba, que más semejaba garra, unos ojos lentos que se alzaban y desaparecieron entre la gente, ojos de ave de rapina, ojos de mentiroso, ojos de hombre carcomido por la envidia, una boca semi abierta que de repente desapareció para siempre. Respiré con alivio, de acuerdo a las circunstancias.

—¿Dónde mierda se habrá metido el jefe y los policías?

Rezongué mirando a todas partes y entonces la vi correr hacia mí, en medio de la muchedumbre que le impedía el paso, y cómo no reconocer entre todos su cabello pelirrojo, la hechura generosa de su cuerpo, sus ojos inmensos y sus labios repitiendo un nombre, que no se escuchaba por el rugir de tantas personas que por-

tándome en andas trotaban conmigo por las calles embanderadas del pueblo.

—Mi hermana Guillermina —grité emocionado—, mi Guillermina.

Ella se me perdía, desaparecía, aplastada por la gente.

—Déjeme —grité—, déjeme, suélteme, que quiero abrazar a mi hermana Guillermina, que es la única persona de este mundo a quien quiero de verdad. —Y me di cuenta entonces que ella era en definitiva la razón de mi regreso.

EL TENIENTE

LA TARDE EN QUE BAILABA EL SOL,
30 AÑOS ANTES DEL PRESENTE

¿Dónde estará la Guillermina?, me preguntaba en la madrugada de aquel infausto día, y recordé la tarde en que la conocí hacía ya tantos y tantos años.

Iba yo vestido de civil con camisa de seda floreada, pantalón claro, suspensores y calzando mocasines de color café. Algo mágico tenía la tarde, el viento sur me azotaba la cara y me llenaba de júbilo, cada cierto tiempo echaba la cabeza hacia atrás y sonreía mirando las gaviotas, que cruzan el cielo hasta posarse en lo alto de una araucaria coronada a veinte metros del suelo. Sobre sus ramas, nidos y palomas.

Quizás era el presentimiento del encuentro. Cerca del río, envuelta en el transparente polvo de la tarde, la divisé avanzando hacia mí como si fuera una aparición. Era la hora en la que el sol baila en el aire. Todo desaparecía frente a su resplandor. Me quedé mudo, mirándola extasiado. Tal era la belleza de sus ojos, la gracia de su porte y el resplandor rojizo de su larga cabellera ensor-

tijada, las rodillas perfectas, temblorosos los labios, y una tierna sonrisa buscada a través de toda una vida.

—Buenas tardes —musité nervioso.

Ella dijo una palabra, pero yo no la escuché. Bajó la cabeza y nos quedamos mirando la tierra seca, enredados en los remolinos de viento que envolvía la tarde, llevándonos hasta unos cerros, hasta la cumbre de una cascada, hasta la orilla de los ríos. Tomé una de sus manos; al principio intentó retirarla, pero cedió y la dejó reposar entre las mías. Le acaricié el cabello rojo como el cobre cincelado y como si fuera otro la besé dulcemente en su enjundiosa boca. Nos dijimos nuestros nombres. Me contó que vivía con sus padres y sus hermanos en el valle de Agua Santa.

—¿Y usted?

—Yo vengo del sur de Chile, Toltén. Soy de los bosques de la Araucanía.

Un ramalazo de noche lunar le acarició el rostro y la hizo aún más bella y perfecta. Creí que iba a enloquecer.

—La he buscado tanto..., usted está hecha a la medida de mis manos, a la medida exacta de mi cuerpo.

—Yo no lo conozco y es la hora de irme.

—Permítame acompañarla.

Pero antes, repentino y sin poder contenerme, di unas vueltas en el aire como escarbando en el viento, como arañando la tierra, y junté mi cuerpo al de ella. El aire nos amarró con cuerdas invisibles y fuimos un solo cuerpo, descubriendo juntos con dolor dulce y alargado la sensación destinada a los elegidos del amor.

—¿Qué huevadas está escribiendo, aspirante? —me interrogó el teniente mayor, arrebatándome el cuaderno de mis manos.

—Cosas mías —le contesté.

—Aquí en Carabineros de Chile no se permiten tonterías —me respondió—. Y si espera llegar a oficial, mejor rompa usted mismo ese cuaderno lleno de mariconerías.

—No puedo, mi teniente —le contesté—. Ahí estoy escribiendo todo lo que siento, es parte de mi vida.

—Usted no va a llegar lejos, aspirante, tiene ojos de fracasado. Voy a proceder a romper esta huevada.

—Podrá romper el cuaderno —contesté—, pero los sueños y sentimientos que llevo aquí —y me señalé el corazón—, jamás.

—Tres días de arresto por desacato.

—A su orden, mi teniente. —Me levanté, y chocando los talones me dirigí yo mismo al calabozo—. Entre más oscuro, mejor —susurré al pasar frente a mi superior.

—¿Se puede saber por qué, aspirante?

—Porque en la oscuridad aspiro con más fuerza su olor y veo con mayor fuerza el brillo de sus ojos, mi teniente.

—Lo seguro es que usted no llega a capitán —me golpeó su sentencia treinta años más tarde.

EL DÍA D DE MI TENIENTE

Serían como las seis de la mañana y me encontraba en lamentable estado, reponiendo el cuerpo después de una noche azarosa, de borracheras oscuras y de borrascas de memorias, retazos que como velas rotas de barcos cuelgan entre los arbustos de los ríos. Sentí urgida la voz del sargento de guardia.

—Mi teniente... Mi teniente...

—Dígame, sargento...

—Lo llaman por el teléfono negro.

—Aquí en esta comisaría de mierda el único teléfono es negro.

—Es urgente.

—¿No ve que estoy sentado en el excusado y ejecutando acciones personales, propias a mi requetepropio cuerpo?

—Es que la llamada es de mi comandante.

—¿Del comandante y prefecto general de Rancagua?

—No, de Santiago, de la Dirección Central. ¿Le digo que está cagando?

—Pero cómo se le ocurre, sargento, por la cresta. Y salí a la carrera del excusado, sujetándome como pude los pantalones. Llegué hasta el maldito teléfono y me cuadré chocando los talones.

—A su orden, mi comandante en jefe.

—¿Escuchó la radio? —La voz era dura y metálica.

—¿Qué radio?

—La radio, pues, hombre, los noticiarios, las...

—Nosotros no tenemos radio en esta comisaría, mi comandante.

—Más vale que consiga una y rápido y escuche lo que está ocurriendo, ¿cuál es su nombre?

—Teniente Ramírez.

—Más vale que le vaya agregando la erre.

—¿La erre?

—Sí, la de retiro —y sonó seco el golpe de teléfono del otro lado de la línea.

El sargento apareció en la puerta con una pequeña radio en la mano.

—Me conseguí esta radio, mi teniente, pero no funciona.

Sonó nuevamente el teléfono.

—¡Carajo!

—Cómo dijo.

—No dije nada, me estoy sujetando los pantalones.

—Eso, eso, sujéteselos con alambre.

Traté de subírmelos como pude.

—Nos cagaron.

—O sea lo cagaron, dése por informado de inmediato...

Me miré con tristeza, imagínenme ustedes; con una mano sujetándome los pantalones y en la otra mano el teléfono negro, y frente a mí en el dintel de la puerta tres o cuatro carabineros soñolientos que me miraban sin entender nada.

—Al primero que se ría lo mato —grité furioso.

El cuarto de la guardia olía inmisericordemente a mierda.

—Lo que digo, lo cagaron. Los ratis de civil apresaron al Torito.

—Qué... qué está diciendo —y ahí sí que se me cayeron los pantalones de servicio.

—Afirmativo. Lo que oye; lo agarraron en la Argentina, lo trajeron pacíficamente por la cordillera y en este momento está en la frontera dando una entrevista por radio.

Miré al carabinero que tenía enfrente y que comenzaba a sonreírse, agarré el revólver que estaba sobre el escritorio y se lo puse en la frente.

—Te lo advertí, huevón.

—Cómo que huevón. Todavía soy su superior en jefe, teniente.

—No, si no lo digo por usted, mi comandante.

El carabinero retrocedió y salió a la carrera de la comisaría, donde, todo cagado y con los pantalones en el suelo, aún yo mandaba, carajo.

—Entenderá usted que esta situación deja al cuerpo muy mal parado. Es decir, a usted, teniente, que insistió durante veinte años que el Torito era el responsable de todos los crímenes de la región, en circunstancias que él dice que estaba en Argentina. Escuche la radio y coloque el teléfono cerca del receptor.

—Al menos eso supuse que ocurría en el Santiago remoto y amenazante.

—Y quién ha de ser ahora el responsable de tanto prisionero, de tantos robos, muertes sin aclarar...

—Eso es mentira. Nunca se ha movido de Chile.

—Él dice lo contrario, y al parecer todo el mundo le cree.

En ese momento entró el carabinero al cual casi mato de pura rabia y quien, sin embargo, traía en sus manos un receptor de baquelita café, y lo conectó al único enchufe que existía en esta pobre comisaría, desconectando la lámpara, dejándonos casi a oscuras, lo que por lo menos me ayudaba a ocultar parte de mis vergüenzas.

—«Doy gracias al cielo y a Dios Todopoderoso de estar nuevamente en mi patria. Y estoy seguro, señor Olivares, que probaré mi inocencia. Ahora soy un hombre bueno, trabajador y padre de familia. Y estoy decidido a demostrar que he sido víctima de calumnias y mentiras sin fin.»

—Es un impostor —grité—, ése no puede ser el mismo, habla como argentino —exclamé triunfante, y me senté en mi propia mierda.

—Lógico —me respondió el teléfono negro—; si pasó veinte años en Cuyo, ¿cómo esperaba el señor teniente que el hombre hablara?

—De dónde saca tanta palabra, ¿cuándo, dígame usted, habla así un chileno sin ser político ni diputado, intendente, obispo o receptor judicial?

—¿Esperaba acaso que hablara como palmillano, nancagüino, chepicano, con el acento de Doñihue, de Rengo de Talcarehua?

Nunca fue tan fugaz la gloria; dejé caer el fono y escuché remotas y lejanas las palabras del comisario.

—Es necesario en trance como éste sacrificarse por la institución. Debe usted en consecuencia aceptar su responsabilidad, y etcétera, etcétera.

—Yo recibía órdenes.

Y el teléfono colgando del escritorio:

—Eso no lo probará nunca. Mejor presente su renuncia antes que sea degradado y destituido en consecuencia.

—Jamás. O vivir con honor o morir con gloria —y alcé los brazos al cielo.

—No diga huevadas, piense en la jubilación, retiro y montepío para la viuda.

—¿Qué viuda?

—Qué sé yo —alegó el teléfono—, siempre un carabinero deja una viuda. Espero su renuncia.

—Jamás, jamás de los jamases... —y me paseaba con los pantalones abajo frente a la cara de estupefacción de mis subalternos.

—Usted sabrá.

Y sentí como un disparo en la sien, el clic que indicaba el corte de la llamada. Después fue el silencio. Miré el teléfono; un tubo negro mudo, sin respiración ni aliento; esperé que sonara nuevamente y que me dijeran que todo era una broma de colegas policías. Agazapados junto a la puerta se apiñaban los carabineros y algunos vecinos escuchando la radio.

Me miré a mí mismo sentado en un banquillo con los pantalones a media pierna. Intenté ponerme de pie y dirigirme hacia el baño, pero antes estiré la mano y rompí el cordón del teléfono y lancé el tubo contra los polis y vecinos.

—Ahí tienen, para que escuchen más y mejor, gentes de mierda.

Los pantalones se me enredaron en las piernas, caí de frente sobre las duras baldosas de la comisaría.

—Mierda, mierda es la que tiene usted por todo el cuerpo, teniente.

Y sobre el insulto anónimo y cobarde la voz del desgraciado:

—«Agradezco a los señores periodistas, al diario *El Rancagüino*, a la *Tercera de la Hora*, a las *Últimas Noticias* y en especial al señor Olivares y al señor Adolfo Jankelevich, quienes me han dado la oportunidad de dirigirme al país y en forma especial a la gente de San Vicente de Tagua Tagua. A los habitantes de la cien veces heroica ciudad de Rancagua y un saludo a mi hermana Guillermina por si me está escuchando.»

Me arrastré por el cemento, llegué hasta mi cuarto, sentí en mis mejillas las lágrimas de humillación. Abrí el cajón del velador, tomé el revólver de reglamento, le

descerrajé el seguro y me llevé el cañón lentamente hacia la sien.

El resplandor y la oscuridad.

TENIENTE (R), JUICIO Y SENTENCIA

Dado por finalizado el juicio, el juez señor Opelio de las Mercedes dictó sentencia dejando en libertad incondicional al tal Abraham Díaz Díaz o Juan Ríos López. José del Carmen González, mejor conocido como el Torito, alegando en escritos y documentos múltiples que sólo hacían confundir el juicio de personas, que como yo creen que las cosas son de una sola y única manera y no como afirman los eternos disociadores, que existen varias formas de interpretar la conducta y situaciones humanas; el absoluto convencimiento de estas creencias me llevó a hacerme policía, ya que la justicia es ciega, la ley es su espada y a la policía sólo cabe ejecutarla con rigor y fuerza, correspondiendo en consecuencia a jueces letrados y hombres de leyes dictarla, y a viriles policías, gentes de orden, terciado y uniforme cumplirla, acatarla y hacerla respetar sin dilación ni discusión alguna.

—Alegó usía que el infractor había sido injustamente inculcado de crímenes que se cometieron en su ausencia, ya que era cosa juzgada, que mientras nuestra tierra era arrasada por la impunidad y el crimen, él ejercía, como ya se ha dicho, de zapatero remendón en la República Argentina, y que en cualquier caso quedaba pendiente de aclarar la gran incógnita. Si él estaba ausente, entonces, quién o quiénes cometieron los atro-

pellos que hacen palidecer la conciencia humana. Y las fechorías, los asaltos de fundos y de haciendas, los apuñalados, los incendios de campos de trigos, los robos de urnas electorales, los robos de ganado, las desapariciones de gallinas, bueyes y caballos, los asesinados, los degollados, los torturados, las mujeres violadas, los hombres deshonrados, los estafados, los engañados, los perdedores, los pobres y los ricos. El país deshonrado y amenazado, viviendo en el miedo y en el terror permanente, en el pavor de los niños que cuando se corre la voz por los caminos de que viene el Torito se esconden en los desvanes, debajo de las camas, los maridos cierran las puertas y las mujeres tiemblan de emoción encerradas en los rincones umbrosos, donde rumian deseos insatisfechos, se tocan entre las piernas y se buscan el sexo cerrando los ojos, pensando en el arma del bandolero deseado. ¿Quién asesinó, degolló, violó, robó, rompió puertas y ventanas, desgajó ojos, rebanó enaguas, disparó a mansalva, pobló estas tierras de huérfanos, de mujeres sin maridos, de madres que aún recorren los poblados y aldeas buscando el lugar donde estén enterrados sus muertos, hijos, esposos desaparecidos en esta búsqueda, cacería de la ausencia...? ¿quién?, ¿quiénes?... Tanta pregunta llevaba a una sola respuesta, nadie.

¡Todos!

Las acciones manifiestas de quienes amparados en la sombra del bandido ejecutaron impunes sus sombrías venganzas. Las pacíficas gentes de caserío y aldeas perdidas que una noche sacaron sus relucientes cuchillas y ejecutaron a sus víctimas, sin dejar rastros ni huellas, los que se ampararon en las sombras del ausente y dispararon sus chocos y carabinas recortadas.

Los perseguidores y los perseguidos; usted y yo, los de allá y los de acullá, los jefes y los subalternos, los patipelados y los de alpargatas, los de zapatones y los de bototos, los negros y los blancos, las señoras y las putas, los jueces y los policías, los matarifes y los abogados, los contadores públicos y los alcaldes, los hacendados y los peones, los de ojos legañosos y los de ojos brillantes, las bellas muchachas de la primavera y las que, ocultas en los rincones, esperan en cucullas que llegue uno y las tumben junto a los fogones y desahogue el cuerpo bajándose rápido los pantalones, mientras ellas relinchan como yeguas en celo; levantando sus piernas al aire y diciéndole a uno métamelo no más mijito, mi sargento, mi teniente, mi paquito rico, mientras a espaldas de uno degüellan animales, llevándoselos enteros, dejando tirados en el campo los cueros y cabezas, de modo tal, que una mañana después de pasar de bruja en bruja, que se apiñaban riéndose en cucullas mostrando el sexo velludo con las polleras arremangadas, me encontré con el espectáculo de cientos de cueros y cabezas sangrantes y tripas al aire, cubriendo un extenso campo verde sembrado de alfalfa, y cayendo en picada desde el cielo nublado, los negros pajarracos de rapiña clavando sus picos en las arrasadas entrañas, pegadas a los sanguinolentos cueros de vacas y bueyes de color rojo oscuro, blancos con negro de la famosa raza holandesa Hol-tén... convirtiéndose el lugar en sitio irrespirable por el olor despedido de tanto y tanto animal muerto.

Una vez que el juez dictó sentencia, la multitud explotó en aplausos y vítores que hirieron mis oídos y dañaron profundamente mis sentimientos de patriota y de chileno, de hombre de armas, defensor del orden y

la ley. El Torito fue levantado en andas y llevado entre la muchedumbre como si fuera Dios y emperador de fútbol. Apreté las mandíbulas hasta provocarme un dolor intenso. Sentí palpar mis sienes, todo mi entorno se convirtió en morado, los árboles en color rojizo, de color sangre los edificios del Juzgado, las escalinatas donde sentado en regio sillón de terciopelo sonreía el juez señor Opelio, gozando como era su costumbre de lo enredado de las circunstancias, del vuelco de los roles, como diría un sabio del Caribe, «lo de arriba abajo, lo de abajo arriba, el búho al medio día, confusión de formas, alteración de los sentidos».

JAQUE MATE

A la salida del restaurante donde el juez se había presentado apoyado en dorado bastón y acompañado por su hermosa señora, alta y delgada como una palmera coronada, semejante a una estatua de mármol, o mejor dicho a una diosa, a pesar —eso poco importa— de su edad, la muchedumbre levantó banderas chilenas, palmas y ramas de olivos. Debo agregar, para mejor comprensión del momento reseñado, que era día domingo de ramos, razón por la cual las personas que asistían a la misa de las tres horas se habían sumado a la fiesta popular, fiesta de la libertad y la justicia, como la bautizaron periodistas y poetas, amigos como es sabido de todo lo que sea marginal, extraño, poco natural, reglas, normas establecidas. Tanto era su entusiasmo que los tres curas de las tres horas, tomando en cuenta el suceso callejero, se habían saltado dos de las doce

estaciones del calvario de Nuestro Señor Jesucristo para también asistir a la asunción del Torito a la galería de los héroes de la patria.

Cuando la comitiva oficial, terminado el banquete, salió a la calle a despedir al Torito, quien deseaba partir rápidamente a la Argentina a unirse a su mujer y familia, nosotros los de la mesa del pellejo, mesa que había crecido durante el almuerzo hasta alcanzar la calle, también nos levantamos y botando sillas, altos de platos abandonados, arrollados de cerdo, patitas de chanco, purés de papas picadas, chunchules arvejados, presas dispersas de pollos, aceitunas, quesos fiambres a medio consumir, los papeles amarillentos donde cada uno había escrito lo que el sordo tartamudo les contaba, interpretando, para mi entendimiento, cada uno a su antojo y necesidad lo que adentro se hablaba y proclamaba en encendidos discursos de autoridades y políticos que no pierden ocasión para buscar el voto popular. Al salir a la calle nos dimos cuenta que durante esa hora había caído una suave garúa por sobre la ciudad, de modo que los árboles y las flores de la plaza estaban perlados por gotas de lluvia transparente, la tierra morada, el cielo abriéndose y cerrándose según el correr del viento, y entre la muchedumbre ella, que corría con la cabeza al viento en busca del Torito. Abrí y cerré los ojos, no podía creerlo; impelido por una fuerza superior a mi congestionada razón, llevé casi por costumbre la mano a mi colt de reglamento, que todavía guardaba a pesar de mi retiro forzado ese mismo día de las filas de la institución, a la que había servido lealmente durante treinta años de mi vida, y desenfundándolo de la cartuchera de cuero café que tanto amaba, apunté hacia el

malhechor, que bufanda blanca al cuello, sombrero a los ojos, terno azul cruzado a rayas blancas, solapa ancha de caballero, sonreía saludando con las manos en alto a la muchedumbre que lo vitoreaba; cerrando los ojos y sin pensar apreté el gatillo una y otra vez; lo que ocurrió después, amigos que me escuchan, fue cosa de sortilegio, magia negra, mal de ojo, mal destino, mala suerte, mala pata, mala cueva, mal de males.

Al abrir los ojos vi alucinado cómo mi paloma amada, la perfecta mía, su roja cabellera al desgaire, la curva de sus caderas turbulentas, sus piernas airoas, sus tobillos labrados, sus ojos inmensamente verdes, devastadores, cubriendo la inmensidad de su rostro, en fin, su cuerpo entero atravesado por mis propios disparos, al mismo tiempo que el transgresor de la ley, persona más odiada en este mundo, más que a los que disparé a mansalva creyendo que era él, mucho más que a los que mandé fusilar, más que a los que ahorqué, degollé con mi corvo de servicio, más que a los que dejé ciegos o castrados de torturas, a los que les corté las manos, a los que enterré en lugares remotos para que nunca nadie los encontrara. Corrí entre ellos, abriéndome paso en el gentío inmóvil y paralizado por el miedo. Fui hacia ella desesperado, maldiciendo mi mala suerte, odiándome a mí mismo, apuntando a todo el mundo inútilmente porque en mi furia anterior había agotado las balas del revólver y ahora gatillaba en el vacío, reconociendo en ella a la única mujer que había amado desde mi adolescencia y cuya imagen me perseguía en sueños durante todos los años de mi vida. Cuando llegué hasta ella, rodilla en tierra la sostenía entre sus brazos el afamado malhechor.

—Hermanita —musitaba—, mi Guillermina...

—Mía —repliqué yo.

—Es mi hermana —dijo él mirándome con sereno desprecio, que hizo más profundo aún mi dolor; sin embargo, suspiré con alivio, ya que no había sido su amante como en mi supremo egoísmo me había imaginado.

—¿Su hermana? —y le tomé una de sus manos, dejando caer la pistola en el asfalto.

—No soy tu hermana, Abraham...

—Cómo dice...

—Soy tu madre, y este hombre —dijo mostrándome a mí, que le besaba la mano, repitiendo «Perdóname, amor, perdóname»— es tu padre...

La plaza enmudeció. Los dos nos miramos fiera y largamente, reconocí en él la tristeza de mi mirada, el espesor de la frente, la ruda estructura de las manos, el lunar junto a la nariz, la caída del labio inferior, y sobre todo los ojos que me taladraban, penetrándome hasta el alma.

—Tuve que ocultar que era tu madre, ya que no era bueno en esos tiempos ser madre soltera, mi pequeño Abraham... mi niño...

—¿Y por qué no me dijiste que era mi hijo? —pregunté angustiado.

—Usted siempre tuvo otra historia —replicó ella—; cuando lo conocí era un joven oficial generoso y bueno. Luego, cuando regresó al pueblo de teniente coronel, lo había cambiado el uniforme; era cruel y malo y no merecía mi amor ni el amor de su hijo... —Enmudeció, contraído el cuerpo, mi amor se desangraba, miré hacia las escalinatas del Juzgado, alguien me pasó un pañuelo,

busqué su pecho agujereado por mis balas, era inútil, escuché la voz del juez que sentenciaba:

—Condénese de por vida al teniente coronel (R), señor Ramírez, a la soledad, delirio, desprecio de quienes se enteren de esta infausta historia en la que como consecuencia de su egoísmo, egolatría y soberbia lo llevaron a perseguir a su propio hijo, convirtiéndose en el feroz cazador de la ausencia y a herir de muerte a la mujer amada.

Me tomaron cinco policías que saludaron al Torito como si lo conocieran de antes, el que parecía y era el jefe me colocó las esposas en las muñecas agrietadas, y tomándome de los brazos me empujaron hacia una gris camioneta cruzada de barrotes. Miré a mi hijo, él bajó la vista.

—Tiene la suela de los zapatos rota —me dijo.

Era verdad... la policía me llevó entre rejas. Desde la ventanilla del vehículo policial vi cómo el juez tomaba del brazo al Torito, y llevándole hasta su silla de juez le suplicaba con voz suave y cansada:

—Y ahora, Torito, hijo, para terminar esta larga jornada, cuéntame por favor una vez más la historia de mi tocayo Opelio y de la diosa que se bañaba desnuda a la luz de la luna.

—Avanza peón blanco.

—Jaque mate al rey...

Los pasillos de la cárcel de Rancagua se extienden en las sombras de la noche, en los dormitorios, sumidos en las literas se confunden los sueños de malhechores asesinos y gendarmes; vigilados y vigilantes esperan con los ojos abiertos de los náufragos y alucinados que llegue pronto la luz de la amanecida.

Desparramando las piezas del ajedrez semejan los restos de un universo disperso y abandonado, las hojas amarillas que contenían el relato se confunden con las hojas ocre del otoño que comienza.

Sobre Rancagua comienza a caer nuevamente la lluvia. Es la primera noche del invierno que se inicia en este año temprano.

Con los pies hundidos en el fango de mi celda espero que se abra el párpado cerrado del demonio y en un súbito parpadeo consuma el agua que nuevamente ha cubierto el valle, hasta las altas copas de los árboles y los faldeos de los cerros.

¿Acaso no está la cárcel de Rancagua asentada en el mismo sitio del antiguo lago de Tagua Tagua, lugar poblado de mastodontes, reptiles, aves acuáticas, dinosaurios y demonios?

EL TORITO

Querido compadre, padre, Carvajal, Advani, Mustafá, donde quiera que se encuentre...

Cruzo ahora sonriendo la cordillera.

Sé que en mi casa me espera la Serafina; cuando entre no me va a mirar sino de reajo, seguirá haciendo sus quehaceres, yo me anudaré a la cintura mi delantal de zapatero remendón y comenzaré a componer los rojos zapatos de una bailarina, imaginando tener entre mis manos sus piernas, sus rodillas, y suavizaré su piel como si acariciara entre mis manos sus delicados dedos.

Miro la blancura deslumbrante de la nieve, azul, azul blanco en el blanco, y siento el calor de una luz refulgente que cae y ciñe mis sienes como si una corona de fuego me envolviera.

Peón blanco, corona.

—Jaque mate, rey negro.

Muchos años después, caminando en la lejana ciudad de Jaramilla de Cáceres, en la región de Extremadura, un niño de ochenta años, de nombre Gonzalo y apellido Rojas, me dijo con pícaros ojos y sonrisa luciferina: «La vida es la búsqueda del padre, que es uno mismo.» Me miró fijamente y luego se alejó impulsado por un feroz viento del sur, que me arrebató el manuscrito de las manos, esparciendo sus hojas por el aire como si fueran volantines de colores.

San Elías-Palmilla, 1998.

ÍNDICE

- 11 EL TORITO
- 12 EL TENIENTE
- 12 EL PAGO DE CHILE
- 16 CUENTOS Y VOCERÍOS EN EL CHILENITO
 DE RANCAGUA
- 19 EL TORITO
- 19 ABRAHAM
- 21 EL NIÑO DE OJOS TRANSPARENTES
- 25 ORO PURITO, ORO DE LEY
- 29 DON NAZARIO Y LA JAULA DE BAMBÚ
- 33 EL IMBUNCHE
- 40 UN PAISANO EN ARMAS
- 45 UNA SAGRADA FAMILIA
- 48 LA CASA DEL FAROL ROJO
- 51 DIOS ES GRANDE Y MAHOMA SU PROFETA
- 56 AMAPOLA, DULCÍSIMA AMAPOLA
- 60 EN EL TREN DE LA AUSENCIA ME VOY...
- 67 OPELIO, OPELIO MÍO...
- 71 ¿DIOS O DIOSA?
- 75 EL TENIENTE
- 75 Y LA SEÑORA EMILIA TOMA LA PALABRA...
- 78 EL TORITO
- 78 LOS MOVIMIENTOS DEL CABALLO
- 80 LOS SUAVES TOBILLOS DE LA NIÑA ISABEL

84	MARINERO DE AGUA DULCE
92	LA LUZ DE LOS PITILLOS
99	EL TENIENTE
99	ACLARACIÓN DEL TENIENTE
99	ELLA...
104	EL DIABLO Y LA VIRGEN EN LOS CAMINOS DE LA CALERA
105	EL TORITO Y LA VIRGEN DEL CARMEN
108	EL TENIENTE
109	EL TORITO
110	LOS TANQUES DE ABRIL
115	EL TORITO Y SU COMPADRE CARVAJAL
116	TRES POR UNO
120	EL ALMA NEGRA
120	PERSIGUIENDO DESIERTOS
126	MUERTOS SÍ, PERO JAMÁS RENDIDOS
130	¿UN TECITO, JOVEN?
133	LA FUGA
136	EL VIEJO QUE SOÑABA CON LA MUERTE
147	CABALGANDO CONTRA LA PROPIA SOMBRA
152	TENIENTE. VOCERÍOS Y RUMORES. CARTAS Y PLEGARIAS
152	LA SEÑORA EMILIA «AL OTRO LADO»
157	LOS FAVORES RECIBIDOS Y EL NOTARIO PÚBLICO DE BARILOCHE
163	EL TORITO
163	LA SEÑORITA VIKI

169	SERAFINA
173	EL OJO DEL CÍCLOPE
176	EL DIABLO EN TAGUA TAGUA
185	LOS RATIS DESCALZOS
193	EL PERRO AMIGO
197	DE REGRESO A LA CIUDAD
198	O VIVIR CON HONOR O MORIR CON GLORIA, MIERDA...

201	EL TENIENTE
201	LA TARDE EN QUE BAILABA EL SOL, 30 AÑOS ANTES DEL PRESENTE
203	EL DÍA D DE MI TENIENTE
209	TENIENTE (R), JUICIO Y SENTENCIA
212	JAQUE MATE

218	EL TORITO
-----	-----------

OTRAS OBRAS PUBLICADAS



Libro del recuerdo

Péter Nádas

Ningún lugar sagrado

Rodrigo Rey Rosa

Visión de América

Alejo Carpentier

Antes del fin

Ernesto Sabato

Imagen primera de...

Rafael Alberti

Donde siempre es octubre

Espido Freire



Miguel Littin

El bandido de los ojos transparentes

El bandido de los ojos transparentes cuenta la historia de una persecución implacable y, al mismo tiempo, la historia de una obsesión. La del teniente Ramírez, que sigue las huellas y el relato de las hazañas de un bandido, Abraham Díaz, el Torito. Un reto entre dos hombres en un mundo rural remoto, habitado por huraños buscadores de oro, emigrantes cansados y gentes de un circo ambulante que pueblan al mismo tiempo un país y una alucinación. El deber del teniente es la caza de un hombre, y su debilidad, el amor que siente por la hermana del bandido.

En *El bandido de los ojos transparentes* encontramos el colorido de una novela de aventuras y la grandeza simbólica de una tragedia antigua.

De extraordinario poder de evocación y lenguaje rico y plástico, *El bandido de los ojos transparentes* renueva un género que ha dado a la novela en español algunos de sus títulos mayores: el relato épico y a la vez apólogo moral, que ha deparado al lector una galería de personajes —desde el Pedro Páramo de Rulfo hasta el Aureliano Buendía de García Márquez—, de los que el Torito es legítimo continuador y heredero por derecho propio.

